



O. C. TAVIN

LA REDADA





San Bernardo, 68 - MADRID

COLECCION

F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—¡CULPABLE!, por Alf Manz. (3.ª edición.)
Núm. 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz. (2.ª edición.)
Núm. 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (2.ª edición.)
Núm. 4.—EL COBARDE, por Alf Manz.
Núm. 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
Núm. 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz.
Núm. 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter.
Núm. 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
Núm. 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny.

En preparación:

SHANGHAI
¡SANGRE!
ESPIAS EN LA NOCHE.
TANGER.

I



N aquella mañana del mes de octubre de 1946 se estaba discutiendo en el Senado la propuesta presidencial de otorgamiento de un empréstito de 300 millones de dólares al que aún no era oficialmente reconocido Gobierno de Israel. Ya la Cámara de Representantes había otorgado su conformidad el día anterior a tal concesión, sin ningún voto en contra.

Ahora, los senadores parecían tener el mismo criterio aprobatorio que los representantes, ya que ninguno de ellos se había levantado en su escaño para combatir la propuesta.

Súbitamente, con paso precipitado, y antes de que el presidente ordenase se llevase a efecto la votación, según lo prescrito, un hombre alto, arrogante, de unos cincuenta y cinco años, llegó ante

su escaño y levantó la mano en solicitud de que la Presidencia atendiese su ruego de pedir la palabra.

—El honorable senador Víctor Fenwick puede hablar. ¿En contra de la propuesta que se debate o a su favor? —dijo el presidente.

—En contra, señoría —repuso el senador Fenwick, puesto en pie.

Los taquígrafos oficiales, que ya se disponían a salir del salón de sesiones, creyendo terminado el debate, volvieron a sus pupitres con movimientos excitados y esgrimieron, expectantes, sus lápices.

Los demás senadores, que también estaban ya saliendo lentamente del salón, quedaron allí donde les sorprendió la extraña petición del uso de la palabra de su colega Fenwick. Un movimiento de curiosidad general invadió a todos.

Los taquígrafos fueron tomando nota del discurso del senador, que hablaba serenamente, en tono ponderado, correcto, recalcando las frases principales con golpes de la mano sobre el pupitre.

De entre todo el discurso del senador, podían ser resaltadas las siguientes frases, que constituyeron la base fundamental de su ataque contra la propuesta presidencial:

—«... El Gobierno sabe perfectamente que la concesión del préstamo solicitado por el presunto Gobierno de Israel es particularmente anómalo, como será anómala la conducta de nuestro Gobierno, si es concedido. Quisiera que alguien me dijese qué garantías existen, o van a existir, por parte de los israelitas para devolvernos ese dinero...

»El Gobierno no ignora ya que parte considerable de ese empréstito va a destinarse a sostener, por parte del Gobierno de Israel, esas macabras organizaciones terroristas, que ellos llaman patriótica, llamadas Hagana, Irgun y esa otra, recién nao... a, titulada “El Brazo de Sión”. Mis informes particulares señalan que esta organización clandestina tiene ya grupos de acción en los Estados Unidos, y que cumplen su misión terrorista...

»... Han sido asesinados algunos comerciantes que se negaron a aprontar cantidades para la causa israelita... Lo sabemos todos, y por eso no es comprensible que el Gobierno de los Estados Unidos, el

pueblo americano, subvencione, sostenga y anime esas organizaciones terroristas hebreas.

»... Tiene mis respetos la causa israelita, que conste bien. Soy partidario del Gobierno de Sión, pero no de que una nación, que dice llamarse democrática, como ha de ser el Estado de Israel, se erija y fundamente por el terrorismo, el pistoleroismo... Eliminar violentamente, a traición, al estilo “gángster”, a todo aquel que, en uso de su perfecto derecho a discutir la existencia de ese Estado, o que no aporte la cantidad que le es exigida como apoyo de la causa, es repugnante y vituperable.

»... Nuestro Gobierno, estoy seguro, habrá de meditar profundamente sobre la responsabilidad que le corresponderá si ese préstamo solicitado es utilizado, aunque sea en mínima parte, para fortalecer repugnantes medios de coacción y asesinato de americanos libres, judíos o no, que sufren ese inicuo chantaje de tales organizaciones.

»Mi voto, por tal causa, es opuesto a la concesión del préstamo solicitado por el Gobierno. No hay garantías de retribución. No hay garantías de que los que lo han de emplear lo hagan con una sana ética moral y una pacífica y democrática labor por la elección de una nación libre, en donde la justicia y el amor al prójimo tengan su más elevada acepción...».

El senador Fenwick, a las tres de la tarde de aquel día, tomaba el avión de la línea Washington-Nueva York con destino a esta última ciudad, donde residía.

Ante el aparato, cuyos motores rugían ya, varios periodistas trataban aún de hacerle ampliar sus declaraciones sensacionales de la Cámara. Los micrófonos de la radio, los taquígrafos insistentes, lápiz en mano, le cerraban el paso a la cabina.

—Nada más que lo dicho, señores —exclamó el senador, sonriente—. Consideren que mi voto ha sido el de un solitario impugnador, quizá un equivocado, respecto a las verdaderas intenciones del Gobierno de Israel. No tengo más que añadir a lo dicho, muchachos. Vean que me van a dejar en ti erra.

Dos minutos después, los periodistas y radio-corresponsales contemplaban al «Skymaster», que se elevaba y tomaba el rumbo de Nueva York.

Ya en el aeropuerto de La Guardia, el senador Fenwick bajó del aparato y se dirigió hacia su coche, que le aguardaba, en el lugar de espera del aeródromo. El chofer abrió la portezuela y acto seguido emprendieron el camino hacia Manhattan, por la gran carretera del Grand Central Parkway, y luego derivar hacia Long Island City y el puente de Queensboro.

El coche corría velozmente ya por el gran puente de acero, en el que el tráfico era sumamente intenso.

El senador iba meditando acerca de las palabras que acababa de pronunciar en la Cámara, reconociendo que, si bien su actitud había sido justa al emitir su voto en contra de la ayuda a aquel Gobierno de Israel, que parecía no ajustarse debidamente a los ideales que preconizaba, el esfuerzo que había hecho él, Fenwick, por llamar a la sensatez del Gobierno de la nación había caído en el vacío. Fué una voz solitaria, hartó débil, para imponerse a la opinión general de los senadores y representantes. La ayuda por 300 millones de dólares al Gobierno de Israel había sido favorablemente votada por ambas Cámaras y la cosa ya no tenía remedio.

Distrajo su atención al ver cómo un coche de color rojo, quizá un «Dodge», hacía una extraña maniobra, prohibida en el trayecto del puente por su peligrosidad. Y fué que, a gran velocidad, sin previo toque de «claxon» para pedir paso, se internó en la dirección contraria; haciendo una arriesgada entrada, y se colocó a la altura del coche del senador.

Éste contempló con cierto asombro a aquellos jóvenes del sedán rojo y fué a hablar a su chofer, para que tuviera prudencia y dejase pasar a los imprudentes. Pero no tuvo tiempo de hacerlo...

Por las abiertas ventanillas del «Dodge» rojo asomaron los delgados cañones negros, empavonados, de dos ametralladoras de mano, que, tras una pequeña vacilación, mientras el conductor ajustaba la marcha de su coche al del senador, se fijaron sobre el asiento posterior, donde Fenwick estaba cómodamente retrepado.

Y el siniestro crepitar de las rápidas armas de fuego, en una doble y persistente ráfaga, apenas perceptible en el fragor de la circulación, llenó de balas los cuerpos del senador y el chofer,

especialmente sus cabezas.

El coche del senador, sin dirección ya, muerto el chofer, oblicuó hacia la mano contraria y embistió a los coches que avanzaban. Un gran fragor de frenos rechinantes, que se echaban velozmente, al tratar de evitar la embestida; la maniobra de otros coches, que se salieron de su mano para no chocar con los que avanzaban y chocaban entre sí, produjo un espantoso pandemónium en la calzada del puente.

El coche del senador quedó al fin empotrado, casi destrozado, contra un pilarote de acero. Su parte delantera asomaba por encima del pretil y los transeúntes, aterrados por aquella escena de que fueron testigos, se arremolinaron alrededor del «auto» que acababa de ser ametrallado por unos, desconocidos que ocupaban un, «Dodge» rojo.

—Vamos circulen y dejen actuar —ordenaron unos policías de tráfico, bajándose de sus «Harleys» y repartiendo empujones a diestro y siniestro—. Aquí los que hayan sido testigos oculares del hecho, hagan el favor de quedarse, para ser interrogados.

Lentamente, la Policía fué llegando y restableciendo la circulación. Una docena de personas quedaron aisladas, rodeadas por los bruscos agentes, y prontamente fueron llevadas a una furgoneta, camino de Centre Street, donde serían interrogadas.

Nadie pudo darse cuenta de cómo desapareció el rojo «Dodge» de donde partió la agresión a mano armada. Con una habilidad extraordinaria, el conductor de aquel sedán se infiltró a gran velocidad por entre los demás «autos», y cuando la Policía quiso perseguirlo, era ya tarde. Ningún «Dodge» rojo fué visto en la gran calzada de 5. Th. Street Oeste, que atravesaba de parte a parte la capital neoyorquina de Este a Oeste.

La ambulancia de la Policía se hizo cargo de los cadáveres del senador y el chofer, materialmente acribillados a balazos de ametralladoras de mano.

El inspector King, sudoroso, no daba punto de reposo a sus subordinados, ordenando con voz chillona partiesen varias brigadas volantes, con aparatos de radio, para localizar a aquel «Dodge» rojo misterioso. Toda la parte Oeste de la ciudad quedó semibloqueada, y activos agentes de paisano y uniformados, recorrieron los garajes Públicos, los aparcaderos, las estaciones de servicio y todos aquellos

sitios susceptibles de ocultar un coche a la vista del público.

Dos horas después fué hallado el coche en cuestión, abandonado, en una pequeña avenida del Battery Park, al sur de la ciudad. La placa y documentación halladas en él dieron como dueño a un tal Fletcher, comisionista en objetos de escritorio, residente en Amsterdam Avenue, allá por la zona de los muelles Norte, sobre el Hudson.

—Dejé mi coche ante el establecimiento de Sharper, en la Cuarta Avenida —dijo el obeso comisionista al inspector King—, y cuando terminé de tomar el pedido que me hizo el señor Sharper y salí a la calle..., mi coche había desaparecido.

Fletcher no pudo ser más explícito con la Policía, ni ésta encontró motivo para retenerlo. El comerciante Sharper, sus dependientes y las informaciones posteriormente pedidas sobre el comisionista demostraron se trataba de un hombre honorable, de vida sencilla y clara, sin mácula.

Y el inspector King, finalmente, hubo de encaminar sus pasos a las oficinas, sitas en el mismo edificio de la Policía Metropolitana, del Federal Bureau of Investigation, en Nueva York.

—Creo que esto es asunto de ustedes —dijo en tono de mal disimulada satisfacción—. He leído el «Times» extra y habla del senador y su inquina contra los hebreos. Pronunció un discurso explosivo... Buena suerte, amigos...

—Sí —dijo, pensativamente, el inspector Peltz, del F. B. I.

—. Huele a cosa política. Acto terrorista de los judíos. Lo diré ahora mismo a Washington y q ordenen.

A las cuatro de la tarde de aquel mismo día, en Washington, en el edificio del

F. B. I.

, el inspector jefe de la Sección Organizaciones Extranjeras Clandestinas, rodeado de varios subordinados, que examinaban telegramas, informes de la Policía Metropolitana, de Nueva York; fichas y «dossiers», trabajaba intensamente por hallar una pista que le condujera a la captura de aquellos terroristas hebreos que habían asesinado al senador Fenwick y su chofer.

El inspector jefe, Bryant, era de estatura mediana, de unos

cincuenta y tres años de edad, robusto, casi hercúleo, y su rostro poseía unas características de excepcional energía y dureza. Sus ojos castaños, grandes y brillantes, de infatigable movimiento inquisitivo, astuto, constituían la desazón de sus subordinados, pues parecían estar dotados del poder de captación del pensamiento ajeno, taladrando el cerebro de aquéllos con quienes conversaba.

—No hay duda —dijo en tono seco, duro, imperioso, dando un manotazo sobre el montón de papeles que habían sido depositados sobre su mesa—. Esto es cosa de esos descarriados judíos terroristas del «Brazo de Sión». El senador Fenwick puso el dedo en la llaga al oponerse a la concesión del empréstito al Gobierno de Israel y eso le ha costado la vida.

—Pero no hay dato alguno sobre esos hombres, jefe —dijo el subinspector Clare, encogiéndose de hombros—. Los de la organización Hagana y los del Irgun no quieren oír hablar de estos otros. Les llaman criminales y, desde luego, aseguran que el Gobierno de Israel no patrocina estos actos.

—Así será —repuso el inspector Bryant, pasándose una mano por el pronunciado mentón—. Así será..., si es verdad lo que dicen. Pero no seré yo el que me fíe mucho de ellos. Una cosa sé, Clare, y esto sí que es verdad: y es que aquí, en América, no prosperará el terrorismo político, el asesinato de personas que expresan libremente su pensamiento. ¡Bueno fuera que nos tuviésemos que morder la lengua porque a ciertos tipos no les agrada que se comenten sus actividades! En fin, márchense, hagan el favor. Voy a estudiar todo esto rápidamente y someteré al director un plan de acción.

Sus subordinados salieron del despacho acto seguido.

Bryant cogió la estilográfica y papel y se puso a escribir velozmente un borrador de comunicación dirigida al director del F. B. I.

Empleando después el dictáfono, ante su mesa, con palabra rotunda y seca, trasladó a la estenógrafa lo escrito en las cuartillas.

—Dentro de quince minutos tiene que estar en poder del director, Susan —advirtió a la funcionaría, que en su despacho tomaba nota en taquigrafía—. Tráigalo a mi firma dentro de cinco minutos.

Encendió después su pipa, mientras esperaba, fijos sus ojos en el

reloj de sobremesa.

A las cuatro y media de aquella tarde, el Inspector Bryant mandó llamar al agente especial David Cohen.

Mientras esperaba, sus ojos se fijaron en el expediente personal del agente especial llamado. Recorrió rápidamente los datos:

«Treinta y cuatro años. Nacido en Leipzig (Alemania). Ideas arraigadas democráticas. Descubierto por la Gestapo como organizador movimiento democrático alemán, es internado en Belsen, donde sufre torturas sin decaer su espíritu. Partidario del movimiento de Israel. Huyó de Belsen en 1938, para pedir asilo en América. Naturalizado americano, participa en la guerra de Filipinas, Pacífico, desembarco en Francia. Llega al grado de teniente por conducta relevante. Ingresado en el

F. B. I.

en 1945, noviembre, con satisfactorias notas de aptitud, valor y fidelidad. Miembro de confianza, no obstante ser alemán y hebreo».

Unos golpecitos dados en la puerta sacaron al Inspector Bryant de su examen. Guardó bajo la carpeta de piel los informes y dijo, con voz fuerte, seca:

—Pase.

Un hombre de alta estatura, nervudo, pero delgado, de anchos hombros y estrecha cintura, penetró lentamente en el despacho y quedó rígido, con precisión teutónica militar, ante la mesa, haciendo una leve inclinación de saludo.

El inspector Bryant clavó sus ojos de águila en el rostro del agente. Vio sus facciones regulares, morenas, sin rasgos hebreos, con la nariz recta y no larga; sus ojos, oscuros, firmes, serenos, en los que se traslucía cierta melancolía o tristeza que llamaba prestamente la atención. Y en la mejilla derecha, una ancha cicatriz, recuerdo de su entusiasmo en la lucha por su nueva patria hebrea.

—Buenas tardes, agente Cohen —dijo el inspector Bryant con extraña dulzura en su acento, haciéndole una seña para que se sentase ante la mesa—. Le he mandado llamar para confiarle una

misión...

—Bien, señor —repuso sencillamente el agente especial, rígido en su asiento, posadas las manos sobre los muslos en respetuosa actitud.

—Usted es hebreo, según consta en su expediente, que acabo de examinar. Hebreo alemán.

—Sí, señor —replicó el agente con voz monótona, sin apartar su mirada de la de su jefe.

—... Y demócrata, buen demócrata, ¿eh? Hasta el punto de sufrir martirio por ello. Buena cosa, Cohen, es eso de sentir arraigadamente una honrada idea y dar por ella lo que sea preciso.

Cohen no contestó a estas palabras. Su mirada se había enturbiado un tanto, cobrando un aire de tristeza ensoñadora su delgado rostro moreno.

El inspector Bryan se levantó de su sillón y, con paso lento, fue hasta la ventana, desde la que se divisaba la cercana mole del Capitolio, con su blanca cúpula de hierro fundido. Dando la espalda al agente especial, pareció entregarse a la meditación. Se volvió de repente a su interlocutor y le hizo un gesto con la mano para que se acercase a él.

Cohen se levantó y obedeció, cuadrado militarmente.

Bryant señaló con la mano al Capitolio, sonriendo.

—¿Qué piensa usted de... quienes pretenden echar abajo por el terror todo lo que ese edificio significa para nosotros, los americanos? —preguntó con voz casi indiferente, mientras sus ojos contemplaban fijamente el rostro del agente especial—. La libertad, la convivencia, el amor al prójimo...

—Señor: todo eso es lo que hace que la vida sea digna de vivirse. Y que por defenderlo, la vida propia sea poco para ofrecerla —replicó, sencillamente, Cohen.

—Bien dicho, muchacho. Pero no todos piensan así, desgraciadamente. Hay seres que opinan lo contrario. Y que de las opiniones pasan a la agresión, en esta libre tierra, Cohen, porque se les combate con la palabra. Ciertos terroristas... ¿Sabe usted que el senador Fenwick ha sido asesinado en Nueva York, esta mañana, porque en la Cámara, ahí —señaló el edificio con la mano—, dijo que una nación no puede erigirse decentemente si es con la violencia, el terror, la negación de lo que más amamos en nuestra

vida? ¿Lo sabía? ¿Y que esa nación es el Estado de Israel?

Cohen palideció hasta convertirse su moreno rostro en una máscara del asombro, lívida, blanca como la nieve.

—No, señor. Nada sabía —dijo con voz opaca, llena de tristeza.

—Y ¿qué piensa usted de eso? —inquirió el inspector, con acento suave, examinando aquel rostro desfigurado por el horror—. Han sido los terroristas hebreos, sus hermanos... Los del «Brazo de Sión», sin duda alguna.

El agente Cohen apretó las mandíbulas fuertemente, marcándose los músculos de las mejillas. Cerró un instante los ojos y dijo después con voz velada:

—Execrable, señor. No todos los hijos del Señor le imitan. No apruebo semejante conducta, naturalmente.

El inspector sonrió. Fue después hasta su mesa y se sentó con aire fatigado. El agente Cohen fué a colocarse, con pasos medidos, ante él, rígido, colgantes los brazos, como esperando órdenes.

—Agente Cohen, usted es hebreo y tiene, sin duda alguna, grandes conocimientos entre sus hermanos de raza residentes en Nueva York, en toda América. ¿No es así?

—En cierto modo, sí. Pero deseo decirle que no entre esos terroristas. No pertenezco a ninguna organización que no sea... decente, honrada, democrática.

—No lo dudo, Cohen. Por eso voy a darle una misión importante, relacionada con este asunto del asesinato del senador Fenwick. Está usted inmejorablemente capacitado, como hebreo, para llevarla cabo. Consiste en descubrir a los miembros de la organización terrorista del «Brazo de Sión» y aniquilarlos. Hay que llevarlos a la silla eléctrica, como asesinos que son. En América no caben los terroristas, Cohen. Ya han perpetrado otros asesinatos y por eso se creen omnipotentes. Dispóngase, pues, a salir para Nueva York de aquí a un par de horas, en avión.

El agente Cohen, lívido, contrajo todos los músculos de su esbelto cuerpo y se cuadró militarmente en un nuevo arranque de energía.

—Bien, señor. ¿He de recibir alguna instrucción especial suya?

—De momento, no. Si algo quisiera comunicarle, ya se lo dirán en Centre Street. Vaya a Personal y recabe de mi parte fondos y todo lo demás.

—Bien, señor.

—Obre con energía, agente Cohen. Si se resisten, haga lo que crea oportuno por defender su vida. Pida la ayuda que necesite en Nueva York. Mucha suerte, muchacho.

—Gracias, señor —repuso Cohen mientras, durante un par de segundos, pareció que su cuerpo, de contextura atlética, vacilaba como si fuera a caer redondo al suelo. El inspector Bryant no pudo observar aquello, pues, con su habitual dinamismo, ya estaba revolviendo papeles, con el ceño fruncido, mientras murmuraba entre dientes.

El agente especial, con movimientos militares casi, dio la vuelta y salió, con paso no muy firme, del despacho. La lividez de su rostro parecía haber aumentado aún más y sus ojos se empañaron ligeramente, mientras movía rápidamente los párpados.

II



PEOSE del coche oficial, que le había llevado al National Airport, y lentamente se encaminó hacia el edificio donde le habían de dar el billete para el viaje a Nueva York.

En aquellos instantes se había posado en tierra un aparato procedente de Filadelfia y sus viajeros bajaban ya la escalerilla del aparato.

—¡Cohen! —gritó alguien, alegremente, a sus espaldas.

El agente especial se volvió y sonrió levemente al reconocer a su camarada el agente Peter Snowden, que le había llamado.

—Hola Peter —dijo Cohen, tendiéndole la mano y estrechándosela con vigor—. ¿Ya de vuelta de Filadelfia? ¿Acabaste al fin ese asunto?

—¡Chico, cuánto me alegro de volverte a ver! —exclamó Snowden, un tipo alegre y expresivo, todo vigor y exultante dinamismo. Rubio rojizo, alto y delgado, era como un prototipo del hombre deportivo y audaz que el

F. B. I.

, empleaba para sus servicios más peligrosos y que requiriesen, ante todo, audacia e inteligencia despierta—. ¿Vas o vienes, David?

—Voy a Nueva York. Dentro de media hora sale el aparato —repuso Cohen, y bajó la cabeza para que la sagaz mirada de Snowden no descubriese su turbación.

—Ya he terminado la misión, chico —dijo Snowden mientras examinaba con inquietud a su camarada. No se le había escapado, naturalmente, la palidez que cubría el rostro de Cohen, ni aquél como aplanamiento que parecía dominarle—. Todo ha salido a pedir de boca. Era un feo asunto de espionaje, como sabes. Ahora me toca recibir ocho días de permiso y pienso aprovecharlos bien. Oye, David, ¿te encuentras bien? —añadió al fin, mientras apretaba un brazo de él con rudo afecto—. ¿Te ocurre algo desagradable?

—Nada, Peter —repuso Cohen, sonriendo forzosamente—. Nunca he estado mejor de salud que ahora. Me alegraré que te diviertas, y hasta pronto —le tendió la mano de nuevo mientras miraba a otra parte.

—Oye, no creas que a mí me la das —exclamó Snowden rudamente, reteniéndole—. Somos camaradas antiguos, recuérdalo, y corrimos la suerte en la guerra para que ahora me quieras engañar. Algo te pasa, y no es agradable, ¿eh? ¿A qué vas a Nueva York?

—Un asunto feo —repuso vacilantemente Cohen, moviendo la cabeza con desaliento—. ¿No te has enterado del asesinato del senador Fenwick, en Nueva York, hace pocas horas?

—Claro que sí. En Filadelfia lo oí por la radio. Espera... —arrugó el ceño y su mirada se clavó en el rostro de Cohen con singular fijeza—. Ha sido cosa de los terroristas judíos, ¿no? Entonces, tú... ¿Te han mandado meterte en ese asunto, David?

—Sí, el inspector Bryant me lo ha ordenado. Como soy hebreo y tengo conocimientos entre la colonia de los de mi raza... —repuso el agente, encogiéndose de hombros en un movimiento de resignación desesperada.

—Claro, tú eres hebreo —murmuró Snowden, en cuyo rostro alegre, juvenil, se reflejó la compasión—. Y vas a proceder contra tus hermanos de raza. Muy doloroso para ti, David...

—Un poco, Peter —murmuró sonriendo débilmente Cohen—. Me indigna como no puedes figurarte que mis hermanos hagan esas cosas, propias de salvajes. Y que lo hagan aquí, en esta hermosa América, a la que tanto debemos. Pero como alemán, estoy acostumbrado a la disciplina, a obedecer, cueste lo que cueste, Y haré lo que sea preciso...

—El inspector Bryant podía haber dado el encarguito ese a otro que no fuese hebreo —dijo Snowden con enojo—. Y menos a ti que, efectivamente, vas a cumplir con tu deber al estilo germánico.

—Esos terroristas deben ser llevados a la silla, eléctrica —dijo Cohen con voz desfallecida—. Habré de buscarlos. Creo que encontraré sorpresas muy dolorosas, mucho... La organización «El Brazo de Sión» va a ser exterminada radicalmente, te lo aseguro.

—Muer... suerte, David —murmuró emocionadamente Snowden, estrechando la mano del judío alemán—. Y no te expongas excesivamente. Pide refuerzos, lanza a otros, si crees que tú solo no puedes hacerlo. Y vuelve pronto.

—Quisiera acabar este asunto esta misma noche repuso Cohen secamente.

—¡Qué dices! —exclamó Snowden, asombrado—. Descubrir una organización clandestina como ésa y capturar a sus miembros principales en una sola noche... Si tardas ocho días puedes darte por contento. Mira, no te lances a una acción desesperada, David... Tienes todo el aspecto de estar entregado a todos los diablos, y se comprende, pero sé prudente.

—Faltan cinco minutos y debo sacar el billete —repuso Cohen, separándose de su compañero—. Diviértete, y hasta la vista. Da recuerdos a tu novia si vas a verla a Nueva York.

Cohen apresuró el paso mientras Snowden le contemplaba marchar con un gesto de absoluta disconformidad y tristeza.

Ese Bryant es una bestia... Ha lanzado a este pobre a una empresa desesperada sin pensar en su sensibilidad de hebreo y que los otros también lo son, rezongó, mientras salía del campo de aterrizaje y tomaba el coche que dejara Cohen antes.

—Hola, Wilder —saludó al chofer—. Llévame pronto a la

oficina, haz el favor. ¡Maldita sea, me ha puesto con la sangre revuelta ese pobre Cohen!...

El coche tomó por la amplia Highway, cruzó el puente del mismo nombre sobre el Potomac y salió a la avenida D. Oeste y la avenida Maryland.

Subió al piso principal del edificio del Federal Bureau of Investigation, y llamó ante la puerta del inspector Bryant.

—Bueno, bueno, Snowden —dijo, sonriendo el inspector, mientras examinaba con aire satisfecho a su subordinado—. La cosa terminó bien... Hemos dado un buen golpe esta vez, ¿eh? El director le llamará seguramente para felicitarle.

—Gracias, señor —dijo Snowden sonriendo ufanamente—. ¿Y de mi permiso?

—Concedido, muchacho. Tiene ocho días, a partir de hoy. ¿Va a ir a ver a la novia en Nueva York? ¿Conoce ya lo que hicieron con el senador Fenwick los terroristas judíos?

—Me lo ha referido Cohen, señor —repuso Snowden con aire preocupado—. Me lo encontré en el aeropuerto y me habló de ello. Si me permite, señor, le diré algo que quizá no le agrade mucho a usted —terminó sonriendo.

—Suéltelo. Si tiene usted razón, se la daré. ¿Qué es ello? —repuso el inspector sonriendo burlonamente.

—Considero un tremendo error el haber nombrado al pobre Cohen para que elimine a esos terroristas judíos. Usted ya sabe que él también lo es. MI compañero va a encontrarse en una terrible situación moral, al tener que proceder contra ellos, quién sabe de qué forma...

—Sí... concedió el inspector, moviendo la cabeza preocupadamente. —Pero Snowden, él es quien más puede meterse en la boca del lobo y arrancarle los dientes. Cohen es listo como un diablo y posee una tenacidad germánica insuperable. Llegará hasta ellos y nos los entregará con mayor facilidad que cualquiera de nosotros, no judíos. Esto es lo principal, muchacho. El sentimentalismo a que se refiere usted no debe contar.

—Pero cuenta, señor. Uno no es de piedra o hielo. Cohen va a encontrarse seguramente con amigos, con hombres que han sido sus camaradas en los tiempos de persecución nazi, de la guerra, en fin. Cohen es disciplinado y hará lo que debe; pero va a sufrir mucho,

señor... Quizá después de esto abandone el

F. B. I.

—¿Se lo ha dicho él? —preguntó con inquietud el inspector Bryant.

—No, señor. Me dijo que cumplirá con su deber. Leí en su rostro todo el horror que sentía su corazón por esa causa. Señor, si se pudiera hacer que él no intervenga —dijo el agente especial en tono conmisericordioso—, será un gran bien para él y quizá para todos nosotros.

—Concedo que tiene usted razón, en parte —murmuró hoscamente el inspector—. Pero esto no modifica mi criterio de que él es quien únicamente puede darnos el triunfo. No voy a relevarle a Cohen de ese encargo, lo siento. La actitud de los terroristas judíos, cada día más insolentes y sanguinarios, no permite parar la atención en sentimentalismos. Ya es raro que el Gobierno no nos haya metido en cintura por todo lo que ha pasado sin nosotros haber casi actuado para reprimirlo.

Snowden, pensativo, bajó la cabeza. El inspector se levantó de su sillón, como dando por terminada la entrevista.

—Señor, quisiera hacerle una petición —dijo Snowden, levantándose también, brillante la mirada y con gesto resuelto—. Quisiera que me lo permitiera...

—Si puedo, lo haré de buena gana —repuso el inspector sonriendo—. Pero no me hable de relevar a Cohen, ¿eh?

—No. Yo tengo ocho días de permiso, ¿no es así?

—Sí. Haga lo que quiera en esos días, claro es. ¿Qué se le ocurre?

—Voy a tratar de ayudar a mi camarada Cohen en esa misión. Usted, señor, deme una orden para intervenir en esa forma. No puedo por menos de ayudarle, si me es posible... Cohen se lo merece, señor...

—No crea que me agrada su intromisión, Snowden —repuso con acento de fastidio el inspector—. Usted no es judío, y al tratar de mezclarse entre ellos puede salir con la piel agujereada o hacer fracasar lo que su compañero haga. Pero, en fin, si lo desea, allá usted.

—Sí, señor. Quiero partir esta misma tarde y unirme a Cohen.

—Perfectamente. No se toma usted ningún descanso después de

lo que ha trabajado en Filadelfia... Es agradable poder constatar el espíritu de camaradería que existe entre nosotros. Bueno, vaya a Personal y pida lo que necesite. Recuerde que no le he ordenado que se exponga inútilmente, Snowden Buena suerte y adiós — terminó el inspector haciéndole un gesto para que saliese del despacho.

El joven agente salió presurosamente y fué a la sección de Personal, donde entregó un informe acerca de su actuación en Filadelfia y seguidamente recabó fondos y autorización para emprender la nueva misión en Nueva York.

Eran las seis de la tarde cuando tomó el avión para Nueva York. No salía otro antes y hubo de esperar, intranquilo, pensando lo que a aquella hora estaría haciendo su camarada Cohen. Recordaba que le dijo que pensaba terminar el asunto del exterminio de la organización judía en aquella misma noche. Implicaba ello por parte de su camarada una actividad terrible, aun suponiendo que le ayudase la Policía Metropolitana de Nueva York y los agentes del F. B. I.

, destacados en la gran ciudad.

Cuando bajó en el aeropuerto de La Guardia, tomó un «taxi», ordenando al chofer le llevase a Centre Street, sede de la Policía Metropolitana.

En la sección Homicidios llamó quedamente con los nudillos en una puerta en la que figuraba el rótulo de «Ficheros-antecedentes». Su rostro se había iluminado por la alegría, mientras esperaba que alguien desde dentro le autorizase a entrar.

—¡Pase! —exclamó una voz femenina, bien timbrada.

Asomó él la cabeza, sonriente.

—¡Peter! —Casi gritó una joven de alta estatura, esbelta, elegante y sencillamente vestida con un traje sastre «Gales». Circundaba su rostro ovalado, moreno por el sol, una áurea cabellera rubia, de tono claro. Y sus ojos azules oscuros se agrandaron, expresando el asombro y la dicha. Tendió los brazos al agente especial, y durante un par de segundos sus labios se unieron en un beso apasionado.

—Como siempre, sin avisar —dijo ella después, envolviéndole en una mirada de arrobamiento. Y volvió a besarle, agradeciéndole así aquella grata sorpresa que le había dado con su presencia no

anunciada.

—No he venido solamente a verte esta vez, cariño —dijo él, sentándose al lado de ella en un diván—. Tengo ocho días de permiso y pensaba, pasar contigo solamente cuatro, ya que debía ir a Quántico, a la Escuela nuestra, a tomar datos y apuntes sobre Química. Pero, en fin, las cosas se han puesto así, y aquí me tienes.

—No te soltaré. Ya sé que en Filadelfia te has portado bien. Herold, del
F. B. I.

, me lo ha dicho. Tu vida estuvo a punto de...

—No más que otras veces, cariño. Uno no puede evitarlo. Cuando los delincuentes se ven perdidos tienen la mala costumbre de querer llevarse por delante a quienes les fastidian. Ahora vengo por ese asunto de los terroristas judíos.

—¿Te han metido en eso, Peter? —exclamó ella, palideciendo—. ¡Dios mío, eso es mucho más serio, querido mío! Tenemos aquí datos concretos sobre esa organización del «Brazo de Sión», y puedo asegurarte que saben lo que se hacen. Sus dirigentes operan en cadena y suelen no conocerse unos a otros. Cuando detenemos a un Comité, brota otro como salido del infierno, y sigue actuando sin vacilaciones. Ayer apareció en el Hudson el cadáver de un comerciante judío. Anteayer, dos más por Long Island, pero no parecían judíos, y hasta ahora no se saben más detalles de quiénes son y por qué fueron asesinados a tiros. Sobre sus cadáveres aparecieron las insignias de la organización: la estrella de Israel y sobre ella un brazo armado de una espada.

—Folletinesco, querida Glenda —repuso, sonriendo alegremente Snowden—. ¿Ha estado aquí un agente nuestro llamado Cohen, judío?

—En este departamento, no. Tal vez haya estado con vuestros camaradas del

F. B. I.

, abajo. ¿Operas con él? Y siendo judío, ¿le habéis ordenado que proceda contra sus hermanos de raza? Mal conocéis a los judíos...

—Es un tipo auténtico de desesperado —repuso tristemente Snowden—. Los nazis casi le mataron con terribles palizas y tormentos. Estuvo en el campo de concentración de Belsen, y de allí se escapó. Es un demócrata cien por cien, y en Washington se le

cree de confianza.

—Pero ha de ser muy duro para él cumplir esta vez con su deber —murmuró ella consultando con su clara mirada a Snowden—. Los judíos tienen una solidaridad especial. Se apoyan hasta la muerte; pero a los que consideran traidores más les valiera no haber nacido. Ya ves cómo esa organización mata a hermanos de raza. Es porque se niegan a aportar fondos o esconder a los terroristas que nosotros perseguimos.

—Sí, es un hueso duro de roer —concedió Snowden—. Ahora quisiera que me ayudases, queridita. Necesito conocer nombres de hebreos sospechosos de figurar en esa organización teatral. He de ayudar a Cohen con todas mis fuerzas.

—Te daré una lista de sospechosos. Pero te advierto que no se ha podido probar que sean ellos los terroristas que actúan. Sobre esto andamos bastante desorientados. Y es que aquí, en la Metropolitana, como en el

F. B. I.

, hay judíos... Presumimos que tienen confidentes que les avisan de lo que pensamos hacer y por eso fracasamos. Muy mal asunto, querido mío...

Mientras Glenda, la novia de Snowden, sacaba de los ficheros nombres y direcciones, el agente especial bajó a las oficinas del

F. B. I.

, en Nueva York.

El inspector Peltz, de origen alemán, escuchó pacientemente a Snowden cuando éste le dijo que tenía la misión de ayudar a Cohen en la tarea de exterminio de la organización terrorista judía.

—No ha venido ese Cohen —dijo el inspector—. En Washington han metido la pata al nombrar a un judío para ese trabajo. Veremos si a estas horas ese hombre no está informando a los de su ralea para hacernos bien la guerra. ¿En qué pensaba Bryant, que es tan listo?

—No creo que Cohen nos traicione —repuso secamente Snowden—. Es judío, sí, pero demócrata cien por cien y enemigo de todo aquello que suponga terrorismo. Sabe lo que es sufrir por la libertad. Y es alemán, inspector Peltz...

—Si es alemán, vaya... —murmuró el jefe, más complacido—. Un alemán es disciplinado, fiel a sus ideales, pero no ha venido.

Quizá a estas horas lo han matado sus hermanitos. Poseen un servicio de espionaje e información que nos trae de cabeza. ¿Y qué piensa hacer, Snowden? Yo le aconsejaría no esperarse a Cohen y haga lo que le han mandado. Tengo tres agentes disponibles para ayudarle, si lo necesita.

—Voy a buscarle, inspector. Mi plan consiste en operar con él, en protegerle... Me he ofrecido voluntario para esto. Temo por él.

Peltz movió Ja cabeza con pesimismo.

—Comprendo. Espíritu de camaradería, vamos. Mire, el inspector Bryant me telefoneó hace un par de horas anunciándome la visita de Cohen y ordenando se le ayudase en todo cuanto pudiésemos. No ha venido aún... No sé qué pensar, muchacho. Espere a ver si llega.

—Cohen está ya actuando. Me dijo que esta misma noche acabaría con la organización. Conoce, por lo visto, a muchos de sus componentes y va a proceder como el rayo.

—Querrá decir que lo van a hacer picadillo —repuso hoscamente Peltz—. Un hombre sólo contra esos tipos no puede hacer nada, sino ser una víctima.

—Voy a buscarle. Glenda Hudson, mi novia, que está en Homicidios de la Metropolitana, está sacando una lista de sospechosos judíos. Habré de buscar a Cohen entre esos sospechosos. Se habrá metido de lleno en la boca del lobo.

—Bien. Pero infórmeme cada cierto tiempo de dónde está y si ha encontrado a ese desesperado. Tan pronto lo necesite, actuaremos con la Metropolitana para aplastarles. Ande, hijo, que en menudo lío se va a meter...

El agente especial Cohen estuvo durante un buen rato paseando por la acera de la Cuarta Avenida, frente a las puertas de los Almacenes Wanamaker, donde trabajaba Miriam Hielscher, su novia. Era estenógrafa y no debía ya tardar en salir, terminada su jornada de trabajo.

Penetró un instante en la planta baja, y tomó un café con pan y mantequilla en los automáticos. Encendió después un cigarrillo y salió de nuevo a la acera, mirando fijamente la puerta por donde salían los oficinistas.

Miró el reloj de pulsera. Eran las siete y veinte.

Su rostro, muy pálido, alterado por una contracción muscular,

como si pretendiera sobreponerse a una terrible impresión moral, cedió algo en su aspecto trágico para esbozar una débil sonrisa de alegría. Ella estaba ya en el portal y todavía no le había visto.

—Miriam... —murmuró él quedamente a su lado—. Mi vida...

—¡David! —exclamó ella, estremeciéndose de pies a cabeza al verle—. ¡Tú aquí!... ¡Qué sorpresa más deliciosa! No quisiste avisarme que venías, y casi es mejor, porque... no sé, pero te adoro más cuando surges así, tan impensadamente.

Miriam era una muchacha muy bella, de mediana estatura. Morena, de negra cabellera, los rasgos de su rostro no dejaban entrever sino muy ligeramente su raza hebrea. Sus enormes ojos negros, ensoñadores, profundos, de límpida mirada apasionada, se fijaron con adoración en el pálido rostro de su novio, que se esforzaba por aparecer sereno y, sobre todo, alegre, como ella deseaba.

—¿Adónde vas ahora, querida? —inquirió Cohen, cogiéndola de un brazo.

—Iba a casa; pero si tú lo deseas, podemos dar un paseo y luego cenar en cualquier parte. ¿Vas a estar mucho tiempo aquí? ¡Qué alegría, David de mi vida! Siempre tan misterioso, tan fantasmal... Eres algo raro, mi amor con cara de luto... ¿Estás enfermo acaso?

—No, nada me pasa —se disculpó él, sonriendo con verdadero esfuerzo—. Me alegro que vayas a tu casa. Tengo que hablarte seriamente. Vamos allá...

Cohen detuvo un «taxi» y ambos penetraron en él. Disimuladamente miró la hora en su reloj. Faltaban ocho minutos para las ocho. Ya estaban iluminadas las calles y los edificios lanzaban enormes haces de luces multicolores.

—Charles Street, noventa y siete, esquina a Christopher Street —dijo el agente al chofer—. Bien, queridita mía, soy feliz, muy feliz ahora. ¿No hace casi seis meses que no nos veíamos?

—Casi siete —repuso ella en tono dolorido—. Y sin saber apenas de ti. El ser viajante tiene eso de malo y cuando nos casemos has de buscar algo que te permita no separarte de mí nunca más. Cuando nos casemos, David... ¿Será pronto, di? Comprende que esta vida que llevamos, separados, es fastidiosa, muy dolorosa. Entre los dos podríamos reunir lo suficiente para vivir no mal... Mi amor por ti vive solamente de recuerdos de otros ratos pasados contigo, y luego

te vas...

—Lo arreglaremos muy pronto, querida mía. Quizá este mismo mes —concedió él, apretándola suavemente contra su pecho—. Hasta ahora no podía hablarte respecto a esto; pero lo haremos sin decirnos nada.

Rió ella feliz.

—Iremos en viaje de novios a nuestra Alemania, querida —propuso ella, soñando ya—. No será como cuando la dejamos; pero entre sus ruinas buscaremos los rincones por donde paseábamos en Leipzig. Tal vez exista el «ghetto» de Marienstrasse, donde jugábamos de pequeños. Llegamos ya, David. Estás muy pálido, oye... ¡David, tú estás enfermo!

Bajaron del «taxi», y ella se le quedó mirando, anhelante, al rostro.

—Será la impresión de verte, mi corazoncito —repuso él, sonriéndola—. No te preocupes. Estoy muy bien, y soy feliz contigo.

Tomaron el ascensor, y en el piso 21 ella abrió la puerta de su departamento, que constaba de tres pequeñas habitaciones confortablemente amuebladas con el sello especial de su muy femenina dueña. Y cenaron pollo asado, que ella calentó en la cocinilla eléctrica, y pastel de frutas helado.

Ante sus tazas de café, mientras Cohen fumaba su pipa, Miriam quiso saber algo de él y por qué se había presentado tan de improviso en Nueva York.

—Asuntos del negocio. Unas gestiones que debía resolver yo —repuso evasivamente él.

—¿Y cuándo te vas? —inquirió ella, mirando apreciativamente a su novio.

Le estaba encontrando muy raro, muy extraño, con aquel aire de preocupación que no lograba disimular, pese a intentarlo con todas sus fuerzas.

—Quizá mañana —replicó Cohen—. Depende del éxito de mis gestiones. Pero no te preocupes. Pronto volveré por ti. O vendré aquí definitivamente, para casarnos. Nuestra hora se acerca, Miriam querida.

—¡Dichoso el día ése! —exclamó ella apasionadamente. Y fué a sentarse sobre la alfombra, a los pies de él, reclinando su cabeza sobre sus rodillas.

—Miriam, ¿te has enterado del asesinato de ese senador, un tal Fenwick, por los terroristas de «El Brazo de Sión»? —preguntó repentinamente Cohen con un timbre de voz casi indiferente—. ¿Qué te parece eso?

—¿No voy a enterarme, querido mío, si yo he sido la que ha actuado de enlace entre nuestros grupos de acción? —repuso ella, sonriendo con picardía—. Bueno, claro es que tú ignorabas que estoy afiliada a esa Asociación, ¿verdad?

Cohen dejó caer al suelo la pipa, esparciendo la ceniza y la lumbre por la alfombra. Su rostro habíase tornado de un color verdoso y, cerrándose por un instante sus aterrados ojos.

—Yo..., claro que no —murmuró trabajosamente mientras recogía la pipa y con ella en la mano contemplaba con indecible espanto a su novia—. Ignoraba eso, y no sé cómo tomarlo, la verdad... Nunca creí que tú...

—Claro. Yo tampoco pensé nunca en meterme en tales líos. Pero nuestra causa nos llama al combate, David, y yo soy hebrea, profundamente hebrea.

Cohen guardó silencio. Se sentía incapaz de protestar, de decirle que él iba a proceder a una lucha a muerte, aquella misma noche, contra aquellos asesinos que se escudaban tras una estúpida pantalla patriótica para satisfacer sus instintos sangrientos.

—Pensaba decirte tan pronto te viera —siguió ella con entusiasmo— que tú también debes afiliarte a nuestro movimiento. Necesitamos gente joven, audaz, arrojada, que dé de lado los estúpidos consejos de nuestro Gobierno, vendido al capitalismo de los gentiles... Tú, David, llegarías lejos en nuestras filas. No podemos tolerar esa oposición sucia, interesada a la creación de nuestra patria, allá en nuestra adorada Palestina.

—Yo no sé lo que haré, Miriam —repuso él mintiendo, aunque ello le costaba un gran esfuerzo. Pensó que estaba traicionando a aquella mujer que le quería con alma y vida y que ignoraba que él pertenecía al

F. B. I.

Pero esto debía hacerlo si quería llevar a buen fin su empresa. Tiempo tendría después para declararle la verdad y llevarla a la buena senda.

—Ser lo que tu novia, David —repuso ella con alguna severidad

—. No es momento de vacilaciones ni deserciones. Estamos eliminando a muchos traidores, a muchos que se decían israelitas y que ahora se negaban a darnos unos dólares para sostener nuestra campaña de afianzamiento del estado de Israel. Muchos caeremos en esta lucha, pero millones de hebreos podrán después ir a la patria de nuestros mayores gracias a nosotros.

—¿Quiénes forman el cerebro de la organización? ¿Conozco yo a alguno de ellos? —inquirió Cohen en tono casual.

Ella se levantó y abrió un mueblecito parecido a un comodín. Sacó varios papeles y de entre ellos una lista, que alargó a su novio.

—Ahí están nuestros dirigentes y los más esforzados luchadores. Tú conoces a muchos de ellos. ¡Cómo se alegrarán al verte y saber que vas a luchar a su lado por nuestra Israel!

—¿Puedo guardarme esta lista? —preguntó él, ahora enrojecido su rostro por la vergüenza del engaño que estaba llevando a cabo con ella.

—Sí. Ve y afíliate mañana mismo. Diles que eres mi novio. ¡Y lucha!

Si es usted un hombre culto y amante de la
emoción, suscríbase a la

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

III



IRÓ la llora en su reloj.
Eran las nueve y veinticinco de la noche.

—Lo pensaré —dijo mientras se levantaba pesadamente, sintiendo mareos y como deseos de llorar con todas sus fuerzas, de huir de allí, de Nueva York, de América, que un hijo desesperado y destrozado física y moralmente—. Ahora, adiós, Miriam querida. He de ver aún a algunas personas con las que estoy citado.

—¿Nos veremos mañana, David? —preguntó ella ansiosamente, echándole los brazos al cuello y besándole con ternura los exangües labios—. Esta vez te he encontrado... no sé cómo, mi vida... Tal vez me ocultas algo olvidando que mi amor por ti...

—No divagues, querida. Son las preocupaciones de quien tiene que luchar por la vida. Ya sabes lo que esto es, tú que tienes que trabajar... Hasta mañana. Ya te avisaré por teléfono para vernos de

nuevo.

Ella había apuntado, además de los nombres de los judíos que formaban la asociación terrorista, las direcciones de los lugares donde se ocultaban, ya que el temor a caer en manos de la Policía les impulsaba a ello.

Cohen, en el portal del edificio, bajo la luz de las lámparas, leyó rápidamente aquellos nombres. Estaban también los que, en el auto rojo «Dodge», habían asesinado al senador Fenwick con las ametralladoras de mano. Uno de los grupos de acción, compuesto de cuatro hombres arrojados, poseídos del fanatismo, que no vacilaban ante el crimen.

Le dio un vuelco el corazón al leer los nombres. Samuel Levine, el inglés. David Ansell, el americano, Salomón Asher, polaco, y Jacobo Pesech, búlgaro. Todos ellos eran amigos suyos y camaradas de la guerra. Esforzados y bravos camaradas. Incluso leales y alegres... Salomón Asher y Jacob Pesech fueron, además, compañeros de sufrimientos en los campos de concentración de Alemania. Entonces, muy unidos, parecían hermanos y juntos aliviáronse y consoláronse con apasionado amor fraternal cuando alguno de ellos sufría los atroces tormentos de los nazis.

Salió a la calle después de guardar en un bolsillo de su trinchera aquella fatídica lista. Pensó que si fuera directamente a Centre Street y la entregase al Inspector Peltz, del

F. B. I.

, en Nueva York, el asunto se terminaría en un par de horas, y sin tener que intervenir él. Sería un triunfo rotundo suyo, un alarde de actividades y diligencia, de los que el

F. B. I.

, gusta tanto poner de relieve como modelo de organización y eficiencia.

Pero desechó la tal idea. No sabía por qué le repugnaba entregar a aquellos hombres a los agentes del Centro y a los de la Metropolitana, cogiéndolos como conejos en la madriguera.

Bueno. Había que empezar la caza. Era ya la hora en que las gentes, en mayoría, estaban en sus casas para descansar. Y aquellos antiguos amigos que estarían escondidos quizá no se moverían hasta tener la seguridad de que la Policía aflojaba su vigilancia o renunciaba a buscarlos. En Nueva York había unos tres millones de

hebreos y esto constituía una casi insuperable dificultad para buscar entre ellos a unos cuantos desesperados.

Con paso militar, medido, moviendo ligeramente el busto, Cohen se dirigió andando hacia el lugar donde debería encontrarse el primero de la lista. Samuel Levine. Park Street, 22, en Chinatown.

Aquella extensa barriada popular, sede y refugio de maleantes, hervía a aquella hora, cerca de las diez de la noche, de gentes que entraban y salían de las barracas de atracciones, cafés chinos, latinos, turcos, rusos. Una algarabía imponente apagaba el ruido del tráfico de las calles adyacentes. Los timbres y sirenas de los accesos a los espectáculos de boxeo, luchas y concursos de todo género enloquecían al viandante con su irritante persistencia. Y las luces de los anuncios de neón, corriendo de un lado a otro en las fachadas, en los rótulos de las barracas y cafés cegaban y mareaban.

Gentes de todas las razas deambulaban curiosamente, y otras gritaban exaltadamente cuando surgía una riña entre marineros o boxeadores borrachos.

Cohen, apretando en su mano la pistola «Savage», en el bolsillo de la derecha de su trinchera, buscó durante buen rato aquella calleja, perdida en el laberinto de calles de dudosa apariencia.

Penetró al fin en algo que parecía una calle, pero que era solamente como un estrecho pasillo entre dos filas de horrendas casas. Un foco de luz eléctrica, a la entrada, y otro al final, era toda la iluminación que existía allí. Y había como entrantes y salientes oscuros, malolientes, en las casas de dos y tres pisos; como nichos donde una persona podía esconderse y acechar...

El número 22 pertenecía a una casa de un solo piso. La puerta, en el centro del edificio, pintado de ocre; y a cada lado una ventana estrecha, como una tronera tras la que podía suponerse que constantemente alguien estaba vigilando.

Cohen llamó reciamente a la puerta. Apretó la pistola después de quitar el seguro.

Unos pasos lejanos fueron acercándose poco a poco. Como pies que pisan sigilosamente, tratando de no producir ruido.

—¿Quién? —inquirió una voz bronca desde detrás de la puerta carcomida.

—David Cohen, del *ghetto* de Marienstrasse, de Leipzig. Quiero

ver a mi amigo Samuel Levine, mi camarada de la guerra —repuso en hebreo el agente especial.

—¡Por vida de...! —exclamó la voz alegremente—. Sí, hombre, recuerdo tu voz —sonó un ruido de cerrojos y la puerta se abrió en la oscuridad.

Cohen se vio apretado por dos robustos brazos mientras una respiración un poco alterada por la alegría sonaba en sus oídos.

—¡Cohen! —exclamó el hombre empujándole hacia el interior de la vivienda.

Una estancia pequeña, mal amueblada, húmeda, se iluminó con la débil luz de una bombilla.

Samuel Levine era alto y grueso, imponente. Muy moreno, su rostro parecía quedar medio oculto por una nariz prominente, clásicamente hebrea, y las colgantes mejillas. Vestía sencillamente y la suciedad ya se había apoderado de él, quizá después de andar todo el día tratando de esconderse de la Policía.

Cohen le miró fijamente, muy pálido, como avergonzado.

—¿Y quién te ha dicho que estaba yo aquí? —preguntó Levine después de haberle sacudido las espaldas con sus recios manotazos—. ¡Qué alegría, poder volver a ver a los viejos camaradas! Siéntate, chico. Fuma —le entregó un paquete de cigarrillos—, y cuéntame, cuéntame.

—He venido porque uno de vuestros enlaces me dijo que estabas aquí —repuso Cohen cautamente después de encender un cigarrillo—. Quería hablar contigo seriamente, Sam. Más seriamente aún que cuando estábamos planeando nuestra fuga del campo de Merdorff, en Alemania.

—¡Qué aventuras aquéllas, David! —murmuró Levine lanzando un suspiro de melancolía—. Bueno, ahora también estoy metido hasta los ojos, no creas. Si me agarran voy a la silla... En fin, supongo a qué has venido a verme, muchacho. Somos jóvenes y buenos patriotas. Deseas enrolarte en nuestra organización, ¿eh? ¡Estupendo, muchacho!...

Cohen denegó con un seco gesto de la cabeza. Y su mirada aguda percibió, con un estremecimiento, cómo Levine llevaba una gran pistola en la funda sobaquera del lado izquierdo del pecho.

Se levantó aguadamente, chupando furiosamente el cigarrillo mientras el formidable Levine, con sus seis pies de estatura, le

imitaba, asombrado.

—Levine, tú has matado esta mañana, con otros como tú, al senador demócrata Fenwick —dijo al fin Cohen con extraña entonación en la voz mientras contemplaba con aterradora fijeza a su amigo—. ¿Es cierto eso?

Levine palideció. Su enorme nariz, roja habitualmente, se tornó blanca como un nabo. Y sus flácidas mejillas parecieron colgar aún más lastimosamente, rebosando por encima del sucio cuello de la camisa.

—¿Qué quieres decir, Cohen? —preguntó con voz insegura. Y sus ojillos negros relucieron espantadamente, llenos de sospecha—. Es cierto, sí. Me vanaglorio de ello. Israel se ve acosado...

—Cometiste un asesinato, Samuel —murmuró desfallecidamente Cohen, lívido de horror—. Un asesinato premeditado, cobarde, indigno de un hombre honrado. No, no me hables del ideal... Un patriota no asesina como un matón, no recurre a la cobardía de la acción alevosa cuando el contrario no puede defenderse. Fenwick era un hombre honrado, un demócrata leal, no enemigo de Israel, sino al contrario. Se opuso, como sabes, a que nuestro Estado recurriese a medios abyectos, criminales, para erigirse. Lo sabes, Levine...

—Era un capitalista al servicio de los petroleros de Palestina, de los que no quieren que Israel surja porque acabaremos con la intromisión ajena para explotar nuestras riquezas. Vendido a los árabes...

—¡Mientes! —dijo serenamente Cohen—. Y, en fin, el asesinato no está justificado en ningún caso, Sam. Nosotros hemos luchado a muerte por la libertad, por el respeto de unos a otros, por la democracia. Tú te has convertido en un asesino porque te han envenenado con asquerosas propagandas.

Levine se irguió, amenazador. Sudaba copiosamente por frente y nariz, de nuevo roja como un tomate.

—¿Para eso has venido a verme? —exclamó sarcásticamente, sentándose con despreocupación despreciativa—. ¡Qué moralidad la tuya!... Cuando Israel sea fuerte, respetado, tú dirás que has luchado por la causa... Te has vuelto burgués. ¿En qué te ocupas? ¿Te mantiene alguna linda moza?

—Trabajo y sudo lo mío, Levine —repuso flemáticamente Cohen

—. Mira...

Con un rápido movimiento extrajo del bolsillo de la izquierda de su trinchera blanquecina un distintivo, que puso al alcance de la mirada de Levine.

Éste con un terrible respingo, incorporándose de un salto, de nuevo más blanco que la nieve su enorme rostro. Sus ojillos bovinos, muy negros, casi ocultos por las enormes cejas, se abrieron con espanto.

—¡Del

F. B. I.

! —exclamó con voz apenas audible, jadeando como si acabase de recibir una horrenda paliza—. ¡De la Policía, tú, tú...!

—Sí, de la Policía... Hebreo, deseoso de ver establecido el estado de Israel con base moral, honrada, y todo eso; y Policía, ya ves. Un ideal más noble y elevado que el tuyo, Samuel. Y vengo a detenerte como criminal que eres. Has de purgar tu crimen...

—¡Traidor! —rugió Levine irguiendo su enorme estatura, abombado el pecho desafiante—. ¡Ahora es cuando sé perfectamente cómo hay que clasificarte!... Algunos como tú han ido a parar al Hudson; por cobardes y traidores a la Causa.

—Basta de palabras altisonantes, Levine —murmuró Cohen con acento implacable—. Cumpló con mi obligación de servidor de la ley y nada más. Me horroriza, puedes creerme, ver que tú has sido traidor a todo ideal humano de respeto y convivencia, a la libertad y respeto mutuo. Me horroriza tener que decirte que estás detenido y has de seguirme. Tú no eres aquel bravo camarada de la guerra y los suplicios de Alemania. Anda, Levine, sé ahora un hombre y sígueme...

Levine lanzó una risotada de suprema burla. Y, repentinamente, sus brazos de gorila se distendieron a la vez y cayeron sobre los hombros de Cohen en un golpe demoledor, que hizo vacilar al agente del

F. B. I.

—¡Traidor! —exclamó con voz rabiosa, volcándose con su enorme peso sobre el alemán—. ¡Si me alegro de todo esto que está pasando! ¿No ves que así sabemos quiénes son los nuestros y quiénes no? ¡Bah, no intentes luchar, escarabajo asqueroso! ¡Te aplasto, quieras o no!

Cohen cayó al suelo, abrumado por el enorme peso de Levine que, cual un oso, le tenía abrazado estrechamente.

Y reía frenéticamente el terrorista, bien seguro de que su enemigo no podía en modo alguno competir con él y de que lo iba a aplastar lentamente, quebrándole los huesos como si fuesen cañas.

Cohen curtido en los ardides de la lucha a brazo partido, aprendidos en Quántico a costa de recibir feroces palizas sin rechistar, no gastó energías en replicar a su enemigo. Bajo Levine, que le estaba retorciendo el cuello, con objeto de romperse, sacó una pierna y lentamente, mientras se sentía desfallecer, esperó el instante apropiado para darle un golpe en una ingle.

Levine reía nerviosamente en tanto, oprimiendo con sus manazas el cuello y la cabeza de Cohen para desarraigársela como si fuese el tapón que se saca de una botella.

—¡Toma! —exclamó Cohen con rabia. Y lanzó su pie rectamente a la ingle del lado derecho de Levine.

Fué como una puñalada mortal en tan delicado sitio.

Levine lanzó un espantoso alarido de dolor y abandonó su presa, desfallecido. Jadeante, no pudo levantarse cuando Cohen ya estaba en pie. Y éste observó cómo su enemigo sacaba lentamente su pistola de la sobaquera.

Disparó el agente especial antes de que Levine pudiera apuntarle. A menos de dos yardas de distancia.

La cabeza de Levine, perforada por la bala de grueso calibre, rebotó con macabro ruido contra el suelo de madera. Comenzó a correr la sangre, con masa encefálica, a borbotones impetuosos.

Cohen, como borracho, apoyadas ambas manos sobre la mesa de comedor, se balanceaba pesadamente tratando de alejar de sí aquella espantosa sensación de agonía que estrujaba su pecho jadeante. Cerró los ojos para no ver el cadáver de aquel hombre que había sido como un hermano en las horas crueles de la guerra y el cautiverio.

Guardó el arma y con paso vacilante salió de la casa. Se apoyó pesadamente en el quicio, respirando anhelosamente el fresco aire nocturno. Muy cerca, sonaba todavía la algarabía de las sirenas y los timbres, llamando a las gentes deseosas de divertirse.

Con paso de ebrio, mientras de sus ojos caían pesadamente ardientes lágrimas y su mente parecía retroceder a aquellos días en

que un hombre enorme, siempre de buen humor, cariñoso como una madre, obligábale a que aceptase la horrible bazofia del campo de concentración para que no desfalleciese de hambre, quitándolo de la parte que le correspondía, Del camarada Levine, imperturbable mientras luchaba ferozmente contra los japoneses, evitándole dos veces morir...

Penetró en un bar y pidió con voz ahogada un doble de ginebra. Apoyándose en la barra del mostrador, sintiéndose agotado, materialmente destrozado física y moralmente.

De un solo golpe sorbió, ruidosamente, el licor fortísimo, quizá falsificado. Sacudió su cuerpo al sentir el fuego del licor bajarle por la garganta y llegar al estómago, que quería expulsar la cena que le diera Miriam, aquella Miriam adorada, traidora a los suyos sin saberlo. La había engañado arteramente, sacándole la lista fatídica.

Ebrio ahora de verdad, salió lentamente del bar. Se encontraba más fuerte y no pensaba, no podía pensar, que era lo que deseaba.

Con paso de beodo se acercó a un edificio en cuya fachada corrían haces de luz neón verdes, azules, blancas... Sacó la lista y después de abrir y cerrar los ojos, de mirada vidriosa, leyó en voz alta, tartajosa:

—Da... vid An... sell. Despeyster Street.

Guardó la lista en el bolsillo y durante unos segundos miró extrañado aquellas luces serpenteantes, que herían su retina.

Súbitamente, se dio cuenta de que ya no estaba borracho. Los efectos del alcohol se le habían disipado en pocos minutos, aclarando su memoria, sacudida espantosamente por la inmensa preocupación de tener que hacer aquello que constituía su deber.

Con paso rápido se alejó de allí en busca de Despeyster Street, donde estaría refugiado aquel David Ansell, otro de los asesinos del senador Fenwick.

IV



ETER Snowden, con su novia Glenda Hudson, ambos en su coche Studebaker de segunda mano propiedad de la joven, estaban dedicados a la búsqueda de Cohen, el camarada de Snowden. La joven llevaba otra lista de sospechosos en el domicilio de los cuales tal vez podría hallarse una pista para dar con el solitario agente especial del F. B. I.

—Tengo aquí un nombre que ha circulado mucho en «Homicidios», Peter —dijo Glenda a su novio, que conducía el coche por St. James Place, entre las avenidas de Brooklyn y Manhattan—. Vamos a Chinatown...

—¿Eh? —dijo el joven agente, arrugando el ceño—. ¿No hay un sitio peor adonde ir, querida?

—Por ahora, no. Hay aquí la dirección de un tal Levine, Park Street, veintidós. Este Levine es de cuidado, te lo advierto. Los nuestros están intentando cogerle en un renuncio, pero hasta ahora...

—Los de la Metropolitana estáis un tanto atrasados en vuestros métodos para echar el guante a ciertas personas —murmuró sonriendo burlonamente Peter.

—¿De veras? Sois vosotros, los del
F. B. I.

, los que os dais demasiada importancia —replicó ella en fingido tono despreciativo—. ¿Quieres decirme, por favor, qué podrías tú hacer ahora, si no fuera por los archivos de la Metropolitana, y por una funcionaría de este Cuerpo?

Peter, riendo, pasó un brazo alrededor del cuello, de ella, la atrajo hacia él y depositó un beso en su frente.

—Tu talento, Glenda... Tu talento de investigadora, ¡caramba!... Dime entonces por qué ese Levine es sospechoso. Habré de interrogarle...

—Si le encontramos. No cantes victoria, aún. Quizá tengamos que dialogar con las automáticas. Levine es, según parece, un hombre de acción de esa sociedad «El Brazo de Sión». Bulle mucho entre la juventud judía de aquí y les lanza frecuentes discursos subversivos para enardecerlos a la lucha por el terrorismo. Faltan pruebas, como siempre...

—En estas ocasiones, niña, no se precisan pruebas para detener a esa gente —replicó duramente Peter—. Se han colocado colectivamente fuera de la ley y ha de tratárseles como agresores en potencia. Estamos en Chinatown. ¡Qué delicioso es esto!

El coche marchaba lentamente por las calles estrechas, pobladas de barracas de espectáculos baratos, de los que salían insoportables ruidos de sirenas y timbres, llamando al público, que deambulaba de un lado a otro por en medio de las calzadas.

—¿Park Street? —preguntó Glenda a un agente de la Policía, colocado bajo un reverbero en actitud de pasiva tolerancia.

—No es como Broadway, precisamente —repuso sonriendo el agente—. Vayan por esa calle, y a la izquierda encontrarán Columbus Park. Park Street cruza Mulberry Street, que es una fachada de Columbus Park. ¿Entendido?

—Sí. Gracias.

Snowden condujo el coche por donde indicara el agente, llegando en pocos segundos a Park Street, aquella calleja inmundada. Los faros del coche iluminaban la lobreguez de la vía, las casuchas miserables, sórdidas, siniestras.

—El veintidós —dijo Peter, deteniendo el coche y mirando la casa con atención. Si ahora saliese una cuadrilla de «gangsters» disparando sus «Thompson» no me extrañaría nada, pequeña. Es una decoración estupenda para una película policíaca. ¿Vamos?

—Sí. Pero no tomes esto a broma y lleva a mano tu pistola. Yo llevo la mía. Espera, llevaremos las linternas eléctricas y las llaves maestras.

Rió quedamente el joven agente ante las precauciones de ella, que no parecía sentirse intimidada en absoluto.

Llamó Snowden con los nudillos a la puerta.

—Estoy pensando algo desalentador, querida —dijo quedamente Peter—. Y es que este Levine no nos va a decir dónde está Cohen, aunque sea amigo suyo. Debemos presentarnos como amigos de mi camarada, dando de lado nuestro oficio, naturalmente.

—Mi presencia infunde confianza. Nadie supondría que una mujer acompañase a la Policía en sus redadas. Llama otra vez...

Peter dio un fuerte puñetazo sobre la puerta, que se abrió al impulso recibido, quedando un hueco débilmente iluminado al fondo.

—¡Caramba! —rezongó Peter, dando un paso atrás mientras metía la mano diestra en el bolsillo de la trinchera—. Detrás de mí, Glenda —añadió en tono duro—. Monta tu pistola y saca la linterna.

—Hay luz ahí dentro —susurró ella oprimiendo nerviosamente su «Browning» del treinta y dos—. ¿Qué hacemos? Ten prudencia. Los asesinos del senador Fenwick usaron esas «ukeleles», ya sabes, las «Thompson»...

—Calla y ven detrás de mí. O quédate aquí, si lo prefieres.

—¡Voy contigo! ¿Crees que me voy a desmayar? —repuso ella en tono ofendido.

Peter y Glenda, muy despacio, silenciosamente, franquearon el umbral.

—¿Hay alguien aquí? —gritó el joven con voz fuerte, robusta—.

¿Míster Levine?

Un silencio absoluto reinaba en el interior de la casucha. La luz seguía iluminando débilmente el interior de la vivienda.

Peter, seguido de Glenda, que se le había cogido al cinturón de la trinchera, avanzaron con las pistolas dispuestas. Eran esos instantes, en los que el corazón más templado parece quererse paralizar de ansiedad, en que uno espera, a cada paso queda en el vacío de la incertidumbre, hallar la muerte bajo una terrible ráfaga de balas, o el golpe anonadador, llegado de no se sabe dónde, propinado por quién está al acecho, escondido y con todas las ventajas de su parte.

Pero ni el silencio fué turbado por ruido alguno sospechoso, ni nadie osó agredirles. Llegaron a una especie de comedor, de reducidas dimensiones, pobremente amueblado, donde estaba la luz encendida.

Glenda lanzó un estridente grito de horror a la par que sujetaba con mano temblorosa a su novio, que ya estaba contemplando, sobre el suelo, el cadáver de un hombre, de cuya cabeza había manado una gran cantidad de sangre. Empuñaba una pistola en la mano derecha.

Peter se inclinó sobre él y después se volvió hacia su novia, que permanecía rígida, sin poder apartar su mirada del cadáver, cuyo rostro reflejaba un profundo asombro y coraje, mostrando la blanca dentadura, en un gesto como de impotente ira.

—Asesinado —dijo secamente Snowden señalando con la mano la terrible herida de la cabeza—. Le han metido a boca de jarro un balazo... o más.

—Es él, es Levine —murmuró Glenda, más repuesta, inspeccionando el rostro del muerto.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Peter.

—He visto muchas veces su ficha en mi archivo. Últimamente su retrato lo manoseaban todos los detectives de la Metropolitana, pidiendo copias. ¿Quién lo habrá liquidado?

Snowden se encogió de hombros, como si no le interesase aquel extremo.

—Vámonos de aquí, querida —dijo incorporándose y cogiendo de un brazo a su novia—. Buscaba a un hombre vivo, no a un muerto. Es un enemigo menos, sencillamente. Pueden venir los

otros y cargarnos esta muerte.

Salieron silenciosamente de la siniestra casa, y Peter dio un fuerte portazo para cerrarla, pero no lo consiguió.

Iban a montar en el «Studebaker» para abandonar la calleja estrecha y sombría, cuando de la oscuridad brotaron tres hombres con los sombreros de fieltro calados hasta los ojos. Llevaban trincheras color caqui, de corte militar, y en sus manos portaban sendas pistolas de gran calibre.

—Levanten las manos y quietos —dijo uno de ellos, en tanto que los otros dos, con gran agilidad, apuntándoles también con sus armas, se colocaban a sus espaldas.

Peter vaciló un instante en obedecer. De haber ido sólo se habría decidido por la lucha, aunque el resultado de ella hubiese sido muy dudoso. Pero iba con él aquella mujer, a la que amaba sobre todo, y no podía lanzarla a un mortal peligro por su acometividad.

Levantó las manos, imitándole Glenda, que se oprimía contra él, temblándole el grácil cuerpo nerviosamente.

—No se muevan —siguió con voz ronca el que parecía capitanear el grupo—. ¿Qué hacían ahí dentro?, vamos, contesten...

—Venimos a visitar a un tal Levine, amigo nuestro —dijo serenamente Peter—. Como resultado de lo que hemos visto, íbamos a dar cuenta a la Policía. No queremos líos.

—¡Eh! —dijo el interrogador con autoritaria voz—. Entra a ver... ¿Qué han visto ustedes?

—Que Levine está muerto, asesinado —dijo Peter, y bajó las manos como si ya con él no fuese nada.

Quedó silencioso el hombre, tal que si la noticia le hubiese dejado aplanado. El otro hombre entró precipitadamente en la casa. Siguió una ansiosa espera, durante la cual Snowden aprovechó el tiempo para sacar su pistola, sigilosamente, del bolsillo de la trinchera. Los otros dos hombres parecían haber quedado absolutamente sorprendidos y sin iniciativa.

—Es cierto —dijo con voz alterada el que había penetrado en la casa—. Le han matado de un balazo en la cabeza. Ustedes... —señaló con su pistola a la pareja—. Han sido ellos. Sal —agregó con voz salvaje.

—¡Levanten las manos y pónganse contra la pared, de cara a ella! —rugió el hombre que capitaneaba a los otros—. ¡Tire usted

esa arma!...

Snowden no era de los hombres que, ante un peligro mortal, perdían la tranquilidad, y el férreo dominio de nervios que hubo de aprender a tener en la escuela del

F. B. I.

, en Quántico, con más la aplicación de la inteligencia en momentos en que era requerida con toda su intensidad y a marchas forzadas le daban una incuestionable superioridad sobre todo aquel que obraba impulsivamente llevado del coraje, el miedo o el mero instinto de conservación.

Ni tiró, pues, la preciada pistola, ni levantó las manos, ni fué a colocarse contra la pared, para ser ametrallado por los terroristas judíos por la espalda. Todo aquello conducía a la muerte, una muerte cobarde, sin resistencia, indigna de un hombre valeroso, y Snowden, por pertenecer al

F. B. I.

, lo era en alto grado.

La portezuela del coche estaba abierta aún. Peter no vaciló en su decisión, que meditó en décimas de segundo solamente, porque la muerte era aún más veloz en cernirse cuando concurrían circunstancias como aquélla. Dio un terrible empujón a la aterrada Glenda y cuando ella, proyectada hacia el interior del coche de una forma salvaje, cayó sobre el asiento posterior, rebotando después hasta caer en el suelo del vehículo, ya había hecho fuego con su pistola sobre la alta figura del jefe de los terroristas, el más cercano a él.

El hombre recibió la bala del «45», blindada, en el bajo vientre, a menos de tres yardas de distancia de Peter. Y el efecto del impacto fue en un todo equivalente al que hubiera podido causarle la más violenta arremetida de un toro salvaje o un rinoceronte. Así, se dobló en dos, lanzando un estremecedor alarido, y salió lanzado hacia atrás hasta caer de espaldas, quedando inmóvil mientras un charco de sangre se iba agrandando rápidamente en el suelo.

—¡Arranca! —gritó el agente especial, dirigiéndose a novia. Y apuntó al segundo terrorista, que, con el otro, se habían refugiado en el quicio de la puerta de la casa siniestra, disparando desde allí reiteradamente.

La segunda figura sombría, apenas iluminada por la débil luz

que brotaba del interior de la casa, cayó de bruces como un monigote de «pim, pam, pum» a quien se hubiese dado de lleno en la cabeza.

—¡Sube! —gritó Glenda, ya puesto en marcha el motor—. ¡Sube, Peter!...

—¡Lárgate, con mil demonios! Ese burro nos está friendo a tiros... Espérame más allá —gritó Peter, mientras seguía disparando contra el único terrorista que quedaba activo—. ¿Me oyes? ¡Vete, te he dicho!

La joven lanzó el coche por la estrecha calzada hasta alejarlo de allí unas treinta yardas. Lo detuvo después, y bajó de él, esgrimiendo la pistola con indomable decisión de luchar al lado de su amado.

Snowden se le fué encima al terrorista, guarecido ya en el interior del portal de la casa. Era un hombre bajito, pero muy robusto, obeso, que parecía como si rodase cuando se movía, tan cortas eran sus piernas. De dos zancadas, poniéndose descaradamente al descubierto durante un segundo, franqueó la zona peligrosa de tiro de la pistola del hombre. Después, mientras el terrorista intentaba salirse por la tangente para poderlo encañonar de nuevo, salvado el quicio de la puerta por Peter, ya no le fué posible hacerlo.

Peter, pegado a él, le machacaba el rostro con ganchos de izquierda muy veloces y de terribles efectos demoledores.

El terrorista pugnaba por encontrar un resquicio en aquella lucha cuerpo a cuerpo, aplastado él contra la pared, y apuntar con su automática al agente especial del

F. B. I.

Por fin, disparó en el momento en que Peter le retorció la mano violentamente con la izquierda suya.

La bala atravesó el pecho del terrorista que, instantáneamente, languideció y comenzó a dejarse caer al suelo, los ojos muy abiertos, reflejada en ellos la inminente muerte.

—¿Bien, mi Peter? —exclamó Glenda, apareciendo en el portal en actitud de franca agresividad, pistola en mano.

—Bien... ¡Caramba! —suspiró Peter, contemplando el cadáver del terrorista—. Éste se ha matado solo, palabra... Me quiso atravesar el cuerpo a balazos, pero le volví la mano, y que Moisés le

acoja en su seno. Ahora, vamos, hija. ¡Qué horriblemente fácil es matar a tres hombres!

Montaron presurosamente en el coche y salieron prestamente a Saint James Avenue. Y cuando llegaron ante una farmacia, el joven detuvo el coche y bajó, metiéndose seguidamente en el establecimiento. Fué a la cabina telefónica, echó la ficha que le entregara el empleado y marcó en el aparato rápidamente.

—¿Centre Street? Con el inspector Peltz, del

F. B. I.

, por favor —dijo, cuando estuvo establecida la comunicación con el centro policíaco.

—¿Quién habla? —preguntó la voz femenina de la centralita.

—Pete. Snowden, agente especial. ¡Dese prisa, hijita!

Miró la hora en su reloj de pulsera. Eran ya cerca de las once de la noche. Las once menos catorce, exactamente.

—¿Snowden? —La voz ronca, con acento germánico, del inspector Peltz, le sonó a Snowden como una dulce melodía, todo porque durante unos momentos, mientras luchaba a muerte con los terroristas, creyó que jamás volverla a oírla—. ¿Sigue usted vivo, hijo? Veamos qué le pasa...

—Poca cosa. Hemos visto el cadáver de un tal Levine, que debía ser de cuidado.

—Le ha visto, después de matarlo, naturalmente —repuso, socarronamente, el inspector.

—A él no le maté, señor —repuso, con no menos ironía Snowden—. Después se presentaron tres camaradas suyos y, sí, entonces me quisieron matar. No lo han logrado, se lo aseguro. Bien, señor, creo que sería muy oportuno que los de la Metropolitana se presentaran en Park Street, por Chinetown, y en el 22 hallarán quizá algo interesante. Cuatro cadáveres...

—Park Street, veintidós. Conformes. Se lo diré a estos camaradas. Y ¿no cree usted, Snowden, que hubiera sido más interesante dejar uno vivo, para poder interrogarle? ¿Es usted muy impulsivo, quizá? Matar por matar, no, muchacho —el acento del inspector Peltz se hizo severo al pronunciar estas últimas palabras.

—Fué en legítima defensa, señor —replicó adustamente Peter—. Voy con mi novia, Glenda Hudson, de Homicidios, y nos vimos muy comprometidos. El cadáver que hallamos era el de un tal Levine...

—¡Levine!... —exclamó el Inspector—. ¡Qué lástima no haberlo podido coger vivo! Mis sospechas de que él era uno de los más fogosos terroristas eran ya demasiado vivas. Lo prueba el que se le buscaba activamente y no se le encontraba en su domicilio habitual, allá por Yonkers. ¿Qué diablos le habrá pasado para que le hayan matado? ¿No será un suicidio?

—Asesinado, señor. Un balazo en la cabeza. Y juraría que ha sido quien yo me sé, precisamente por ese dato.

—¿Quién? ¿Los suyos?

—Cohen, señor. Mi camarada tiene la costumbre, que nos extrañó mucho en la escuela de Quántico, de tirar siempre, indefectiblemente, a la cabeza, sea cual fuere la clase de agresión de que se le intente hacer víctima. Los profesores ordenaban tirar al pecho, al vientre, a los hombros, según se deseara repeler la agresión con intención de matar o solamente herir, y según también la gravedad del apuro en que uno se viese metido. Cohen siempre, siempre, tiraba a la cabeza, y en eso era formidable.

—Es posible... El caso es que nada sé de ese muchacho. ¿Y usted?

—Nada, señor. Creo que le voy pisando los talones, a juzgar por mi hallazgo de Levine, pero no sé ahora dónde se hallará. Temo mucho por él.

—Yo también. Si mató a Levine, y era amigo de él, comprendo lo que el pobre debe estar pasando. Una lucha sin cuartel entre el cumplimiento del deber y la amistad, la hermandad de razas, los mismos ideales de liberación de Israel. Pero son tan burros, tan burros esos terroristas...

—¿No podría recabar usted ayuda de la Metropolitana, señor? Hay aquí millones de judíos, y no se los puede matar a todos, supongo...

—¡No, diablos! —replicó, riendo, el inspector Peltz—. Mire, hace rato que me dijo el inspector jefe Ingram, en turno de noche, que tiene ya diez brigadas volantes, con radios, dando tremebundas batidas por Boverly, Manhattan, por la parte Oeste y los muelles, y el Sur. El resultado será que llenarán los calabozos de detenidos y que algunos nuestros y de ellos no verán el sol mañana. Ésta es la ayuda con que contamos, lo siento.

—Bien, señor. Sigo la búsqueda de mi camarada. Le llamaré con

frecuencia y desearé pueda decirme que ha encontrado a Cohen, Dígale, si así sucede, que me dé un lugar de cita, para unirme a él en la búsqueda.

—Desde luego. No sea impulsivo, ¿eh? Pero guárdese también.

Snowden, cuando terminó de hablar con su jefe, llamó a Glenda y juntos tomaron unas tazas de café bien cargado.

—No sabe nada de Cohen —murmuró, con desaliento él mientras movía el café con la cucharilla—. ¡Pobre camarada! Porque, Glenda, él es muy sensible, extraordinariamente afectivo y tierno, pese a su máscara de rigidez teutónica. Un gran corazón, que se estará despedazando con esa terrible alternativa en que le coloca su deber y los impulsos generosos que le dominan.

—Confiemos en que le encontraremos, y entonces podremos librarle de lo más penoso de su tarea —repuso, conmovidamente, Glenda—. Ahora, ¿a dónde vamos?

—Mira esa lista. El que siga en importancia, lo mismo da.

—Tengo un tal Melquisedec... —dijo ella, leyendo el papel—. Es un viejo taimado, una especie de «Parnass» o jefe de «*ghetto*», que aparentemente, según nuestros informes, se pasa la vida leyendo la «Torah», ese libraco santo de Moisés. En realidad, parece un santón que encandila a la juventud con sus atroces proclamas nacionalistas.

—¿Qué dirección? —preguntó Peter, cuando estuvieron en el coche.

—Un momento... —dijo ella, mirando la lista—. ¡Uf, querido!... En los muelles Oeste. Fulton Street, treinta y cinco. Entre los Docks trece y catorce. ¿Sabes ir?

—Sí. ¡Maldita sea, en qué sitios viven esas gentes! Que la suerte nos acompañe, queridita. Y el caso es que maldito si confío en poder hallar a Cohen con este sistema de recorrer Nueva York de punta a punta.

—Solamente si nos dicen dónde está él, o le encontramos entre ellos.

—Si no es acribillado a balazos... —replicó, sordamente, Snowden—. ¡Dios, como lo maten, me volveré loco y mataré, mataré, mataré!...

Tres hombres, con el ala de sus sombreros flexibles mu echada hacia los ojos, de aspecto juvenil y decidido, entraron en la casa

donde vivía Miriam Hielscher, la novia de Cohen y activa afiliada a la organización «El Brazo de Sión» como enlace de los grupos de acción.

Uno de ellos llamó quedamente a la puerta del departamento, dando dos golpecitos quedos, y después otros dos, más fuertes.

Un par de minutos después, la voz soñolienta de Miriam sonó al otro lado de la puerta, diciendo con voz clara:

—«Hijos de la Alianza, decid, si sabéis...».

—«Bendito seas, Señor, Rey del Universo, conforme a cuya palabra existen todas las cosas en el mundo» —contestó, con voz grave, uno de los tres hombres—. Abre, Miriam; soy Zac Lhamos, y dos camaradas más.

Ella descorrió el cerrojo y apareció ante los hombres vestida con una bata color naranja claro, que modelaba su perfecto cuerpo. Caían sobre sus hombros, en cascada, los negrísimos cabellos, y su rostro sonrió cuando cedió el paso a los tres israelitas, que penetraron en el pequeño «*hall*».

—¿Qué os pasa? —inquirió ella, sentándose frente a los hombres.

—Hemos hallado a Levine, ¡Dios le tenga a su lado!, asesinado en su escondrijo de Park Street, Y con él, tres camaradas más, ¡Dios no les olvide!, también muertos a balazos —dijo, con voz doliente el que parecía capitanear al grupo de acción—. Esto es todo, hermana querida...

—¡Oh, Zacarías, hermano! —clamó la joven apretando su pecho con ambas manos, cruzadas, mientras su rostro se sobrecogía por el espanto—. Los han matado los de la Policía... Levine, nuestro héroe...

Lhamos movió la cabeza en sentido negativo. Igual hicieron los otros dos jóvenes, cuyos rostros, de rasgos muy marcados hebreos, reflejaban el dolor y la ira.

—No, hermana —dijo Zacarías, con voz llena de odio—. No ha sido la Policía, seguramente. Ellos se los hubiesen llevado a la Morgue inmediatamente para obtener datos de sus ropas, de sus papeles, aunque no creo que Levine llevase ninguno interesante. No ha sido la estulta Policía...

—Estaban sin registrar. Los cuerpos de los tres heroicos camaradas tenían aún calor. El de Levine iba siendo invadido por el

«*rigor mortis*». Estudio Medicina, hermana, y sé algo de eso — objetó otro de los jóvenes.

—Presumimos que esas muertes las ha causado alguien, quizá un solo hombre, infiltrado en nuestras filas. Estamos olvidando al F. B. I.

, y quizá uno de sus agentes... Puede haber entre nosotros traidores.

—Quizá los haya —ratificó otro de los terroristas, arrugando el ceño con ferocidad—. Miriam, ¿sabes algo de esto? Tú eres nuestro enlace y debes saber si un camarada, desconocido para ti, pero sabiendo nuestro santo y seña para esta noche, te ha sacado arteramente ciertas direcciones de camaradas heroicos escondidos.

—Así es, hermana —murmuró Zacarías, mirando fijamente a la joven, que movió enérgicamente la cabeza, denegando—. Quizá alguien te engañó... es preferible que lo digas. Muchos camaradas podrían morir esta noche si ese presunto traidor posee sus direcciones. Levine estaba bien oculto. Tú sola y nosotros sabíamos dónde estaba. Nuestro sistema de cadena, no permite que los otros grupos de acción lo sepan si tú no lo dices. Habla, Miriam...

—Nadie ha venido esta noche, ni esta tarde, a pedirme datos sobre esto, hermanos muy queridos —dijo ella en tono apasionado, muy pálida—. Que Shaddai, el Todopoderoso, sea testigo de lo que digo. ¿Me creéis tonta?

—¿Nadie, Miriam? —pregunto fríamente Zacarías, sonriendo cariñosamente—. Recuerda, recuerda... ¡Es tan importante tener la seguridad de que no estamos vendidos!

—No es que seas tonta, Miriam —dijo suavemente el otro terrorista—. Pero a veces, sin uno desearlo, se habla y se habla... Cuando se cree tener confianza en un camarada, como nosotros ahora en ti, ya ves... —agregó, mientras guiñaba un ojo a Zacarías, que palideció—. ¿No recibiste ninguna visita, Miriam? ¡Recuerda a nuestro heroico hermano Levine!

Miriam sonrió repentinamente, dándose una palmada en la frente.

—Recuerdo, sí... —exclamó, casi con júbilo—. Una visita he tenido; pero no, no fue una visita. Fué a esperarme a la salida del Wanamaker y vinimos juntos, cenamos... ¡Le convencí para que se una a nuestra áspera lucha!

—¿Quién, Miriam? —preguntó con helada voz. Zacarías, fijos

sus negros ojos en la joven—. ¿Quién?

—Pues... David Cohen, muchachos. Uno de nuestros paladines, aunque hasta ahora no tornó parte activa en nuestro movimiento reivindicador contra...

—¡Habla, por Shaddai! —rugió Zacarías—. ¡Abrevia, lengua larga!

—David Cohen es mi novio. Un israelita puro, un promotor de nuestro movimiento pro Sión libre —dijo con entusiasmo la joven, agitando las manos en dramática actitud—. Vino de Washington esta tarde y...

—¿Qué es? Yo no conozco a ese Cohen. ¿Y vosotros? —inquirió, dirigiéndose a sus camaradas Zacarías, cuyo semblante, de mofletudas mejillas y ojos pequeños, negrísimos, profundos, inquisitivos, se iba tornando en la estampa de la ferocidad—. ¡Calla, Miriam!

Negaron con un gesto los otros dos hebreos.

—¡Pero si es Cohen, el héroe de Belsen, el perseguido por la Gestapo por su fanatismo en la lucha contra Hitler! —gritó la joven, lívida de horror, mirando alternativamente a uno y otro de sus visitantes—. ¡Vosotros, qué creéis!

—Y ¿qué pasó, mujer? ¿Le diste datos nuestros? ¿Dónde estaban refugiados los nuestros?

—Le convencí de que debía unirse a nosotros. Es viajante, Zacarías. Ni tú, Zac, puedes alardear de tener una historia tan brillante y heroica como mi David. ¡Shaddai le guarde! Ni tú, Zac, ni nadie... ¡Le di la lista de los camaradas mejores para que les hablase, de parte mía, esta misma noche! ¡Para que luche por nuestra bendita causa! ¡Maldito seas tú, si de él piensas mal, Zac!

Zacarías se levantó lentamente, con movimientos de aterradora pereza, fijos sus crueles ojos de rata enfurecida en la joven, que le imitó, temblando su escultural cuerpo bajo la liviana bata de seda, espantados los negros ojos, de anhelante mirada.

El hebreo movió el dedo pulgar de su mano izquierda en significativo gesto, mientras volvió la cara hacia sus compañeros. Éstos, muy pálidos, salieron lentamente del «*hall*», y quedaron esperando en el comienzo de la escalera, vigilante su mirada por si alguien subía o bajaba por ella.

Zacarías, apretados los labios, balbució con seco, helado, acento,

encarándose con Miriam:

—¡Traidora!... ¡Cuántos caeremos esta noche por tu delación!
¡Vuélvete de espaldas, mujer maldita!

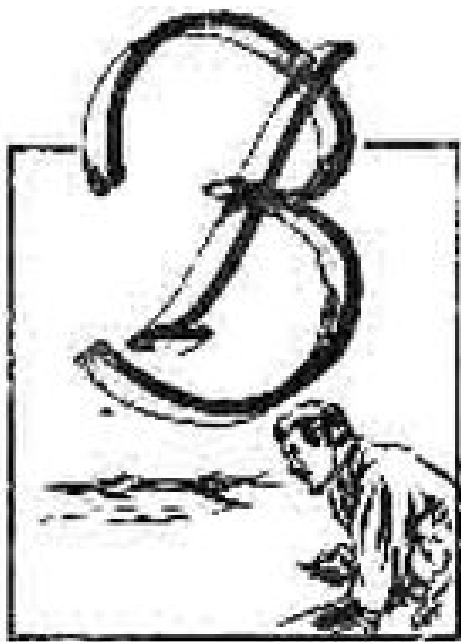
Ella, blanco su rostro como la nieve, en el límite de la demencia por el terror, quizá comprendiendo ya lo que era su amado Cohen, cayó de rodillas, tensos los brazos, con los dedos de las manos cruzados, en ademán de súplica, sollozante, gritó con voz implorante:

—¡No, Zac, no!... Si él me engañó, y no lo creo, yo no tengo la culpa... ¡No, Zac, hermano, hijo de la Alianza! ¡¡No!!...

Zacarías, impasible, apuntó con su pistola automática, provista de silenciador, a aquella hermosa mujer, enloquecida por el espanto, aterrada por el pensamiento de que el hombre a quien amaba con toda su alma la hubiese engañado.

Y el disparo, al corazón de la joven, sonó apenas como una débil palmada. Los dos terroristas que estaban en la escalera no lo oyeron, y solamente cuando el vacilante Zacarías salió del departamento comprendieron que todo había acabado. La traidora Miriam había pagado su culpa de haber amado a David Cohen con el alma y la vida.

V



AJARON las escaleras, lentamente los tres hombres, bien metidos los sombreros flexibles en la cabeza, hacia adelante, y subidos los cuellos de las trincheras, color caqui, del Ejército americano. Eran muchos los tramos hasta llegar al portal, pues temían que el empleado del ascensor les reconociese en determinado momento, si la Policía hacía investigaciones posteriores al hallar el cuerpo de Miriam.

Ya en el amplio portal, de paredes de mármol, avivaron el paso, en busca de la, calle. Y Zacarías, que iba delante, se echó repentinamente hacia atrás, extendiendo los brazos para que sus camaradas se detuviesen. Sacó con rápido gesto la automática y susurró, roncamente:

—La Policía...

Dos coches grises estaban ante la acera y varios agentes uniformados y otros de paisano avanzaban decididamente hacia la casa, portando ametralladoras de mano y fusiles automáticos de corto cañón y enorme calibre. Al ver a los tres hebreos, que intentaban salir del portal con aire indiferente, un agente de paisano, de mediana edad, empuñando una pistola automática, les cortó el paso con ademán enérgico:



Dispararon con vertiginosa rapidez.

—Por favor, esperen... Ustedes... ¡Hola, judíos cara de cerdo!
¡¡Arriba las manos, de momento!!

Zacarías elevó un poco su pistola, dio un paso atrás y gritó con rabia, a pleno pulmón, fanáticamente:

—¡¡Viva Israel libre!! ¡¡Marranos imperialistas, tomad!!

Y disparó con vertiginosa rapidez su pistola sobre el grupo de policías.

Sus dos camaradas le imitaron, mientras buscaban poder escapar del espantable cerco de armas que les impedía el paso.

Cayó pesadamente el agente de paisano y dos agentes de uniforme, Y entonces, los restantes agentes, ocho o diez más, fríamente, hicieron sonar las crepitantes ametralladoras de mano y los fusiles, que retumbaron ensordecedoramente, vomitando una lluvia aterradora de balas sobre los israelitas, que cayeron, materialmente descuartizados, convertidos sus cuerpos en espumaderas, al suelo. Un arroyo de sangre buscó rápidamente descenso de la acera hacia la calzada, deslizándose por el borde de la acera.

—¡Arriba, al piso! —gritó el inspector que mandaba la patrulla volante, sudoroso, esgrimiendo su pistola ametralladora—. ¡En busca de esa Miriam! ¡Jones, Bartlett, Elmont, Bruckner, arriba, aprisa, por si hay más cerdos escondidos! Oiga, Vernon, atiendan a los nuestros, que se mueven... ¿Heridos solamente? ¿Sí? ¡Bendito sea Dios!

Cohen se detuvo al llegar a la corta Despeyster Street, estrecha y lóbrega. Miró hacia atrás, contemplando la avenida South Street, enorme, con los Docks de las compañías marítimas que daban al East River. De entre los tinglados salían densas humaredas, procedentes de las chimeneas de los innumerables buques anclados en sus muelles colosales.

Miró su reloj de pulsera y vio que eran ya las doce y diez de la noche, de aquella noche fatídica que jamás olvidaría, en el supuesto de que la luz del nuevo día pudiese ser contemplada por sus espantados ojos, febriles unas veces, mortecinos otras, mientras su cerebro, poblado de espectrales sombras amenazadoras turbaban su raciocinio, impidiéndole pensar serenamente.

En la esquina de Despeyster Street entró en una taberna sórdida, desierta. En el mostrador estaba un hombre, que levantó la cabeza al verle, sonriéndole.

—Un doble de «*whisky*» —pidió el agente especial, con voz alterada—. Fuerte, fuerte...

—Muy fuerte —replicó el tabernero, después de observar

inquisitivamente a Cohen—. Quitapenas lo llamo yo... Si lo puede aguantar, no se lo cobro —y llenó el vaso, tendiéndose al israelita, que lo miró un instante, lo olió y después, con un gesto seco, bebió de una vez el contenido. Tosió fuertemente al sentir en su gástrico la quemadura del alcohol amílico, que bajaba como fuego al estómago.

—¿Calienta, amigo? —exclamó riendo el tabernero.

El cuerpo del agente especial sufrió un tremendo estremecimiento al sentirse ocupado el estómago por la totalidad del líquido corrosivo.

—Vaya... —rezongó Cohen, sonriendo dolorosamente—. Pero le apuesto a que... dentro de cinco minutos ya no estoy borracho. Antes tomé otro bote de metralla, peor que éste, y... como si nada. ¿Cuánto?

—Diez centavos. Y que Dios le ampare, buen hombre. ¡Cuidado, que va a meter la cabeza por los cristales de la puerta!

Se sintió Cohen como inflado interiormente, en tanto que ardía su cabeza, haciéndole casi perder el conocimiento. Salió dando traspies, buscando con las manos, como un ciego, la salida.

—Ahora sí que estoy borracho... —exclamó, gozosamente, ya en la calle, riendo entre hipos. —¡Fuera los malos pensamientos, los alaridos de la conciencia...! Ansell, Ansell... como te coja ahora me olvidaré de que has sido mi mejor amigo, ¡canalla! Llevo una... coraza contra esa estupidez... que se llama... bondad, compasión, amistad... Fuera, fuera toda ésa sensiblería... de la camaradería de armas, de la hermandad de los hombres... ¡Valiente estupidez el... el Talmud!

Siguió por Despeyster Street adelante, en la soledad sombría y amenazadora de la calleja. Volvió la cabeza cuando oyó el potente sonido de una sirena de un barco. Rió sarcásticamente, sacando la pistola, que contempló con asombro, entregada su memoria, al olvido de lo que iba a hacer.

—¡Ansell, Ansell! —exclamó después, con voz tierna, casi sollozante—. Lárgate, idiota, que voy... por ti. Te lo aviso, que... conste. Soy noble y aviso... Mis balas... o la silla, donde te quemarás el c...

Volvió a reír bajito, quizá imaginándose la escena de la ejecución del terrorista judío en la silla eléctrica.

Se apoyó pesadamente en la puerta de una casa de dos pisos. Apenas si tenía fuerzas para mantenerse en pie y su cabeza parecía un volcán del que brotase la lava de aquellas ideas fijas, aterradoras, que en vano trataba de alejar de sí con el olvido absoluto.

Durante varios minutos estuvo así, medio adormilado, balanceando la cabeza, murmurando frases inconexas, como en un delirio en el que tema o «leit motiv» fuese aquella tragedia en la que estaba metido.

Súbitamente, se estremeció violentamente y recobró su natural aplomo, sintiendo un tremendo espanto al volver las ideas claramente a su mente, pasados los efectos del alcohol. De nuevo estaba sereno... ¡De nada le valía el intentar adormecer su sensibilidad, su memoria, sus sentimientos y el horror del deber que debía cumplir bajo los efectos del más devastador alcohol, capaz de dejarle sin sentido en cualquier otra ocasión! La idea fija de su horrenda desgracia como cumplidor de la ley, fuese contra quien fuese, barrenaba y machacaba, como yunque incansable, su cerebro, manteniéndolo alerta y consciente en aquel sordo martirio.

Con movimientos ágiles, más sereno que nunca, miró el número de la casa ante la que se hallaba. Sí, era donde vivía Ansell. Aun estando borracho, enloquecido, había conseguido ir hasta allí. Su subconsciente le había guiado, pese a su turbación, como le había indicado cuál era su deber.

Llamó a un timbre eléctrico, que sonó lejos, en el fondo de la casa. Miró después a su alrededor con desconfianza. La calleja estaba desierta y mal iluminada solamente por un triste farol hacia el centro de la vía.

—¿Quién? —preguntó desde el otro lado de la puerta una voz de niño.

—¿Está Ansell? David Ansell —preguntó Cohen en voz baja—. Dile que quiere verle David Cohen, el sargento de tanques que conoció él en Francia. David Cohen, el sargento...

—Sí, bueno. Espere... —replicó la voz infantil.

Cohen sacó su «Savage» y la quitó el seguro, metiendo na bala en la recámara. La guardó después el bolsillo de la derecha de su trinchera.

La puerta se abrió lentamente y una cabeza de hombre, moreno

el cabello, apareció en la rendija. Unos ojos bonachones, ahora algo alarmados, miraron hacia afuera. Y una nariz rubicunda, hebraica, pareció encogerse al esbozar una sonrisa la boca de labios gruesos, tras los que apareció una dentadura blanca, brillante.

—¡Dios Todopoderoso, Cohen! Pasa, hermanito, pasa —exclamó una voz juvenil, algo bronca. Y el agente especial vióse cogido por unos brazos nervudos y apretado fuertemente contra un pecho, potente, que jadeaba de alegría.

—Hola, Ansell —repuso fríamente Cohen, cuando se vio libre de los extremos cariñosos de su antiguo camarada de guerra—. Vengo a verte, a hablar contigo...

—Y yo, encantado, muchacho —exclamó Ansell, haciéndole pasar a una habitación en la que había una cama, en la que tal vez dormía el terrorista antes, y varias sillas. Colgada del respaldo de una de ellas, pendía una ametralladora «Thompson».

Un niño, de unos nueve años, vestido pobremente, contemplaba curiosamente al agente especial con sus profundos ojos negros.

Ansell era de alta estatura, delgado y fuerte, brillando en sus ojos como una ingenua bondad, una honradez sin mácula que inmediatamente predisponía a su favor. Cohen lo examinaba críticamente mientras Ansell buscaba, con movimientos precipitados, llenos de amable interés, un paquete de tabaco y una botella de «*whisky*».

—Siéntate. Fuma y bebe... —dijo Ansell sonriendo anchamente, sentado a su vez en la deshecha cama—. Vaya con Cohen, el viejo y querido camarada...

El agente especial llenó un vaso de «*whisky*» y lo apuró con ansia, casi con furor, anhelante su respiración.

—Es bueno —dijo Ansell, llenando su vaso y bebiendo a cortos sorbos—. Mira, éste es mi hijo señaló al niño, que sonrió—. Vaya, David, ¿cómo se saluda a los amigos, hombre? —Se dirigió a su hijo en tono severo.

—¿Cómo está usted? ¡Que Shaddai le colme de bienes y salud! —Y tendió su mano a Cohen, que fingió no parar su atención en él, cogiendo un cigarrillo y encendiéndolo con mano un poco temblorosa.

—¡Bueno, muchacho, cuéntame...! —dijo Ansell con voz llena de simpatía dando un manotazo sobre una rodilla de Cohen—.

¿Cómo has logrado dar conmigo? Has cambiado muy poco, ¿eh? Algo más triste parece tu cara... ¿Enfermo?

Cohen bajó la cabeza, denegando con un gesto. La levantó después para contemplar al niño, que estaba sentado, las manos cruzadas sobre el vientre, examinando al agente especial con ojos de profunda mirada.

—¿Estáis los dos solos aquí? —preguntó después, y llenó de nuevo el vaso de licor vaciándolo, de un trago.

—Ha ido a traerme la cena —repuso Ansell—. Ya sabes que estoy escondido. Es la vida... Me metí en esto del movimiento de «El Brazo de Sión» y esta mañana nos cargamos al senador Fenwick. ¿Cómo has dado conmigo?

—Oye, di a tu chico que se vaya, Ansell —murmuró sordamente Cohen, mirando casi con espanto al niño—. Quiero hablarte de cosas que él...

—David, vete a casa. Ten cuidado de no entretenerte, porque es ya muy tarde. Vivo cerca de aquí, Cohen... Esta casa es de otro camarada, que no tardará en venir. Saluda, David, y vete, hijito.

El niño hizo un gesto ambiguo de saludo mientras sus ojos negros, de profunda mirada, se clavaron hostilmente en el agente. Éste comprendió instantáneamente que el niño habíase dado cuenta de que él no podía ser su amigo, de que algo extraño, como un sexto sentido, le había advertido que Cohen era un enemigo. Y salió silenciosamente, haciendo sonar la puerta ruidosamente al cerrarla.

Ansell se retrepó en la cama, fumando tranquilamente mientras, sonriente, parecía buscar la forma de reanudar la conversación con el hosco Cohen.

—¿Qué me querías, camarada? —dijo al fin en tono misterioso—. ¿Estás tú también metido en el mismo lío que yo? No sabía que fueses de los grupos de acción. Esta noche está toda la Policía en la calle, según dicen, dando redadas de pánico contra nosotros. A mí no me pescan vivo...

Cohen suspiró fuertemente. Lívido, volvió a llenar de nuevo el vaso de licor y lo bebió de un golpe, chasqueando la lengua.

—Te has dado a la bebida, hermano —dijo severamente Ansell—. No seas bruto, hombre... ¿Qué diablos te pasa? Estás terriblemente cambiado... Tú eras un camarada alegre, que contabas cada cuento verde de miedo, y nunca nos permitías tener

el espíritu entristecido. Bueno; habla de una vea...

—Sí, Ansell —replicó Cohen con voz trémula, baja la mirada—. Oye..., ¿tú fuiste uno de los que mataste esta mañana al senador Fenwick? ¿De veras hiciste eso? Siempre fuiste un poco «farolero», atribuyéndote heroicidades que otros hicieron. ¿Verdad que no lo hiciste, Ansell?

—¡Cómo que no, Cohen! —saltó impetuosamente el terrorista, herido en su amor propio—. ¡Por el Arca de la Alianza, te juro que di gusto a la «ukelele» y que vacié casi el tambor sobre ese tipo asqueroso y su inmundo lacayo! Es cierto, muchacho. ¿Por qué lo dices? ¿No me crees hombre para hacer eso?

—Te creía hombre... como para no hacerlo —musitó, con voz cargada de severidad, el agente especial—. Nunca creí que pudieses ser un asesino...

Ansell palideció al escuchar aquellas palabras, que no esperaba seguramente se las dijese un israelita como él y ferviente partidario de la nueva patria en tierras de Palestina.

—Pero..., bueno, Cohen —dijo con voz llena de extrañeza, muy abiertos los ojos por el asombro—. Tú das a interpretación ridícula a esto... En las guerras, ya sabes, matamos por un ideal, por la defensa de nuestra patria, y...

—¡No confundas eso con esto otro, idiota! —rugió Cohen, rojo de ira—. ¡Eres un pobre estúpido, un engañado por las soflamas de esos asesinos sin escrúpulos, que ordenan matar, asesinar a personas honorables por el solo delito de que pensaron en voz alta, condenando la violencia que supone el querer crear una patria con cimientos de terror!... ¡Nosotros siempre hemos sido el pueblo oprimido, el eterno perseguido por las Policías de todo el mundo, el despreciado por los regímenes autoritarios, y cuando en un país como éste se nos tiende una mano y se nos ayuda a ser una nación libre, dueño de sus destinos, mordemos la mano que nos empuja a la felicidad y asesinamos a quienes condenan nuestro acto de salvaje desagradecimiento! ¡Sois unos asesinos, unos cobardes asesinos! Y... vais a pagar vuestras culpas, Ansell, porque vuestra acción es la de un asesino, un fuera de la ley. ¿Me comprendes?

—Yo, Cohen —murmuró Ansell, lívido de horror; como si repentinamente se hubiese dado cuenta del delito cometido—, obedecí a los jefes... Me convencieron de que nuestro movimiento

era libertador, y eso me parece todavía... Los capitalistas quieren convertirnos en esclavos, como siempre lo hemos sido. Las compañías petrolíferas...

—¡Calla! No confundas esos argumentos de mitin con la realidad que supone el que nuestro Gobierno, por vías legales, cara a cara con los gobernantes de este país, negocien sobre los problemas que nos afecten, en vez de permitir que unos salvajes impulsivos organicen bandas de asesinos que destrocen nuestros más caros ideales de libertad, convivencia y democracia, condenándonos a todos los israelitas a ser odiados, vilipendiados y perseguidos como perros por la ley... No, Ansell, sois unos asesinos vulgares, unos pistoleros cobardes. Y tú, que has asesinado con tu «Thompson» esta mañana a un hombre que no nos odiaba, pero que protestaba contra el sistema criminal de eliminar al que no piensa como nosotros, tienes que pagar tu crimen. Sabes lo que te espera, ¿verdad?

—Bueno; yo escaparé —objetó Ansell con ansiedad—. Es cierto, camarada... Yo nunca simpatiqué con la violencia, bien lo sabes. Me repugna eso, pero me hicieron creer... ¡Por Dios, Cohen, no quisiera haber hecho eso!... Uno no sabe, en ciertos momentos, lo que hace. En aquellas reuniones de nuestras juventudes reinaba un ardor, una ilusión... Nos cegaban con falsas imágenes, pintándonos como héroes libertadores de nuestro Israel si conseguíamos eliminar a esos hombres que nos combaten. ¡Yo, Cohen, no volveré a hacerles caso! Escaparé de aquí, huiré con mi hijo a otra parte. Antes de que el

F. B. I.

, me eche mano. Todos tenemos un temor espantoso al

F. B. I.

, y nos ordenaban no tener compasión con los agentes que cayesen en nuestro poder.

—Es tarde, Ansell —replicó, con voz helada, Cohen—. El

F. B. I.

, está ante ti... Mira —y sacó del bolsillo el agente especial la insignia del Cuerpo, mostrándosela al aterrado Ansell, que la contempló estúpidamente, como hipnotizado, en tanto que un temblor progresivo se iba apoderando de todo su cuerpo, sacudiéndolo violentamente.

—¡Tú, tú..., del F. B. I! —exclamó con voz trémula,

empavorecida, pero también llena de amargo reproche—. ¡Mesahamad!

—¡Apóstatas, vosotros! —gritó Cohen, apretados los puños por la rabia—. Traidores, vosotros, que a nuestro mismo Gobierno israelita desobedecéis... Y basta, Ansell. Vengo por ti... Todos los que habéis asesinado esta mañana al senador pagaréis vuestra culpa. Y la pagarán aquellos que os lanzaron al crimen y la vergüenza. Tienes que venir conmigo...

Ansell, como idiotizado, contemplaba con infinito asombro a Cohen, y de pronto, sus ojos se nublaron, llenándose de lágrimas, que lentamente fueron bajando por sus mejillas hasta caer en la americana.

—Cohen, créeme que estoy arrepentido de todo eso —gimió, juntando las grandes y nervudas manos—. Soy un hombre, bien lo sabes, y me han equivocado... No soy un cobarde, pero no quiero ir a la «silla»...

—¡Qué lástima, Ansell, que esta mañana, no hace tanto tiempo, no pensases en que al matar a un pobre hombre!, a dos, mejor dicho, te esperaría la silla eléctrica, la muerte, por asesino cobarde... —repuso Cohen lentamente, con voz suave, casi acariciadora, como si pretendiese consolar al buen camarada, abrumado por la desgracia—. Ahora hay que ser hombre, muy hombre... Mucho más que esta mañana, Ansell, y dar la cara a tus jueces, mostrando tu arrepentimiento sincero, yendo a... eso serenamente, porque, en verdad, te lo mereces. Un hombre...

—¡Mi hijo, Cohen! —gritó Ansell, sollozando violentamente—. ¡Mi pobre David, sólo en este mundo! No tiene madre...

—¡Ay Ansell, qué cosas dices! —clamó Cohen con acento helado, poniendo una mano sobre un hombro del terrorista—. El senador Fenwick deja tres hijos... Y el infeliz chofer, que en nada se metió, que no tomó partido, ni de palabra siquiera, contra Israel, deja dos niños también... Ahora, tú te acuerdas de tu hijo, no de los de ellos, asesinados por ti. Vamos; ven conmigo, Ansell. ¡Vamos, Ansell!

El terrorista, como hipnotizado, anulada su voluntad por la inmensidad de su terror, se levantó pesadamente de la cama. Instintivamente fijó su mirada en la ametralladora «Thompson», colgada del respaldo de una silla, y después, huidizamente, en

Cohen. Éste sacó su «Savage» y le encañonó con ademán resuelto.

Ansellapuró de un trago, sudando copiosamente su frente, tembloroso, lo que quedaba de la botella de «whisky». Guardó después el paquete de tabaco en un bolsillo de su gabán, que se había puesto torpemente, y se quedó contemplando al agente especial, como dispuesto a salir con él.

Cohen hizo un gesto, invitándole a marchar delante de él.

Salieron a la calle. Cohen llevando de un brazo a Ansell, que caminó como un somnámbulo, baja la cabeza, sin sombrero, colgándole de los labios un cigarro apagado. No mucho más serenamente camina el agente especial, que no podía reprimir un terrible temblor, producido por la inmensa compasión que embargaba su ánimo y le impulsaba a aconsejar a su compatriota marchase de su lado y se ocultase de nuevo.

Penetraron en la gran avenida de South Street, dando vista a los inmensos muelles y tinglados entre los números 14 y 15, ocupados por grandes buques cargueros. Los focos iluminaban espectralmente los «docks», desiertos.

Un poco más adelante vieron un coche parado junto a la verja de entrada a los «docks». A su lado, varios policías de uniforme, que charlaban y fumaban con dos vigilantes de los muelles.

—Te llevaré en ese coche, Ansell. Será más cómodo para ti —murmuró el agente especial en un murmullo apenas audible—. Ten valor, hermano... ¡Es mi deber, compréndelo! —exclamó casi sollozante.

Ansell se detuvo, levantando la cabeza para contemplar a los policías. Un estremecimiento de indecible horror le sacudió de pies a cabeza, y, con un tremendo empujón, lanzando un alarido espantoso, se desasíó de Cohen, que cayó al suelo violentamente. Y el terrorista se lanzó, en una desenfrenada carrera, recto como una flecha, hacia el no lejano puente de Brooklyn, cuya mole de acero se recortaba sombríamente, cortando la visual al penetrar en las negras aguas del East River para perderse en la lejanía de la otra orilla, en la que brillaban, parpadeantes, las luces de los muelles.

Cohen se levantó y corrió hacia el coche ocupado por los policías, que montaban ya en el vehículo, asombrados, para perseguir al enloquecido hombre, a quien suponían un vulgar atacante.

—¡F. B. I! —gritó el agente especial, mostrando su placa y subiendo al coche de un salto—. ¡Es un terrorista judío! ¡Aprisa!

—¡Ya lo creo! —exclamó el sargento de la Metropolitana, sacando su pistola—. Nos traen locos esta noche... ¡Arrea, Frank, antes de que se nos evapore entre los muelles!

El coche fué lanzado a toda velocidad, ceñido a la acera, por la que corría desesperadamente Ansell, moviendo los brazos como un perfecto atleta que disputase un «marathón».

Unos segundos después, el coche se puso a su altura y los agentes le encañonaron con sus armas.

—¡Detente, Ansell! —gritó Cohen, dispuesto a saltar a tierra—. ¡Detente o disparo!...

—¡Párese, o disparamos! —gritaron los agentes, mientras el coche seguía corriendo al paso de Ansell, que parecía no oír nada, gritando de terror.

Un chorro de balas brotó de las ametralladoras ligeras y pistolas de los ocupantes del coche policíaco. Y acto seguido se detuvo, bajando de él los servidores de la ley. El sargento se inclinó sobre el cuerpo tendido en tierra, inmóvil, con los brazos extendidos, de cuya cabeza brotaba la sangre.

—No disparamos a darle —murmuró el sargento, extrañado, contemplando a Cohen—. ¿No oyó usted mis órdenes? Ha sido usted, entonces...

Cohen encogió de hombros.

—Llévenselo a la Morgue —dijo con voz trémula—. Ya iré yo después a Centre Street. Ese hombre se llamaba Ansell y fué uno de los que ametrallaron al senador Fenwick esta mañana.

Se alejó lentamente, las manos metidas en los bolsillos de la trinchera, muy baja la cabeza, encogido de hombros, pero con paso como de autómatas; tal que si marchase marcando el germánico «paso de la oca».

—Parece un loco —murmuró el sargento, viéndole caminar de aquella extraña forma—. Mire, parece que se va a desmayar —agregó, dirigiéndose a sus subordinados.

—Olía a «*whisky*» que apestaba —dijo un agente—. Muchos hombres necesitan emborracharse para portarse valientemente.

Cohen, vacilante, se alejaba por entre los muelles, y pronto se perdió de vista en la noche oscura y serena.

A la vanguardia del triunfo:

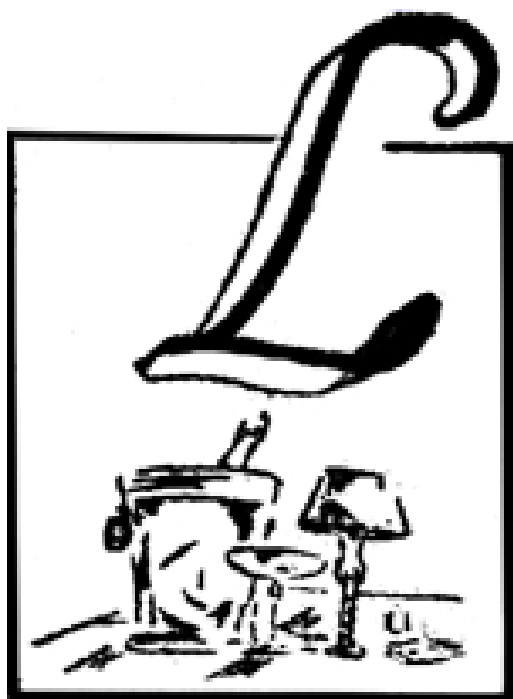
Selecciones NEVADA

Colección

EXTRAORDINARIA DEL OESTE

Colección F. B. I.

VI



A parte de Fulton Street que daba a los colosales muelles de Elevated Highway, en la parte oeste de la ciudad, a las orillas del Hudson, era horrenda por su estrechez, por la aglomeración de sus edificios, pequeños, sórdidos, de no más de tres pisos de elevación y el aspecto huraño y temeroso de ellos.

Snowden y su novia bajaron del «Studebaker» y buscaron el 35, la casa donde moraba Melquisedec, el venerable santón hebreo. Aquella casa parecía ser, sin duda alguna, la más intimidante de todas las que habían visto a su paso.

—Aquí —dijo Peter en voz baja, examinando el edificio, de dos pisos, con estrechas ventanas cubiertas por celosías de madera que

no permitían, ni aun de día, poder examinar el interior de las habitaciones—. Un mundo extraño y quizá hostil nos espera, queridita, tan pronto franqueemos esta puerta. ¿Te atreves?

—Contigo, sí —repuso ella, apretándose contra él mimosamente—. Pero... dame antes un beso. Podría ser el último...

Peter, sonriendo, le besó apasionadamente en los rojos labios, mientras se miraban intensamente, finalmente, el agente especial miró la hora en su reloj de pulsera. Eran ya la una y cuarto de la madrugada. A lo lejos, quizá desde Jersey City, al otro lado del río, una sirena de barco aullaba roncamente con insistencia.

Llamó Snowden con el viejo aldabón, sobre la puerta de madera ennegrecida por el tiempo. Sonó el golpe fuertemente en el interior del edificio.

—Quita el seguro de tu pistola —dijo, muy bajo, Peter, mientras él lo hacía también, metiendo una bala en la recámara—. Y déjame hablar a mí...

—Bendito seas, Señor... —murmuró, al otro lado de la puerta, una voz profunda, gangosa, como recitando. Y cortó la frase, sin que se sintiese el ruido de abrir la puerta.

—¿Está Melquisedec? —preguntó Peter con voz suave, amable—. Deseamos verle, sí es posible. No somos israelitas.

Siguió un profundo silencio. Peter y Glenda se miraron, expectantes.

—Parecía que esa frase era el comienzo de un santo y seña —dijo él, cavilosamente—. No supimos contestarle y tal vez por eso no nos abran.

El ruido de una de las ventanas, que se abrían, en el piso superior, les sacó de dudas. Vieron cómo una cabeza asomaba al exterior y les examinaba atentamente mediante la proyección de una lámpara de petróleo. Desapareció también el observador del piso y, poco después, la puerta se abrió muy despacio.

Un anciano imponente, de alta estatura, cubierto con una larga sotana negra que le llegaba hasta los pies, apareció ante los azorados ojos de los jóvenes. Portaba la lámpara de petróleo y por ella, vieron un rostro venerable, muy delgado, lleno de arrugas, con una inmensa barba blanquísima, que brillaba como plata. Sus ojos, negros, muy profundos, les examinaron con rápidas ojeadas.

—¿Qué desean ustedes? —preguntó con voz suave, vacilante, en

un inglés ceceante—. ¿A quién buscan?

—A Melquisedec —dijo Peter en tono respetuoso, quitándose el sombrero y haciéndole una grave inclinación de cabeza.

—Yo soy el rabino Melquisedec, jefe del *Ghetto* de Nueva York —repuso el anciano con voz solemne—. ¿Y vosotros?

—Somos amigos de un israelita, de David Cohen, nacido en Alemania, en Leipzig, creo que en el *Ghetto* de Marienstrasse. No tengo absoluta seguridad sobre esto —sonrió Peter—. Y le buscamos para darle un recado urgente. Nos dijo que usted nos daría noticias suyas y de su paradero aquí...

—David Cohen... —murmuró el anciano, acariciándose suavemente las largas barbas—. *Ghetto* de Marienstrasse... Yo estuve allí hace años y conocí a los Cohen. Pasad, pasad...

Alumbrados por la lámpara que portaba el rabino, cuya silueta se dibujaba sobre la pared del largo pasillo, dándole un estremecedor aspecto de fantasma silencioso, pasaron a una habitación amueblada con viejos armarios de cristalerías de colores, emplomadas, y sillones con asientos de cuero, antiquísimos. Sobre una gran mesa, y en un atril estaba un enorme libro, quizá un Talmud, de hojas de pergamino, abierto.

Y cuando Peter y Glenda, gracias a la luz que puso sobre la mesa el rabino, pudieron extender sus miradas sobre la habitación, vieron con cierta inquietud a cuatro jóvenes hebreos, de aspecto casi marcial, con trincheras caqui, ceñidas a la cintura por cinturones de la misma tela. Estaban descubiertos y, sentados en sillas, presentaban un continente respetuoso, impasible. Sobre sus rodillas descansaban ametralladoras «Thompson».

El rabino Melquisedec tomó asiento ante la mesa y, mesándose suavemente las enormes barbas de hebras plateadas, fijó sus profundos ojos tanto en la joven como en Peter, pareció meditar durante unos momentos.

Uno de los jóvenes se levantó y quedó en pie, mirando al rabino, como si quisiera hablar. Tendría unos veinticinco años y era robusto, alto, con el rostro netamente hebreo y ojos muy negros, inteligentes.

—Padre —dijo, respetuosamente, cuando el rabino le hizo un gesto para que hablase—, permíteme que pregunte a esta joven si se llama Glenda Hudson. Creo conocerla muy bien, aunque ella a mí

no...

La joven se estremeció de pies a cabeza y miró sorprendidamente al joven hebreo, que sonreía con aire de triunfo. Los otros tres jóvenes cuchichearon entre sí, sonriéndose irónicamente.

Peter, que no había sacado su mano derecha del bolsillo de la trinchera, oprimiendo la pistola automática nerviosamente, arrugó el ceño al escuchar las palabras del hebreo y sintió correrle por las venas aquel especial hormiguillo precursor de la cólera, que le lanzaba, incontenible, a la acción violenta. Volvió la cabeza para observar a su novia, que estaba muy pálida y respiraba con dificultad.

El rabino, impasible, se volvió también para contemplar a la joven, y luego se encaró con el joven hebreo.

—¿Y qué? —preguntó severamente—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Que esta mujer pertenece a Centre Street, sede de la Policía, y posee datos ciertos sobre nuestros camaradas de acción, Jehová, padre bendito, la ha puesto en nuestras manos. ¡Alabado sea él!...

—¿Es cierto eso, mujer? —inquirió el rabino con voz cascada, en la que se destacaba el asombro y una naciente cólera, mirando fijamente a Glenda.

—Es cierto, sí —repuso orgullosamente la joven, clavando su límpida mirada en el hebreo—. No lo niego. Pero no hemos venido en actitud hostil contra usted, rabino Melquisedec. Si así fuese, nos hubiese acompañado la Policía y estarían ustedes detenidos.

Los cuatro jóvenes rieron burlonamente al escuchar las trémulas palabras de Glenda. El rabino, alisándose las barbas, hizo un gesto a sus jóvenes, los cuales guardaron respetuoso silencio.

—Usted podría haber venido, en efecto, con la Policía, pero también sola con este hombre, para simular espiarnos, escudándose en su condición de mujer —repuso fríamente el rabino—. ¿Quién osará fiarse de la mujer cuando su corazón es como las intenciones de una serpiente?

—Son espías, padre santo —dijo el joven hebreo con excitación—. Eso de que vienen buscando a Cohen es un cuento. También lo buscamos nosotros, al traidor...

—Oiga, amigo —terció Peter, levantándose lentamente y

poniendo su poderosa mano izquierda sobre un hombro del hebreo, que se volvió airadamente hacia él—. Es usted un charlatán de feria... Explique eso de que nuestro amigo Cohen es un traidor, y a quién. ¡Hable pronto, o le voy a hacer hablar yo!

Los otros tres judíos se levantaron prestamente. Sonaron los seguros de las ametralladoras al ser quitados por sus dueños. Y el rabino, imperturbable, seguía acariciando suavemente su barba de plata.

Una oprobiosa tensión hostil reinaba en la estancia. Cuatro ametralladoras «Thompson» apuntaban a Peter y su novia, y parecía que solamente esperaban los terroristas una orden del rabino para destrozar a tiros a los dos jóvenes.

—Cohen es un traidor, sí —murmuró sordamente el rabino—. Pertenece al

F. B. I.

Lo hemos sabido hace poco, muy poco. Esta misma noche... Nosotros también tenemos nuestro servicio de información, ¿saben? Ustedes son espías del

F. B. I.

Al menos, esta mujer, que pertenece a Centre Street. Cohen debió arrancar a su novia, Miriam, una lista de nuestros heroicos guerrilleros, y con ella... Bien; Miriam ha pagado su culpa. Y Cohen está siendo buscado por los nuestros y caerá, caerá... Como han caído ustedes, pobres necios. Saben ya demasiado de nosotros para que les soltemos y vayan con el cuento al

F. B. I.

—¡Le prohíbo sacar su mano del bolsillo! —gritó uno de los jóvenes terroristas a Peter—. No haga el menor movimiento o le meto diez balas en el cuerpo...

—Llévaos a esta mujer —dijo el rabino, señalando con un esquelético dedo de su arrugada mano a Glenda—. Y a él, sacadlo a la calle y... Luego, al río.

Glenda lanzó un estridente grito de horror cuando dos de los terroristas se abalanzaron brutalmente sobre ella, tratando de cogerla de los brazos. Tuvo tiempo de sacar su pistola y apuntar con ella a uno de sus agresores. Pero el otro, con furia bestial, la dio un terrible puñetazo en el hombro, arrojándola al suelo.

Peter ya estaba en marcha, según su propia expresión cuando se

lanzaba a la acción desesperada. La situación era para él sumamente desventajosa, apuntado como estaba por dos terroristas, a dos metros de distancia de él. Si ponían en acción las «ukeleles», brotarían de ellas un chorro espantoso de balas, ninguna de las cuales se desperdiciaría, acribillándole materialmente el cuerpo. Y los otros dos terroristas se estaban llevando a rastras a la pobre Glenda, que luchaba fieramente con ellos, usando uñas y dientes en la pelea.

El rabí, erguido, impasible, como una estatua de la inflexibilidad, contemplaba la escena, bien seguro de que allí pasaría lo que él había ordenado. Ella prisionera, quizá muerta tras sacarla cuántos datos pudieran respecto a los ficheros de Centre Street. Él, asesinado en la calle, o allí mismo, y después arrojado al Hudson desnudo, como hacían desde tiempo atrás con otros judíos que se habían negado a coadyuvar con «El Brazo de Sión».

No quiso tomarse el trabajo de reflexionar. Los gritos de Glenda, alejándose por el interior de la sombría casa, le volvieron loco de rabia.

Dio un salto rapidísimo, encogido, para salir del campo de tiro de las ametralladoras de mano de los dos terroristas, y cuando se irguió ya estaba sujetando con férreas manos el escuálido cuerpo del rabí entre sus musculosos brazos y el pecho, ofreciéndole como pantalla o escudo de él mismo.

—¡Las ametralladoras al suelo, o este carcamal muere ahora mismo! —gritó.

Y su mano derecha, lentamente, buscó el bolsillo de su trinchera donde estaba la pistola automática. El viejo rabí se debatía como una serpiente, pretendiendo hurtar su cuerpo al mismo tiempo que ofrecía el de Peter a las armas de sus subordinados.

Ambos jóvenes, en efecto, bajaron sus armas, pero saltaron impetuosamente sobre Peter y el anciano, blandiendo las armas por el cañón para destrozar a culatazos la cabeza de Peter.

La pistola de Snowden entró en acción, sujetando al rabí con el brazo izquierdo y haciéndole bailar extrañamente, para hurtar el cuerpo a los agresores.

Uno de los dos terroristas quedó, durante un par de segundos, con los brazos en alto, sujetando la «Thompson» por el cañón, pero extrañamente quieto, como paralizado, muy abiertos los ojos, que

fueron adquiriendo una terrible vidriosidad. Bajo él se iba extendiendo un charco de sangre, sobre el pavimento. La sangre, en un chorro continuo, con un ruido estremecedor, brotaba incontenible. Al fin, sus brazos se bajaron, hundió los hombros, como si se derrumbase bajo un peso demoledor y, lanzando un desgarrador grito de angustia, se desplomó al suelo, quedando rígido, tras dos o tres estirones de las piernas.

El otro guerrillero, aullando de rabia, subióse encima de la mesa, para dominar a Peter y el rabí, que se apoyaban en ella, y se lanzó impetuosamente sobre ellos, esgrimiendo el arma por el cañón. El rabí, enloquecido de terror, empujó con todas sus fuerzas a Snowden para colocarlo bajo los golpes del joven hebreo. Y el guerrillero descargó, con todas sus fuerzas, jadeando en el impulso, un terrible mazazo...

Snowden acertó a colocar la cabeza del rabí en el sitio justo donde él debiera haberla situado si el rabí hubiera podido obligarle a hacerlo. Pero esto no sucedió así, y la culata de nogal de la «Thompson», bajando con la rapidez del rayo, a impulsos del hercúleo terrorista, aplastó el amarillo cráneo del anciano, que sonó sordamente al recibir el terrible impacto.

Peter sintió proyectarse sobre su rostro trozos de masa encefálica y sangre, en tanto que el cuerpo de rabí se le deslizaba pesadamente de entre los brazos, colgando lastimosamente. Y oyó el aullido de horror y rabia del joven hebreo, estupefacto al contemplar la catástrofe que había originado.

Peter levantó en vilo al rabí, ya cadáver, y mediante un poderoso impulso, lo lanzó sobre el terrorista, que ahora volvía a esgrimir su arma con renovada furia, tratando de vengar la muerte de su amado jefe.

El choque del cuerpo del anciano contra el joven embarazó a éste durante un par de segundos, tratando de quitárselo de encima. Y entonces, Peter volvió a disparar su pistola sobre el rostro abotagado, de nariz colgante y mejillas flácidas del hebreo, rojo de ira.

La bala penetró, extrañamente, en la garganta del terrorista, un poco por encima del cuello de la camisa y causó el mismo efecto que si repentinamente hubiese sufrido la traqueotomía. Un silbido, el del aire al salir de los pulmones por el espantoso agujero, que

aparecía negro, sonó sibilante, y poco a poco fué apagándose, conforme el hombre moría, los ojos muy abiertos, tumbado en el suelo boca arriba.

**VALIOSOS PREMIOS EN EL
CONCURSO DE CULTURA POLICIACA**
¡Pida las bases a su librero o a
EDITORIAL ROLLAN

VII



NLOQUECIDO Snowden, cogió la lámpara de petróleo y se lanzó atropelladamente en busca de Glenda. No oía ya sus gritos demandando su auxilio, ni el ruido de lucha, ni las voces de los terroristas, arrastrándola quién sabe a qué escondrijo.

Recorrió varias habitaciones, amuebladas con destartalados enseres sucios, averiados, oliendo a humedad y falta de ventilación. La casa era grande, con un fondo que parecía no tener fin, sucediéndose los cuartuchos infectos sin ventanas, que se comunicaban atravesando, uno tras otro, por estrechas puertecillas.

No ignoraba el agente especial que estaba a merced de sus enemigos, si éstos querían matarlo. En aquella ratonera era imposible evadir el ser agredido a traición, tanto más cuanto que él

se denunciaba, por el quinqué de petróleo, que iba esparciendo su lívida luz vacilante en las tenebrosas habitaciones.

Descubrió en un cuarto todo un arsenal de armas: rifles americanos e ingleses de guerra; bombas, de mano; ametralladoras inglesas «Bren», del Ejército, ametralladoras «Thompson»; pistolas de varias marcas, y gran cantidad de cajas de municiones.

Glenda no aparecía por lado alguno y un silencio angustioso reinaba en aquella casa, nido de terroristas feroces. Peter, sin pretender ocultar su presencia, cosa que juzgaba imposible, iba de un lado a otro, con la izquierda llevando la lámpara, y en la mano diestra empuñando su pistola. Habíase colocado, colgando del hombro, una ametralladora «Thompson» con el tambor repleto de balas. Recorría así habitación tras habitación, registrando los muebles susceptibles de ocultar tras ellos alguna puerta falsa; apartando las raídas alfombras y tapices orientales, que disimulasen igualmente la entrada a lugares secretos.

Glenda no aparecía, ni ruido alguno denunciaba la presencia de ella ni de sus aprehensores. Y ni rastro de puerta secreta, pasadizo o escondite por donde hubieran podido escurrirse.

—¡Glenda!... —gritó con voz tonante, estremecido su corazón por la angustia—. ¡Glendaaa!... ¡Glenda!...

Llegó al final de la casa, al desembocar desde la cocina a un pequeño patio rectangular, donde había cubos llenos de residuos de comida, trastos viejos, papeles, escobas rotas y mucha suciedad en charcos de agua maloliente.

Lanzó un grito de alegría al ver una escalera de mano apoyada sobre una pared de unas cuatro yardas de altura, de la que arrancaba un tejadillo de pronunciada vertiente. Aquella pared era la de otra casa, y por allí seguramente habían escapado los terroristas con Glenda.

Dejó la lámpara en el suelo y, esgrimiendo la pistola, recién cargada, subió la escalerilla adoptando grandes precauciones. Tembló ante la idea de que, ahora más que nunca, podría recibir una andanada de ametralladora, sin por su parte poder evitarlo. Desconocía el lugar y la situación del edificio, por cuyo tejado caminaba encorvado, pretendiendo hurtar lo más posible su robusto cuerpo para no ofrecer un blanco descarado.

Vio ante él, al otro lado del caballete del tejado, una claraboya

de cristales, con una ventana abierta al exterior. Sin vacilar se metió por ella, adivinando que había seguido el camino que los otros llevaran.

No muy lejos, oyó el bramido de sirenas de coches de la Policía. Quizá por los muelles andaban las brigadas volantes verificando redadas, para evitar que los terroristas cruzasen en embarcaciones el Hudson; quizá entraban al asalto en las inmundas casuchas donde habitaban hebreos, buscando a los terroristas allí ocultos.

La escalerilla por la que bajaba ahora, de hierro, en forma de caracol, parecía no tener fin. Reinaba una absoluta oscuridad y sus pasos resonaban estruendosos, así como su respiración anhelante, brincándole el corazón de tremenda angustia al pensar que la muerte solapada podía saltar sobre él en cualquier momento bajo la forma de lluvia de balas.

Llegó, al fin, al término de la escalerilla. Extendió la mano izquierda, buscando orientarse en la densa oscuridad. Y durante unos segundos no halló pared ni obstáculo alguno que interrumpiese su marcha.

—¡Peter, cuidado!... —oyó gritar angustiosamente a Glenda, a su izquierda, relativamente cerca.

Snowden, como excombatiente de la guerra y luego en su calidad de agente especial del
F. B. I.

, sabía muy bien lo que había que hacer cuando, en la oscuridad, ante un enemigo invisible, había que evitar la muerte procedente de una agresión inesperada. Así, oyó el imperceptible ruido del gatillo del arma de fuego, oprimido por el dedo, y se echó a tierra, una fracción de segundo antes de que las balas barriesen, por encima de su cabeza, el espacio con ruido atronador. Fué una salva de ametralladora de mano, en forma de abanico, que le hubiera destrozado materialmente, de ser alcanzado por ella.

Era allí, en aquella habitación, donde estaban los terroristas, y también Glenda, que le avisó a tiempo. La presencia de ella, que ahora le impedía barrer con su ametralladora el espacio aquel, por temor a convertirla en víctima. Dilema espantoso aquél, que había que resolver urgentemente. Los terroristas podían seguir disparando, ahora sobre el suelo, y liquidarlo sin peligro alguno.

Lanzó un débil gemido, como de persona que está agonizando,

mientras se deslizaba cautamente hacia donde creía haber oído la voz de la adorada Glenda y el ruido del gatillo de la ametralladora.

—Enciende la linterna —murmuró débilmente una voz masculina—. Un solo rayo, Jeb, para ver si le hemos dado.

Peter levantó su pistola, presto a disparar, al oír aquella voz.

El terrorista que encendió la linterna eléctrica comenzó por apuntarla hacia el techo y la luz fué bajando por la pared, buscando a Snowden luego por el suelo. Esto hizo que el agente especial pudiese apuntar con su pistola con cierta tranquilidad.

Sonaron dos disparos y el aullido de muerte que oyó Peter no fué, en modo alguno, fingido. La linterna, encendida, cayó al suelo y su luz apuntó un poco de refilón, al grupo formado por Glenda, amordazada y sujeta por un terrorista, mientras el otro, boca abajo, manando de su cabeza la sangre, parecía muerto.

Snowden se levantó del suelo con la agilidad de un tigre, en la oscuridad, y de dos brincos cayó indemne sobre el terrorista. Dio un terrible empujón a Glenda, apartándola, del hebreo, y se dedicó, con terrible ímpetu, a sacudir culatazos de su pistola sobre el hombre, que pugnaba por valerse de la ametralladora «Thompson», colocando la boca del cañón del arma sobre el cuerpo de su enemigo.

Se trabó una lucha feroz, muy juntos los cuerpos, tan pronto sobre el suelo como erguidos los contendientes. Glenda se les acercó, blandiendo la ametralladora del terrorista puesto fuera de combate.

—¡Déjamele, Peter! —gritó ella con rabia, intentando apuntar el arma sobre el terrorista, a la sazón debajo de Snowden, que le aporreaba vertiginosamente para ponerle fuera de combate.

—¡Aparta! —exclamó él, jadeando—. Este cochino está recibiendo lo suyo...

Mas el terrorista no pensaba darse por vencido y reaccionaba con un vigor extraordinario, convencido de que su enemigo le iba a quitar la vida o, en el mejor de los casos, le entregarla para ser juzgado, y ello suponía siempre el final de su existencia, pues había sido hasta entonces de los grupos de acción y ya se había manchado de sangre las manos en diferentes ocasiones. Así, cuando Peter le juzgaba vencido y aflojaba algo en su tremebunda ofensiva para reducirlo, él era quien atacaba con furia espantosa.

Glenda vio, con creciente terror, que Peter llevaba ahora las de perder al haber intentado dominar a su adversario sin pretender matarlo. Fue una lucha cuerpo a cuerpo en la que el judío, muy robusto, y desesperado, se proponía matar. De ahí la desventaja de Peter, por su nobleza para con el enemigo a quien juzgaba vencido.

Un terrible golpe del terrorista lanzó a Snowden medio desvanecido al suelo. Y el judío aprovechó la ocasión para lanzarse sobre Glenda, pretendiendo apoderarse de la «Thompson:», que la joven esgrimía. Sobre el rostro de ella cayó la pesada mano del hombre enfurecido y cual una masa inerte cayó al suelo, privada del sentido, abandonando la ametralladora.

Peter reaccionó cuando ya el terrorista, nerviosamente, hurgaba en el dispositivo de disparo del arma y la apuntaba contra él. Vio a su novia en el suelo, inmóvil, y esto bastó para convertirlo en una fiera, ahora sin compasión alguna por aquel asesino.

Con un esfuerzo sobrehumano, apoyando ambas manos en el suelo, brincó como lo pudiera hacer una rana sobre sus patas posteriores y arremetió de cabeza contra el hebreo, recibiendo éste el choque en el bajo vientre. Y cuando el hombre intentó levantarse del suelo, resollando como una foca que saliese del agua, Peter, esgrimiendo la ametralladora, descargó sobre él un chorro de balas que le hicieron caer definitivamente, destrozada la cabeza hasta quedar totalmente borradas las facciones.

—Vamos, querida —murmuró él, recogiénola del suelo y besándola con infinita compasión el rostro, deformado por los brutales golpes del judío—. Realmente, fué una locura el permitir que vinieses conmigo. Te llevaré ahora a tu casa...

Glenda le miró, cogiendo la encendida linterna, y sonrió a su vez.

—No estás tú mucho mejor, Peter. Ese hombre nos ha dejado en la mejor situación para ir a un establecimiento de belleza a que nos arreglen el físico. No se te ven los ojos, y los labios los tienes como los de los negros... ¡Pobre Peter mío!

Un rato después salían de la casucha, daban la vuelta a la manzana, pues el edificio donde estuvieron antes daba a Vesey Street, a espaldas de Fulton Street, y montaron en el «Studebaker».

—¿Adónde, ahora? —preguntó Peter, encendiendo un cigarrillo, cuyo humo aspiró con delicia—. ¡Quién sabe dónde se encontrará

Cohen!

—Ellos le buscan también, ya sabes. Lo dijo el maldito viejo. Y lo más horrible es que han asesinado a la novia de tu camarada.

—Ella debía de pertenecer a eso de «El Brazo de Sión» y le dio a Cohen alguna lista de terroristas. Quizá por eso me dijo él que esta noche pensaba liquidar el asunto. Dudo, sin embargo, que ella supiese que Cohen pertenece al

F. B. I.

Siempre quiso él guardar esa especie de secreto con sus amigos hebreos, según me dijo en alguna ocasión. Es el concepto heroico de la disciplina, al estilo germánico. Fiel hasta la muerte...

Hacia las dos de la madrugada entraron en una especie de cafetín, en West Broadway. En la acera estaba un grupo de policías de uniforme, al lado de un coche. Tomaban vasos de café, mientras charlaban animadamente, comentando las vicisitudes ocurridas en aquella terrible noche de redadas contra los terroristas judíos.

El sargento de la Metropolitana reconoció a Glenda, a la que saludó irónicamente:

—Creo que está usted algo cambiada, señorita Hudson... Espero que no se lo habrá hecho su acompañante —y el fornido policía miró a Peter, sonriéndole compasivamente—. También usted se ha llevado lo suyo...

—Gajes del oficio, sargento —repuso Peter, mientras entraba, del brazo de su novia, en el interior de la cafetería—. Denos unos «Hot Cakes», calientes lo más posible, y café con coñac. Voy a telefonear al inspector Peltz, querida.

Mientras les preparaban lo pedido, el agente especial llamó a Centre Street y prontamente estuvo al habla con el inspector.

—Sigue viviendo, ¿eh? —dijo el jefe de Peter—. Y ¿qué hay de nuevo?

—No encontramos a Cohen, señor —replicó, con voz grave, Snowden—. Y le buscan también los terroristas, a lo que parece. El rabino Melquisedec me lo dijo unos minutos antes de cerrar el pico para siempre.

—Eso quiere decir que usted se lo cerró, ¿no? ¿Lleva por casualidad una relación de judíos que va despenando? Mire, Snowden, nosotros tenemos un perfecto derecho a rechazar toda agresión que tienda a poner en serio peligro nuestras vidas, pero...

—Exactamente, señor —interrumpió Snowden en tono impaciente—. Cinco malditos terroristas nos pescaron a mi novia y a mí dentro de la casa de Melquisedec y nos quisieron ametrallar con las «ukeleles». Uno de ellos reconoció a Glenda y se la llevaron prisionera. No pudimos hacer otra cosa que matar a todos...

El inspector Peltz silbó agudamente, haciendo que Snowden retirase el oído del aparato.

—Lo peor es el haber liquidado a Melquisedec, Snowden —dijo, reflexivamente, el inspector—. Era un verdadero santón...

—Estaba jugando a dos caras, señor. Parecía interceder en favor nuestro, haciendo como que aplacaba a los suyos; pero, en realidad, debía ser uno de los principales jefes de esa sociedad. Encontré en su casa un arsenal.

—Bien, bien. Haremos que sus testimonios figuren en informes que estoy redactando para Washington Y de Cohen, nada...

—Nada, señor. No veo forma, de dar con él. Debe estar haciendo, por su parte, otra matanza. A su novia la han asesinado los terroristas...

—Sé que una tal Miriam fué encontrada muerta por los de la Metropolitana. ¿Sabe usted que una inmensa ola de terror está sacudiendo a los judíos de Nueva York con motivo de la «purga» que están haciendo los terroristas entre sus compatriotas que se muestran reacios a obedecer las órdenes y el chantaje que esos endemoniados dictan? Los de la Metropolitana y la Federal están encontrando demasiados cadáveres hebreos, violentamente muertos.

—Y los que nosotros ocasionamos entre los terroristas —dijo Snowden en tono muy suave—. Bien, señor, sus órdenes...

—Siga buscando a Cohen. Mi compañero de la Metropolitana está lanzando a la calle brigada volante tras brigada volante. Unos cinco mil hombres...

—Ya lo estoy viendo. Por todas partes de la ciudad hay coches, retenes, hombres que asaltan casas habitadas por esas gentes. Pero nos haría falta dar con las cabezas dirigentes, con los Melquisedec principales.

—Se logrará, no lo dude. En esta noche quedan los terroristas aniquilados. La Central nuestra de Washington nos apremia a ello y cada hora me llaman para saber nuevas noticias. Han llegado en

avión cincuenta agentes especiales para colaborar con la Policía. Bien, Snowden, hasta luego...

—Hasta luego, señor, si mi buena estrella prosigue favoreciéndome. Busco al pobre Cohen con el mayor interés, pero no sé si lo encontraré vivo.

—Es de esperar que Jehová le proteja, ¿no? —repuso el inspector Peltz en tono irónico. Luego añadió, gravemente—: ¡Ojalá Dios nos lo conserve! Ese muchacho es un maravilloso ejemplo de disciplina y amor al

F. B. I.

Adiós, Snowden.

Cohen llegó, arrastrando los pies, rendido de andar, a esa inmensa arteria de la ciudad que es el Bowery, por donde pasa el «elevado» con su fragor de trueno. A aquella hora, casi las tres de la madrugada, el tráfico era ya casi nulo y la avenida aparecía sin viandantes. Las luces de los focos eléctricos esparcían su claridad blanca por la calzada y las aceras, dándolas un aspecto de desnudez fantasmal.

Se sentó en el borde de la acera y, mientras encendía un cigarrillo, contempló silenciosamente los enormes edificios, sin luces, que parecían farallones o muros colosales entre los cuales discurría la vía, con el asfalto negro como río de mansas corrientes. De cuando en cuando, trepidaba el pavimento y por el inmenso puente del «elevado» pasaba un tren ululante a toda velocidad, con inmenso estruendo, que se iba apagando poco a poco. También, con más frecuencia, pasaban coches de la Policía, en marcha las sirenas estremecedoras, abarrotados de agentes armados. Cohen no quiso detener a ninguno para incorporarse a él y proseguir la batida. Él estaba haciendo personalmente su trabajo, como le encomendaran, y «lavaba su propia sucia» sin testigos. Consideraba sonrojante poner ante los ojos de los polizones a aquellos camaradas suyos de la guerra, la persecución nazi y los martirios en los campos de concentración alemanes, para que fuesen esposados como delincuentes despreciables y con ello, aquellos hermanos hebreos le mirasen con altivo desprecio.

En un reloj cercano sintió dar las tres de la madrugada. Levantó la cansada cabeza, despeinada, que parecía pesarle enormemente, y,

con un esfuerzo, se irguió, prosiguiendo su pesado andar.

Ante la puerta cerrada de un «*night club*» se detuvo, contemplando el cierre echado, las apagadas luces de neón. Abierto de piernas, pareció reflexionar profundamente lo que debería hacer, examinando la portada del establecimiento. Sacó después la lista que le diera Miriam y la leyó.

Continuó su caminata de somnábulo hasta llegar a Rivington Street, esquina a Bowery, y penetró en una estación de servicio de gasolina. El empleado se levantó perezosamente para atenderle.

—¿La entrada especial del «Claremont»? —le preguntó mientras le alargaba un billete de dólar—. Me espera el dueño, Asher, el judío...

—Venga —y condujo al agente especial a la trastienda de la estación de servicio. Abrió una puertecilla y señaló con el índice—. Siga adelante, y cuando sus narices tropiecen con otra puerta, llame.

Cohen, cuando se vio sólo en el mal alumbrado pasillo, sacó su Savage, y con un movimiento seco metió en la recámara una bala. La volvió a guardar en el bolsillo de la trinchera.

Llamó a la puerta de servicio del «Claremont» con dos golpes secos y fuertes. Apoyada la cabeza en el muro, esperó mientras se sentía desfallecer de angustia y agotamiento moral.

—¿Quién? —gritó una voz masculina del otro lado de la puerta.

—¿Salomón Asher? —preguntó Cohen, rehaciéndose repentinamente—. Deseo verle. Dígame que está aquí David Cohen, del *Ghetto* de Marienstrasse, de Leipzig.

—Espere, por favor —dijo la voz. Y siguió un buen rato de silencio absoluto mientras él volvía a reclinar la cabeza en el frío muro de cemento, cerrados los ojos, cuyos párpados le pesaban como si fuesen de plomo.

Sonaron el cerrojo y la cerradura de la puerta al abrirse y un hombre se presentó en el iluminado umbral, apartándose para dejarle paso.

—Sígame —dijo el individuo, cubierto con una trinchera caqui, ceñida por un cinturón al cuerpo—. Asher le espera.

Cohen vio que aquel hombre era hebreo. Y que la trinchera, era de las que el Ejército daba a los soldados. Y que el hombre llevaba metida la maño derecha en el bolsillo del mismo lado, como

empuñando un arma.

Siguieron pasillo adelante, franquearon la gran sala y corredor, a oscuras casi, y penetraron en otro pasillo subiendo una escalerilla de caracol, que daba otro pasillo, a cada lado del cual había puertas cerradas.

—Pase. Ahí está Asher —dijo el joven hebreo con voz monótona. Y se quedó como esperando ante una puerta después de empujarla.

—Hola, Cohen —dijo una voz ronca antes de que el agente especial, deslumbrado por la intensa luz de la araña que pendía del techo, pudiese ver al que hablaba—. Pasa, hombre, pasa... Éstos son unos amigos.

Cohen, en medio del despacho, amueblado con gusto, con una gruesa alfombra y divanes y sillones confortables, contempló a Asher, que, a su vez, sonriente, apoyado displicentemente en la mesa, cruzado de brazos, fumaba un cigarrillo. Asher era un tipo de judío de lo más clásico que el agente especial conocía. Judío polaco, su nariz era enorme, casi colgante, y su cabello y ojos negrísimos. Era delgado y nervudo, alto, fuerte, con inmensos hombros y estrecha cintura. Elegantemente vestido con un traje azul oscuro con rayas blancas muy finas, su corbata, era impecable, así como el calzado, de charol negro.

—Extrañas horas para ver a los amigos, Cohen —dijo en buen inglés Asher—. Siéntate y dime en qué puedo servirte. Estás cambiado, muchacho, desde que nos vimos en Washington hace un año. Ahora pareces más... no sé cómo; has envejecido o estás enfermo.

Los cuatro hombres, también judíos, que estaban con Asher, y que tenían aspecto de camareros del establecimiento, sonrieron abiertamente al escuchar al que parecía ser su jefe. Vestían gabardinas y gabanes, muy usados, y todos ellos mantenían las manos diestras en el bolsillo de la derecha de sus prendas de abrigo.

Cohen se estremeció. Entornó los párpados, y por entre ellos, sagazmente, estudió a Asher y sus cuatro hombres. Se dio inmediata cuenta de que su antiguo camarada del campo de concentración de Belsen no iba a ser presa fácil y de que estaba sobre aviso de que él, Cohen, «iba por él» con siniestros propósitos. Esta vez iba a ser él el sorprendido. Todo en Asher, hombre astuto, de moralidad un tanto relajada si era preciso, lo indicaba así. Su sonrisa burlona, no exenta

de insultante superioridad, el que aquellos hombres estuviesen allí con él, y en aquella actitud de atención no disimulada a lo que Cohen pudiera hacer, eran muestras que al agente especial no podían pasar inadvertidas.

—Quiero hablar contigo, Asher —dijo Cohen, inmóvil, pero sin dejar de observar de reojo a los otros hombres—. Solamente contigo.

—¿Quieres que nos dejemos de preámbulos, Cohen, y vayamos a lo que interesa? —respondió sin dejar de sonreír Asher—. Te habrás dado cuenta de que estás prisionero, ¿no? Esta vez, por muy agente especial del

F. B. I.

, que seas, y con lo listo que eres, has caído en el garlito. Saca esa mano del bolsillo de la trinchera y no hagas ademán de agresión, porque no lo cuentas.

—¿Has matado tú al senador Fenwick está mañana, Asher? —preguntó Cohen como si no hubiera oído lo que su compatriota le dijera, y sin sacar la mano del bolsillo, como le habían ordenado—. Esto es lo que quiero saber...

—Con mucho gusto. Yo disparé contra ese canalla representante de los capitalistas que no desean que Israel sea un país libre —replicó Asher, mirando burlescamente a sus acompañantes, que rieron socarronamente—. Yo y otros camaradas, a los que tú has debido de asesinar. Venías por mí para hacer lo mismo, ¿verdad? No solamente traidor a tus hermanos de la Alianza, sino asesino de ellos. No tienes desperdicio, Cohen. Creí, hasta ahora, que eras un hombre honrado, aunque un tanto misántropo, extraño. Pues, amigo, de esta hecha vas a pagar todo lo que has hecho. He sido informado a tiempo de que tal vez vendrías por mí, como fuiste por el pobre Levine y Ansell. También has matado a nuestro rabino Melquisedec...

—¡Mentira! —gritó Cohen, muy pálido—. Yo no he matado a Melquisedec...

—Nuestros camaradas han estado en su casa —dijo uno de los judíos— y le han visto muerto con otros cuatro camaradas más. La Policía no sabía dónde estaba escondido Melquisedec. A ti te lo dijo Miriam...

—La que ya está ejecutada, Cohen —agregó Asher con voz

helada—. Lo digo por si te interesa saberlo. ¿No era tu novia o tu amiguita?

Cohen dio un paso para apoyarse en la mesa, cerrados los ojos, a punto de caer desmayado al suelo. Lívido, sentíase incapaz de soportar aquel nuevo y espantoso golpe que le acababan de asestar al corazón.

—La vida no tiene ya objeto para ti, muchacho —siguió diciendo el sonriente Asher—. Entre nosotros, los israelitas decentes, no tienes ya sitio. Traidor de la peor calaña, asesino de tu novia, a la que debiste de engañar, sacándole la lista de los que dimos el golpe contra Fenwick. ¿Qué haces ya en este mundo, perro inmundo? Anda, Salomón —se dirigió a uno de sus hombres—, ve preparando el coche. Vamos a dar un paseíto por las orillas del Hudson a este pobre aburrido de la vida... Bebe algo, Cohen. Ahí tienes coñac francés.

El hombre partió seguidamente. Asher y los otros tres se sentaron, contemplando curiosamente al agente especial, que parecía como insensible, al borde de la locura contemplativa, incapaz de reaccionar. Cogió la botella de coñac, la miró largamente y después bebió de ella insaciablemente, como si la sed que sentía fuese inextinguible. Dejó la botella vacía y movió la cabeza como intentando ahuyentar algún insecto que rondase su cabeza.

Metió la mano en el bolsillo de la trinchera, ante la expectación de sus enemigos, que le miraban como a un hombre totalmente acabado, inofensivo, y cuando sacó la diestra, empuñando la pistola, ya estaba disparando, mientras su rostro, como tallado en piedra, de expresión feroz, sonreía cruelmente.

La primera bala fué para Asher, aquel camarada a quien nunca estimó tanto como a Levine, Ansell y otros camaradas de sufrimientos en los campos de concentración y en la guerra. Asher fué siempre voluble en sus ideas, poco honrado en su proceder, y ahora, si entró en «El Brazo de Sión», fue solamente, con toda seguridad, por arribismo, por satisfacer su crueldad innata, de la que dio tantos ejemplos anteriormente.

El judío recibió el proyectil disparado por Cohen en medio de la frente. Cohen siempre tomaba como diana la cabeza de sus enemigos... Y Asher, situado a poco más de cinco yardas de Cohen,

medio sentado en la mesa, cayó hacia atrás como si un formidable ariete hubiese sido impulsado contra él. Su rostro cínico se cubrió de sangre, que brotaba del enorme agujero de la frente.

Los otros tres judíos, sorprendidos por aquella fulminante acción de quien juzgaban estaba idiotizado, incapaz de reaccionar de aquella forma, sacaron sus pistolas, mientras prudentemente buscaban una silla, un sillón, un mueble donde parapetarse.

El agente especial, en pie, en medio de la estancia, rígido, como ausente de todo aquello que él había provocado, buscó con la mirada a sus enemigos, que parecían haber desaparecido tras los muebles como ratones asustados. Más no; uno de ellos intentaba salir, arrastrándose hacia la puerta, su rostro cubierto de una palidez mortal por el miedo.

Cohen le vio y giró un poco su mano, disparando a continuación, cuando el judío asomaba la cabeza tras un sillón. Los otros hebreos dispararon contra Cohen, asomando la mano armada solamente.

La cabeza del judío, que intentaba escapar, recibió la bala en la nuca. No hizo movimiento alguno. La sangre bañaba ya su cuello y caía raudamente sobre el pavimento.

El agente especial, con movimientos aterradoramente lentos, como si desafiase estúpidamente a la muerte, que silbaba en sus oídos, fué hasta detrás de la mesa de despacho de Asher, pasó sobre su cuerpo, tendido en el tablero, con las piernas colgando, se inclinó y halló a otro hebreo que había estado disparando contra él sin fijar la puntería. Ambos se miraron, y tras la detonación del arma de Cohen, un ojo, el izquierdo, del judío se hundió en la cuenca, empujado por la bala.

Lanzó un horrendo grito de agonía el terrorista, y casi dulcemente cayó de bruces cuan largo era, como si se entregase a un reparador sueño.

Quedaba el último de los acompañantes de Asher. Y Cohen lo buscó con aquellos sus movimientos de escalofriante calma, tal que si fuese un hombre autómatas o un muñeco que actuase mecánicamente. Sus fatigados ojos parecían estar cerrados, dejando solamente una línea entre los párpados. Pistola en mano, anduvo por la estancia y fué hasta situarse a media yarda de unos cortinajes que ocultaban una puerta. Bajo ellos asomaban las puntas de unos

zapatos marrones...

—Salga... —dijo el agente del

F. B. I.

, con voz cansada—. No sea idiota y arroje el arma al suelo, que la vea yo.

Pero mientras decía esto, se apartó silenciosamente, arrimándose a la pared.

Sonó la detonación de la pistola del terrorista y el terciopelo del cortinón se movió violentamente, empujado por la bala, que lo atravesó.

Cohen disparó dos veces, a su vez. Las puntas de los pies del hombre no se habían movido y ello le permitió apuntar sobre un blanco oculto, pero posible de percibir gracias a aquel detalle.

El cortinón se abrió de nuevo violentamente para dar paso a un hombre muy joven, que soltó su arma para, con ambas manos, apretarse el vientre furiosamente, mientras la sangre, casi negra, se escapaba por entre los crispados dedos.

Lanzó una indescriptible mirada de horror sobre Cohen, y murmuró sordamente mientras se debatía en el suelo, agonizando:

—¡Traidor!... Pero no vivirás mucho más que yo...

El agente especial movió la cabeza pesadamente, como abrumado por aquella condenación del terrorista, y después salió del despacho lentamente pistola en mano.

Ya en la calle, desierta y silenciosa, anduvo con paso vacilante, las manos metidas en los bolsillos de la trinchera.

La luz de la luna iluminaba la ciudad, en la que aquellas calles de enormes edificios parecían fantásticos acantilados por los que discurrían unos hombres atareados en dar caza a otros para matarse sin compasión.

VIII



UANDO bajaron del «Studebaker» Peter y Glenda ante el establecimiento de Salomón Asher, aún pudo Snowden fijar su mirada sobre un hombre que, baja la cabeza, embutido en una trinchera, caminaba con paso vacilante como si estuviese un poco ebrio. Aquel hombre, que se alejaba lentamente, pudiera ser su camarada Cohen, a quien buscaba afanosamente. Comúnmente, Cohen caminaba muy erguido, la espalda muy echada hacia atrás, cual si marchase a paso de parada militar germánica. Aquél a quien examinó sin gran atención parecía eso, un borracho, quizá un abstraído, uno de tantos como suelen verse ajenos a cuánto ocurre a su alrededor mientras sus mentes divagan o sueñan.

—Es aquí —dijo Glenda en voz baja, señalando la puerta cerrada del club de noche—... Pero no vamos a poder entrar, me parece...

—Llamaremos —dijo él mientras volvía a mirar aquella silueta del hombre que se alejaba lentamente. Y cuando Glenda se le quedó mirando, un poco asombrada de que su novio estuviese tan poco atento a sus palabras, él se volvió con un gesto de mal humor para contestarla:

—Sí, ya veremos cómo entramos. Es que aquel hombre que va por allí me llama la atención, hijita.

—Es un borracho, sin duda —dijo ella tras mirarle a su vez—. No sé por qué te llama la atención. ¿Te recuerda a alguien?

—No creo. Bueno, vamos a la obra. Este Asher que dices era, en efecto, amigo de Cohen. De él decía mi camarada que tenía mucho de pícaro, aunque a Cohen le hacía gracia por sus ardides para sacar más rancho que los otros en el campo de concentración en que estuvieron Cohen y él. Creo que Asher nos podrá decir dónde está nuestro hombre.

—Mis informes dicen que se trata de un «gángster», aunque no asesino. Ahora estábamos con él de nuevo por saberse que podía dirigir un grupo de acción de terroristas. Como siempre, falta de pruebas para acusarle...

Peter golpeó reciamente la puerta del «*cabaret*». Pasaron dos minutos y volvió a llamar con más fuerza.

Un coche negro se acercó a la acera y se detuvo silenciosamente. Asomó la cabeza el hombre que lo conducía y se quedó contemplando a la pareja ante la puerta del establecimiento.

—No se moleste, amigo —dijo al fin el del auto con voz burlona—. Ya es demasiado tarde para divertirse ahí.

Peter se volvió, y dijo cortésmente:

—No queremos divertirnos, sino ver al dueño del «*cabaret*» éste. Creemos que quizá pueda vivir en este edificio. ¿Sabe usted algo de esto?

—Depende. ¿Para qué quieren verle? No son horas de visita las cuatro de la madrugada, al menos para mí. Yo soy amigo suyo.

—Queríamos preguntarle si está con él otro hebreo amigo suyo. No damos con él y es urgente que lo veamos.

—Creo que yo conozco a todos los hebreos que conoce Asher. ¿Quién es?

—Un tal Cohen —dijo Glenda, y la mano de Peter, que cogía su brazo, lo apretó con excesiva fuerza como muda reprensión.

—Cohen... —murmuró el hombre del coche mirando fijamente a Peter y Glenda—. No, desde luego, ese Cohen que dicen no ha estado aquí esta noche. Mi jefe, es decir, mi amigo, no ha recibido visitas.

Peter se acercó al coche, mirando su interior disimuladamente. Vio en el asiento de al lado del conductor una ametralladora «Thompson», apenas cubierta por un almohadón. Y era por ello evidente que aquel hombre pertenecía a los grupos de acción de «El Brazo de Sión».

No vaciló Peter en entrar resueltamente a dar la cara a aquel individuo. Distendió su poderoso brazo y, con un movimiento rápido, certero, cogió al hombre por el cuello, apretándoselo implacablemente, mientras con la mano izquierda abría la portezuela del coche. Cambió rápidamente de mano, para hacer salir al terrorista del coche, y casi en vilo lo puso en la acera. El judío debatiéndose furiosamente, medio asfixiado, intentaba soltarse de aquella garra implacable.

—Me vas a decir dónde está Cohen —murmuró Snowden zarandeándole como si fuese un conejo y sin hacer caso de las patadas que el otro le daba en las piernas—. Pronto, o te arranco la perra vida... Tú lo sabes.

—Suelta, suelta... No puedo... hablar —farfulló el judío, pendiendo ya de la mano de Peter como si la vida estuviese a punto de abandonarle.

Peter permitió que el aire entrase en los pulmones de su prisionero durante un minuto. El judío, amoratado el rostro, respiraba ansiosamente mientras miraba con odio y terror infinitos al agente especial. Glenda, un poco apartada, contemplaba con emoción aquella escena.

—Ya puedes hablar —dijo Peter volviendo a hacer presión en el cuello del judío; pero poco a poco, para hacer patente la amenaza de muerte si no declaraba—. Pronto o...

—Cohen estaba ahí dentro hace diez minutos —dijo el terrorista, tembloroso, intentando con sus manos desligarse de la mano de Peter para respirar mejor—. Estaba ahí, y yo me marché por el coche por orden de Asher...

—Ibais a darle un paseo, ¿no? —inquirió Snowden con voz helada.

El judío calló.

—¿Qué habéis hecho de Cohen? —preguntó Peter, apretando el cuello de su prisionero—. Habla pronto, habla, perro...

El mismo silencio del judío, que volvía a languidecer bajo la tremenda presión de la mano de Peter.

—Peter, por Dios... —murmuró Glenda con acento compasivo—. Lo vas a matar... No te das cuenta de la fuerza que tienes.

Snowden echó una furiosa mirada a su novia. Y soltó al judío; pero con la mano libre, recogiendo el brazo, disparó un terrible puñetazo al pecho del hombre, que cayó al suelo como fulminado.

—¡Habla! —gritó el agente especial, inclinándose para recogerlo del suelo y manteniéndolo en pie como si fuese un muñeco de trapo—. Mira mi puño...

El terrorista pareció reaccionar, pues de improviso largó un directo al mentón de Peter, que lo recibió sin inmutarse, sonriendo cruelmente.

—Lo prefiero... —dijo sarcásticamente—. Es mejor pelear que no tener que compadecerse de un pobre diablo que no se atreve a luchar.

Y el terrorista debió comprender el error que había cometido al intentar vencer a aquel titán, porque en menos de diez segundos recibió una lluvia de puñetazos de todas las categorías y con renovada fuerza, de vientre para arriba. Sacudido como una alfombra, a punto de caer al suelo, para ser levantado en vilo por otro directo, Peter le propinó una terrible paliza mientras su furor iba creciendo paulatinamente.

—¡Basta, Peter! —gritó Glenda, aterrada, y se interpuso entre su novio y aquel pelele humano, que cayó al suelo pesadamente—. Y usted, hable, no sea idiota...

—No te metas, por favor... —dijo Snowden, jadeante, a su novia—. Es la única manera de hacer cantar a estos bandoleros. Han asesinado a Cohen y lo van a pagar. ¡Di qué habéis hecho de Cohen, o te mato a patadas! —Y se fué de nuevo contra el judío, que tenía el rostro destrozado y no se sentía ni con fuerzas para levantarse del suelo.

—Estará ahí dentro —murmuró desmayadamente—. Asher quería darle un paseo y yo traía el coche. No sé más...

—Vamos en su busca —dijo Peter, y cogió del cuello al

terrorista, zamarreándole rudamente—. Me vas a llevar a dónde está, y como le hayáis matado tu asquerosa vida te la arranco a patadas. Vamos, Glenda...

El terrorista, cogido del cuello, andando como un beodo, colgantes los brazos, sin intentar luchar ni escapar, indicó el camino, doblando la esquina de la calle. Se detuvieron ante la estación del servicio de coches.

El empleado nocturno salió de su oficina y se quedó mirando con asombro al hebreo, a quien conocía como empleado del club nocturno.

—¿Qué es eso, Ben? —dijo, dirigiéndose al hebreo mientras lanzaba una hostil mirada a Peter y Glenda—. ¿Han sido éstos los que te han puesto así? ¿Y con qué derecho? ¡Oiga, usted suelta ahora mismo a mi amigo o...!

Peter mostró su placa del
F. B. I.

, al empleado del surtidor de gasolina. Éste abandonó instantáneamente su actitud hostil.

—Bien está, señor —dijo en tono confuso—. Pero creo yo que pegar si...

—Vamos, tú —dijo el agente especial sin hacer caso al empleado y empujando al judío—. Andando hasta donde esté Cohen. ¡Aprisa, hombre, aprisa!...

Penetraron en el interior de la oficina y el hebreo abrió la puertecilla, recorriendo seguidamente en el largo pasillo. Sacó después el judío una llave del bolsillo y abrió la puerta. Peter, sin soltarlo del cuello, con la mano izquierda, llevaba en la otra la pistola. Glenda les seguía también esgrimiendo su arma, mientras miraba desconfiadamente a su alrededor.

Llegaron al fin al despacho de Asher, iluminado por las lámparas eléctricas. Los muebles estaban en desorden y los tres lanzaron exclamaciones de asombro y espanto al contemplar los cuatro cadáveres de los judíos, bañados en sangre.

—¡Dios! —exclamó Peter, soltando a su prisionero para examinar aquella hecatombe—. La muerte se ha cebado aquí...

—¡Vámonos, Peter! —exclamó Glenda, palidísima de horror, acurrucada en un rincón—. ¡Dios mío, jamás podré olvidar esta noche espantosa!

—Oye, Glenda —dijo Peter cuando terminó de reconocer los cadáveres, y, encarándose, muy pálido, con su novia—. Esto lo ha hecho... Cohen, Cohen... Tres de estos muertos tienen balazos en la cabeza.

—Aquél es Asher —dijo ella, apuntando con su mano al cadáver que estaba tumbado sobre la mesa de despacho—. He visto sus fotos en las fichas...

—Resulta que le vamos pisando los talones a nuestro camarada —dijo Peter cavilosamente—. Esta matanza ha ocurrido no hace ni media hora. Están calientes aún los cadáveres. Se ha convertido en un ángel exterminador el bueno de Cohen. Nadie lo diría...

—¡Y yo también voy a exterminar! —gritó con inmenso júbilo una voz, a espaldas de los jóvenes—. ¡Ahora es la mía y voy a gozarla!...

Peter y Glenda se volvieron sobresaltadamente. Ante ellos estaba Ben, el judío del coche, al que habían olvidado momentáneamente. Tenía en cada mano una pistola, que había recogido del suelo, abandonadas por los terroristas muertos por Cohen. Y, con el rostro desfigurado por los puñetazos de Peter, espantoso, brillándole los negros ojos con infinito odio, deseoso de matar, les contemplaba sonriente mientras de las comisuras de los labios le caían hilillos de sangre.

—Levanta las manos... —susurró, apenas sin voz, por la inmensa alegría que sentía al pensar en su venganza—. Levanta las manos, o mato a tu mujer... Deja caer la pistola, y usted también, hermosa, o mato a su hombre...

Peter dejó caer su arma y con un gesto ordenó a Glenda que obedeciese la orden del siniestro terrorista. Sonrió el agente especial a Glenda, guiñándola un ojo significativamente.

—Sí, háganse señitas... —dijo el terrorista riendo cruelmente—. Tengo veinticuatro balas en estas dos pistolas. ¡Veinticuatro balas! Y todas las van a recibir en sus cuerpos, sin que mueran hasta tener dentro la última de ellas... Tengo derecho a gozarme yo ahora, como usted se gozó cuando me machacaba el cuerpo a puñetazos, sabiendo que yo era más débil que usted. La primera bala sobre usted, agente del

F. B. I.

, inmundo chacal al servicio de los imperialistas. Sobre un brazo,

para dejárselo colgando y que le duela...

El judío, ebrio de alegría, temblón el pulso, bailándole en las manos las pistolas de grueso calibre, avanzó dos pasos para intentar colocar una de las armas sobre el brazo derecho de Peter y deshacérselo del primer disparo.

Glenda, los brazos en alto, pálida como la muerte, vio pasar a su lado al hebreo, que no parecía ocuparse de ella, entregado de lleno a su ansia de herir a Peter tal como decía. Y cuando el terrorista le dio la espalda, ella se abalanzó sobre él, apretándole con ambos brazos, en fuerte abrazo, el cuello y hundiendo sus dedos en los ojos del hombre con furia de gata encelada.

—¡Dale, Peter! —gritó con alegría incontenible mientras volvía hacia atrás la cabeza del terrorista y le arañaba ferozmente los ojos, impidiéndole con ello que apuntase a su novio.

Peter, en efecto, le dio al terrorista un solo puñetazo, en la región del hígado, que bastó para que el hombre, lanzando un grito de dolor, cayese al suelo privado del conocimiento.

—Bueno, bueno, pequeña —dijo Peter, mirando admirativamente a su novia y besándola después en los labios con infinita ternura—. Has estado espléndida de verdad... Lo vi muy negro, ya que esta bestia te hubiera matado si yo hubiese intentado repeler su agresión. Bueno, querida compañera de vida, ahora te vas a poner en aquel rincón, y quieres, puedes cerrar los ojos y taparte los oídos, porque voy a interrogar a este bergante un poco rudamente...

—Es lo que no puedo soportar, Peter —dijo ella en tono suplicante—. El que apeláis a ciertos métodos de tercer grado para hacer hablar...

—También a mí me es violento —repuso secamente Snowden, llevando del brazo a su novia a un diván y haciendo que se sentase—. Pero hemos de saber dónde está el pobre Cohen. Era él, Glenda, el hombre que vi cuando nos bajamos del coche. No lo parecía, pero algo de su figura, no obstante ir como aplastado por el dolor, me dijo que era él. Dios sabe dónde estará ahora, en su terrible búsqueda de terroristas... Anda, cierra los ojos y tápate los oídos. No se te ocurra, ante él, interceder en su favor, porque me quitarías la fuerza moral para hacerle cantar. Hemos de ser duros para que estos asesinos jamás puedan volver a pensar que con el terror van a

imponerse en esta bendita tierra.

La joven inclinó la cabeza tristemente, aunque no obedeció los consejos de su novio respecto a ser ciega y sorda. Cogió una pistola del suelo, la montó y se dispuso a defender a Peter si era nuevamente necesario.

Snowden contempló al terrorista unos segundos, como meditando lo que procedía hacer con aquella piltrafa humana, que unos minutos antes se le había revuelto como una víbora cuando tuvo compasión de él.

Lo levantó del suelo y le hizo sentarse en una silla. Cogió otra y tomó asiento a su lado, teniendo en la diestra una pistola. Después, con la izquierda, le dio una recia bofetada en la cara, para hacerle volver en sí.

—¡Peter! —gimió Glenda, roja de indignación—. No seas... bruto, queridito. Creo que llegaré a odiarte si sigues haciendo eso.

El terrorista volvió de su desmayo y abrió los ojos, espantado. Se estremeció de pies a cabeza al ver a Snowden a su lado, que le apuntaba con la pistola al vientre, mientras le miraba implacablemente.

—¿Sabes adónde iba Cohen cuando salió de aquí? —preguntó con voz imperiosa—. La verdad, o de ésta no lo cuentas. ¡Vamos!...

—Yo iba por el coche para darle el paseo —murmuró Ben, trabajosamente—. Lo que menos podía figurarme es que se cargaría a todos éstos —señaló, con un gesto, a los cuatro cadáveres—. ¿Cómo voy a saber lo que él se proponía?

—Dime dónde están los principales jefes de tu organización —inquirió Peter después de reflexionar un segundo—. Allí irá Cohen, seguramente. La verdad, o te meto una bala en el estómago.

—Yo no puedo saberlo —replicó el terrorista, temblando de terror—. Nuestro sistema es el de cadena. Sabemos quiénes son nuestros camaradas de grupo, ocho o diez hombres, pero ignoramos absolutamente quiénes forman los demás grupos y quiénes son sus jefes. Es la verdad... Si un grupo cae, solamente el jefe de grupos lo sabe, pero no un camarada sin mando como yo. Asher era nuestro jefe de grupo, y él solamente sabía quién era el jefe de jefes de grupos de acción. Y el jefe de jefes de grupos sabía quiénes son los dirigentes...

Snowden lanzó un hondo suspiro de desconsuelo. Sabía que

aquel hombre estaba diciendo la verdad. La organización terrorista hebrea se regía, en efecto, por medio de aquel singular sistema, que garantizaba una reserva absoluta en cuanto a los jefes con respecto a los simples números y una fuerza considerable de acción, sin temor a delaciones por parte de los enrolados en los grupos de acción. Sin atrapar al jefe de los jefes de grupo de acción, sería imposible saber quiénes eran las cabezas dirigentes de «El Brazo de Sión».

—Glenda, busca unas cuerdas por ahí —dijo, al fin, Peter, con acento de fastidio—. O coge los cinturones de esos cadáveres, si tienes valor. Date prisa...

Glenda fué hasta un ventanal y deshizo el nudo que ceñía un grueso cordón alrededor de un cortinón. Se lo tendió a Peter, sonriéndole, agradecidamente. Éste la miró hoscamente al recibirlo.

Después, mientras la joven apuntaba con su pistola al terrorista, que se dejaba hacer sin apenas poder creer que le iban a perdonar la vida, lo ató hábilmente, con las manos a la espalda, a la silla en que estaba sentado.

—Vendrá a recogerle la Policía —dijo el agente especial, cuando hubo terminado su labor—. Ellos le darán otra pasadita para aligerar su lengua.

Fué al teléfono que había sobre la mesa de despacho y llamó a Centre Street, pidiendo comunicación con el inspector Peltz.

—¡Hoja, hola! —exclamó el inspector con voz de adormilado—. ¿Sigue viviendo, hijo? ¿Cuántos ha enviado al infierno desde la última vez que hablamos? Son las cuatro y diez de la madrugada.

—Ninguno, señor. Dejo aquí, en Bowery Avenue, en el Claremont, un «*night club*», esquina a Rivington Street, un terrorista bien empaquetado. La entrada secreta es por la estación de servicio de al lado. Encontrarán cuatro cadáveres, pero no he sido yo el que los ha puesto así...

—¿Quién? Esto va pasando de la raya, Snowden —sonó la voz del inspector, con severa entonación—. Una cosa es hacer una redada y otra verificar una matanza. ¿Se matan entre ellos? Si así fuera, encantados...

—Ha sido... Cohen, señor —murmuró Snowden, con voz emocionada—. De los cuatro cadáveres que hay aquí, tres tienen balas en la cabeza. Y los judíos tenían armas cuando él penetró en

este despacho. Digo si se habrá vuelto demente, señor, y pelea de una forma espantable, inmovilizando por el terror a estos terroristas...

—¡Dios nos asista, cuando haya que decirles a los periodistas que uno de nuestros hombres, uno solo, ha hecho esa degollina! —murmuró el inspector—. Bueno, y usted tampoco parece ser manco, diablo... Bien, hay que dar con Cohen para apartarlo de ese negocio. Es necesario absolutamente, Snowden. Le va usted pisando los talones...

—Le he visto cuando íbamos a entrar, mi novia y yo, aquí. Pero caminaba de tal forma por la avenida, que no pude sospechar que fuera él. Después me di cuenta de que era Cohen al ver estos cadáveres. El detenido que tengo aquí ha dicho que mi camarada estuvo, en efecto, y que le habían reducido a la impotencia. Él fue por un coche para darle a Cohen el «paseo», y cuando regresó lo trinqué yo, y nos llevamos la mayor sorpresa al ver todo esto. Está viviendo de milagro, señor.

—Por eso, precisamente, Snowden, hay que echarle la mano encima y apartarlo, llevarlo lejos de aquí. Temo que los terroristas lo van a buscar y no pararán hasta asesinarlo. La Metropolitana y la Federal están dando batidas de miedo. Hay bajas por ambas partes, y los calabozos están llenos de tipos de éstos, pero no sabemos quiénes son los jefes. Están organizados magníficamente. Ande, busque a Cohen, Snowden. Nosotros también lo hacemos.

—Así lo hago, señor. Vengan por este tipo que dejo atado. No tarden, por si vienen otros y le liberan. Realmente, está más muerto que vivo.

—Dentro de cinco minutos irá un coche por él. Adiós, Snowden, y tráigame a Cohen. A las cinco, si puede, llámeme de nuevo. Temo mucho por Cohen...

Cuando Snowden dejó el aparato telefónico, vio que el terrorista estaba mirándole, sonriendo burlonamente, como gozándose del fracaso del agente especial en dar con Cohen, y en no poder averiguar quiénes eran los dirigentes del movimiento terrorista.

Fruncido el ceño, Peter dio un empujón a Ben, lanzándolo contra el suelo, boca abajo, con la silla encima, en muy mala postura. Lanzó un grito de dolor el terrorista, y luego se desató en amenazas y frases despreciativas contra el

F. B. I.

—Vámonos, querida —dijo Peter a Glenda, sonriendo cruelmente—. Hasta que vengan por ti, idiota, así estarás, y agradece que lo cuentas.

Ya en la calle, Peter amenazó duramente al encargado de la estación de servicio si pretendía ir al despacho de Asher a liberar al terrorista.

—La Policía está al llegar, y pobre de usted si el prisionero escapa —díjole, mientras le zarandeaba por las solapas del uniforme—. Es usted un confidente de ellos, y lo pagará caro.

El hombre, aterrado, se des hizo en excusas, mientras Peter y Glenda subían al «Studebaker».

—Bueno... —suspiró él, poniendo en marcha el motor—. ¿Dónde estará, Dios nuestro, Cohen? ¿Adónde vamos, pequeña?

¿POR QUE SE HA IMPUESTO LA COLECCION

F. B. I.

*Porque es un género novelesco inédito
hasta ahora en el mundo entero.*

IX



OHEN miró la lista que le había facilitado Miriam y que por ello le había costado a ella la vida. Vio su letra, redondeada, fina, muy clara, y sintió una tremenda congoja al pensar que ella ya no vivía, por culpa de él; que la había engañado infamemente para arrancarle aquella lista delatora, merced a la cual estaba él liquidando a los más peligrosos elementos de la sociedad secreta.

Pensó, arrasados los ojos en lágrimas, en todo cuanto amaba a Miriam y lo que ella le amaba a él. Y en que todo, todo, estaba ya perdido, irremisiblemente perdido y destruido para él, aplastado por su culpabilidad de traición hacia aquella adorable mujer, que no desconfió de él y le entregó la vida de hermanos de raza a los que ella quería. Su mente pareció enloquecer al pensar lo que ella habría pensado de él si la dijeron que había sido traicionada de la

manera más vil por aquél a quien amaba sobre todas las cosas.

«Jacob Pesech —leyó, a través de las lágrimas, bajo la luz de una farola, en Bowling Green, lado del parque que tenía forma de huevo—. Battery Place, 8.»

De Bowling Green a Battery Place no hay sino muy corta distancia, aun para el vacilante Cohen, que caminaba como un ebrio, sin estarlo. La calle era muy ancha y por allí a sus pulmones llegó el fresco y vivificador aire del mar.

Cuando casualmente volvió la cabeza para mirar hacia atrás, al parque verde y de extraña forma de Bowling Green, alumbrado por las farolas, vio que de un banco de los varios que allí había se levantaban dos hombres, y parecía como si emprendiesen, una prudente persecución o espionaje sobre él. Y de otro banco, otros tres hombres hacían igual maniobra, quedándose inmóviles cuando él se volvió hacia ellos.

Con paso largo, como de parada militar alemana, volvió a caminar por Battery Place ya, en busca del número 8, donde, según la lista, estaría aquella noche el huidizo Pesech, el búlgaro; uno de los que asesinaron al senador aquella mañana, es decir, la anterior mañana, porque un nuevo día iba a alborear muy pronto.

Ante las obras del subsuelo que estaban haciendo en el túnel Brooklyn-Battery, se detuvo, lleno de sospechas. Montones de tierra, hierros de construcción, casamatas, pilas de sacos de cemento, convertían aquella parte de la calzada y aceras en un sitio ideal para tender emboscadas al ingenuo viandante que por allí pasase. Y Cohen conocía bien aquellos alrededores de Battery Park para saber que, sobre todo por la noche, las gentes maleantes lo visitaban casi continuamente.

No tenía más remedio que atravesar aquellas obras para meterse por Washington Street, también con la calzada y aceras levantadas por las obras, y llegar al 8 de Battery Place.

Miró hacia atrás de nuevo. Los cinco hombres, inclinados, como intentando pasar desapercibidos, estaban ya escondiéndose entre los montones de tierra y sacos de cemento apilados. Y solamente hacían aquella maniobra por él, ya que en toda la gran extensión que se divisaba desde donde estaba Cohen no se veía ni un solo transeúnte.

Se dejó caer sobre un montón de tierra, agazapándose en la misma forma que lo hiciera cuando era combatiente en la recién

terminada guerra mundial. Pistola en mano, esperó curiosamente los acontecimientos. Deseaba saber si eran simples atracadores, tan comunes por allí; de marineros extranjeros borrachos, o tal vez algún grupo de terroristas hebreos, allí destacados para asesinar a algún hermano de raza, al que acechaban.

Pronto se convenció de que eran judíos aquellos extraños hombres. Le estaban buscando, y al no hallarle aún, cuchicheaban en hebreo, preguntándose unos a otros si distinguían a su presa.

Cohen, mientras permanecía pegado al fondo de aquella oquedad que había elegido en el montón de tierra, hubo de pensar que aquellos terroristas de «El Brazo de Sión» sabían quién era él y a lo que iba por allí. Todo era de una lógica aplastante, y él no carecía de claras dotes de raciocinio, a no ser que le hubieran seguido desde muchas horas antes, era imposible que ellos le hubieran distinguido desde lejos y logrado saber que era el agente especial del

F. B. I.

, llamado Cohen. No había, sino que la voz de alarma se había dado desde los puestos de mando de la asociación terrorista, señalándole como el implacable enemigo suyo. Y aquel grupo que ahora le buscaba con fines siniestros era, seguramente, el que guardaba, al exterior, a Pesech, el mártir y figura señera del movimiento. Ellos suponían que Cohen iría en su busca, y quizá juzgaron mejor esperarle que hacer salir de su escondrijo a Pesech para quizá ir a caer en manos de la Policía durante su traslado.

Cohen, en su hoyo, pistola en mano, les veía acercarse unas veces a uno o dos; otras, alejarse un poco todos, en su inútil búsqueda, desparramándose, en tanto que vigilaban la calle y prestaban oído a cualquier rumor que denunciase la presencia de la Policía o algún vigilante de las obras.

Dos terroristas se acercaron al hoyo de tierra. Y Cohen, dominados los nervios, vuelto a su ser de sabueso astuto y valeroso, hecha a aquella clase de luchas, tanto por la experiencia adquirida en la guerra como por las enseñanzas recibidas en Quántico, en la escuela especial del

F. B. I.

, se incorporó un poco y asomó la cabeza, descubierta, y la mano armada con la «Savage». Dos terroristas inclinados, armados, que

buscaban algo que estaba precisamente a cinco yardas de ellos, a su costado... Y que no lo hallaban.

Sonó un disparo y uno de los terroristas hizo ese movimiento casi obligado de quien recibe un balazo en la cabeza y en el acto queda muerto. Así, de inclinado que estaba, se incorporó súbitamente, llevóse ambas manos a la testa y, girando sobre mismo, como retorciéndose, cayó pesadamente, sin lanzar un grito, sobre el montón de hierros.

El otro terrorista, al ver a su camarada caer, sin haber podido precisar de dónde partió el disparo, lanzó un grito de alarma y buscó desesperadamente con la vista a Cohen.

Otro disparó sonó, como un restallido, y el segundo hebreo, frente a frente del agente especial, hizo un movimiento análogo al del primero. La bala le penetró en la frente y cayó de bruces tras dar dos o tres pasos hacia adelante.

Cohen se deslizó del agujero para ir a ocultarse, reptando como una serpiente, tras un montón de sacos de cemento, de una altura de más de cuatro yardas.

Agitados, gritando sofocadamente, avanzaban los tres terroristas restantes hacia el sitio donde habían caído sus camaradas. Pero la prudencia les impidió llegar hasta allí. Sabían que la muerte salía de por aquellos sitios, y que era invisible, artera...

El ruido, como un mosconeo trepidante, de motores de automóvil que se acercaban rápidamente, puso en desconcierto a los terroristas. No era posible dudar acerca de quiénes se acercaban con la rapidez del rayo.

Llegando de Elevated Highway, la gran avenida de los muelles Oeste, de Bowling Green y de Battery Park, tan cercano, presentáronse seis grandes autos de la Metropolitana, cuyos faros portátiles barrieron con su luz blanca, potente, las obras del túnel. Y de sus asientos comenzaron a bajar apresuradamente los rápidos hombres uniformados, portando las ametralladoras de mano.

Diez segundos después, mientras los terroristas se desbandaban disparando sus pistolas y las «Thompson», el cerco mortal quedó establecido por los agentes, que repelieron la agresión con su enorme potencia en número y disciplina en la maniobra.



—¡Aquí tenemos a Cohen!

Cohen vio, tras su trinchera de sacos de cemento, aquella corta batalla entre sus hermanos de raza, valerosos, audaces, que gritaban al caer: «¡Viva Israel libre!», y los hombres de la Metropolitana, que sembraban la muerte con horripilante rapidez y precisión.

Uno de los terroristas, muy erguido, con insultante gallardía,

disparaba su ametralladora contra media docena de agentes, que le rodeaban a menos de quince yardas de distancia. Apoyado en unos sacos de cemento, hacía girar su «Thompson» vertiginosamente, en tanto que los agentes disparaban sus ametralladoras cortas sobre él. Y cayó el joven hebreo cuando el tambor se vació y su cuerpo, también vacío de sangre, quedó sin vida. Un alarido, más que grito, dejó escapar de su garganta al dar el «¡Viva Israel libre!».

Los agentes, sin descuidar las precauciones, portando lámparas eléctricas de mano, dedicáronse a buscar más terroristas entre las zanjias, los montones de arena y de ladrillos, las pilas de sacos.

—¡Arriba las manos! —gritó uno de ellos cuando distinguió a Cohen, que, saliendo de su escondite, fué a su encuentro. Y el agente especial obedeció prestamente, dejando caer al suelo su pistola. Instantáneamente se vio rodeado por varios agentes más, que le apuntaban, con aire feroz, con sus armas.

—Menos mal que hemos cogido a uno vivo —dijo un sargento, mientras esposaba al indiferente Cohen, que se dejó hacer, sonriendo burlonamente.

—No soy terrorista —dijo al fin, cuando se cansó de sufrir empujones y zarandeos de los coléricos agentes, que le conducían hacia uno de los coches—. Pertenezco al

F. B. I.

En el bolsillo éste de la trinchera llevo la insignia, y dentro del bolsillo interior de la americana mi credencial. Y suéltanme, de una vez. Tengo aún mucho que hacer.

—A ver si va a resultar que es usted... —murmuró el sargento, mientras le registraba en los bolsillos indicados. Halló la insignia del

F. B. I.

, y la credencial, y exclamó con asombro—: ¡El mismo, mil demonios!... ¡Eh, capitán Wills, aquí tenemos a Cohen!

Los agentes rodearon curiosamente al agente especial, examinando su destrozada trinchera, su figura de hombre que se hubiera pasado la noche entera en desesperada lucha contra invencibles obstáculos, su rostro demacrado, sucio, en el que los ojos apenas eran visibles tras las equimosis y verdugones que los ocultaban, igual que su nariz y tumefactos labios.

—Oiga, Cohen —dijo con acento conmovido el capitán Wills,

joven, robusto, de rostro enérgico—, estamos buscándole toda la noche... Nuestras radios de los coches no han cesado de recibir y emitir órdenes de Centre Street y dar desesperanzadas noticias de no encontrarle Me parece que le hemos hallado a tiempo. Está usted destrozado, ¿verdad? Ande, suba y lo llevaremos a la Dirección. Más no ha podido hacer usted Sabemos que ha liquidado a los que asesinaron al senador Fenwick, y que lo ha hecho usted solito. Vamos, suba... Apóyese en mi brazo.

Cohen rechazó el brazo que le tendía el capitán. Movi6 la cabeza obstinadamente, mientras decía con voz temblorosa, impregnada de patetismo:

—Aún no... he terminado, capitán, Falta uno de los asesinos. Solamente llevo tres, y eran cuatro. Déjeme seguir mi trabajo. Recibí la orden de exterminarlos... Y yo quiero que esto sea antes de que venga el día —miró al cielo, aún en tinieblas—. Poco falta para que amanezca...

—Son las cinco menos diez —dijo el capitán, observando admirativamente a aquel extraño hombre—. Pero, Cohen, es que tengo la orden del

F. B. I.

, del inspector Peltz, de Nueva York, de hacerle dejar este asunto, si le encuentro a usted. Igual orden han recibido todos los jefes de patrullas volantes. ¿Quién falta por liquidar? ¿Sabe usted dónde se esconde? Nosotros iremos en su busca y lo detendremos.

—No..., no sé dónde está —murmuró Cohen, baja la cabeza—. Déjeme seguir, capitán. Yo recibí la orden en Washington y hay que cumplirla. Me encuentro perfectamente, no crea.

—Me pone en mala situación, camarada —dijo el capitán, sombríamente—. La orden que tengo es que lo lleve a Centre Street. Mire, la redada contra estos idiotas ha sido enorme... No debe quedar casi nadie de ellos libre a estas horas. Podemos hallar mejor que usted al que falta si nos dice quién es y dónde supone que está. Lo debe saber usted, no lo niegue...

—No sé nada de eso —replicó adustamente Cohen—. ¡Es cosa mía!...

—Cohen, no sea absurdo —dijo, suavemente, el capitán Wills, mirando compasivamente al agente especial—. No puede usted con su alma... Me hago cargo de que su sufrimiento moral es aún más

grande que el físico, y eso que lo han vapuleado de lo lindo. No me agradaría nada tener que liarme a tiros con hermanos míos... Ya está bien, Cohen. Sea sensato.

—Quítenme estas esposas, ¡idiotas! —rugió Cohen, lívido de rabia, mostrando sus muñecas—. ¡Venirme ahora con compasiones, con estúpidas lamentaciones sobre mi sufrimiento moral, después de lanzarme como una bestia sobre ellos para matar, matar, matar!... ¡Invocarme la disciplina para después incitarme a que desobedezca, cuando ya no soy sino una piltrafa que no puede dejar de matar mientras viva! Quítenme esto y déjenme seguir mi trabajo.

—Voy a consultar con Centre Street —dijo el capitán, mientras quitaba las esposas al agente especial—. Perdone, Cohen, pero no quise ofenderle. Comprendo todo lo que le pasa. Espere, que voy a llamar por radio con la Dirección—. Haré lo que me digan, ¿eh?

Cuando Cohen se vio libre, miró a los agentes, que se alejaban de él comentando sus palabras con el capitán, y súbitamente, con energías insospechadas, se lanzó por entre las zanja, en desesperada carrera, alejándose de los coches de la Policía.

—¡Cohen, Cohen, no sea tonto, diablos! —gritó el capitán, asombrado al verle huir de allí—. No, no, déjenle en paz —dijo a los agentes, que se lanzaban tras él—. Que me ahorquen si este hombre no está ya más loco que una cabra... El encontrará al asesino que falta y lo liquidará. Nosotros no podríamos hacerlo si él no nos dice quién es y dónde está. Veremos qué dice el inspector Peltz, por haberlo dejado escapar.

La luz de unos faros de «auto» brillaron por el lado de Battery Park. Un coche largo, tipo «*sport*», se acercó a los de la Policía.

—¡Cuidado! —gritó el capitán a sus hombres—. ¡Puede ser un coche de esos malditos terroristas! ¡Alto! —gritó, mientras sus hombres apuntaban con sus ametralladoras al coche, que lentamente se acercaba y al fin se detuvo.

—¡Salgan de ahí con las manos en alto! —ordenó el sargento, y sus hombres, tras los sacos terreros y montones de ladrillos, a la expectativa, observaban a quien salía del vehículo.

—Soy el agente Snowden, del

F. B. I.

, y vine conmigo Glenda, de Homicidios, de Centre Street —dijo una voz clara, un poco burlona—. Voy a salir y espero no se precipiten,

¿eh? Anda, querida, tranquilízales...

—Bueno, no hace falta —dijo, riendo, el capitán Wills cuando vio el bello rostro de la joven—. ¿Qué hace usted a estas horas, metida en jaleos, en vez de estar soñando con angelitos buenos? —La tendió una mano, para ayudarla a salir del coche.

Conocía mucho a Glenda y esto facilitó y suavizó la situación, en cuanto a la identidad de Snowden. La Policía había recibido amargas sorpresas aquella misma noche por parte de los terroristas, que fingían ser agentes, y cuando tenían a tiro a éstos, los ametrallaron sin piedad.

—Venimos en busca de mi camarada del
F. B. I.

, Cohen —dijo Peter, dirigiéndose al capitán Wills—. Llevamos toda la noche tras él sin hallarlo. ¿Saben ustedes algo de él?

—Ya lo creo —respondió malhumoradamente el capitán—. Por allí se marchó no hace cinco minutos. Se nos escapó; ésta es la verdad.

—Ahora, hace cinco minutos... —murmuró desconsoladamente Snowden, mirando con asombro al capitán—. Pero ¿cómo ha sido eso? Tienen ustedes orden de retenerlo si lo ven. No me diga que se les escapó, hombre...

—O le matábamos, o se iba, y esto hizo —se disculpó el capitán, encogiéndose de hombros.

Y refirió la aventura ocurrida un rato antes al afligido agente especial y a Glenda. Snowden examinó los dos cadáveres de hebreos muertos por Cohen.

—¡Las balas en la cabeza, como siempre! —murmuró Peter, mientras apartaba a su novia de allí.

—Mi opinión es que ese hombre está ya... como demente, o le falta poco —dijo el capitán, moviendo la cabeza con desaliento—. Ha sido un error fatal encomendarle esa misión, ¿no cree usted, Snowden? Olvidaron el brutal choque que habría de sufrir en lo más íntimo de su sensibilidad al ordenarle que exterminase a aquéllos con quienes se vio seguramente ligado por fuertes lazos de camaradería y hermandad de raza. Los judíos son muy especiales, quizá porque siempre se vieron acorralados, despreciados... No sé si sabrá ese pobre diablo que su novia fué asesinada por ellos. Hemos visto cartas amorosas de los dos. Era una «activista», un enlace de

esa secreta sociedad terrorista.

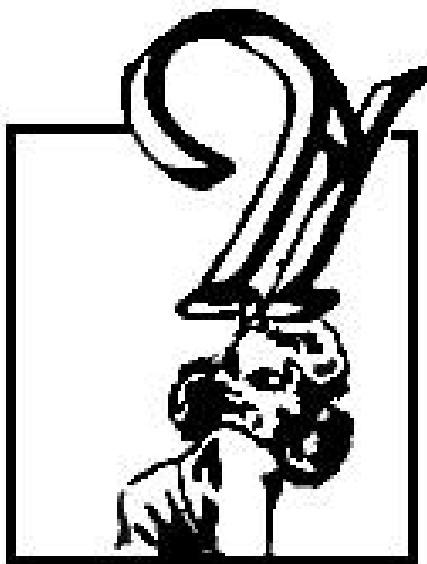
—¡Pobre Cohen! —murmuró sordamente Snowden, baja la cabeza—. Y bien, capitán Wills —siguió con voz enérgica, cogiendo de un brazo a su novia para hacerla entrar en el «Studebaker»—, hay que buscarle, dar con él... No puede estar lejos, y con nuestros coches, seguro que le echaremos mano. ¿Nos puede ayudar?

—Desde luego. Sargentos, cada hombre a su lugar y a seguir la batida, para pescar a ese agente del

F. B. I.

, que se marchó antes —dijo el capitán.

X



O necesitó mucho esfuerzo Cohen para llegar, a toda prisa, ante la casa donde estaba señalado en la lista de Miriam como refugio de Jacob Pesech, en Battery Place. Realmente, cuando dobló la esquina de la calle y volvió la cabeza, aún distinguió los encendidos faros de los coches de la Policía y los grupos de agentes alrededor, como discutiendo acaloradamente.

El edificio era de tres plantas, de aspecto sumamente corriente, y bastante deteriorado, con la fachada ennegrecida por el humo de las chimeneas de los grandes barcos que atracaban en los vecinos muelles.

En la lista de Miriam se indicaba que Pesech ocupaba el piso bajo del inmueble. Cohen vio tres ventanas en aquel piso, cerradas herméticamente. Y el portal también lo estaba.

Dio tres suaves golpes con el puño en una de las ventanas y esperó, mientras amartillaba su «Savage», que le devolvieran los agentes minutos antes.

A través de las rendijas de las contraventanas vio encenderse una luz y sintió también sordos ruidos, como de alguien que andaba torpemente.

Una contraventana se abrió y después fué izado el bastidor de guillotina de la ventana, apareciendo una cabeza despeinada de hombre de unos treinta y cinco años.

—¡Ah! ¿Eres Cohen?... —dijo el hombre con voz cansada, triste.

—Sí, Pesech. ¿Me esperabas? —contestó Cohen suavemente—. Quiero entrar y hablar contigo. Algo muy grave...

—Sí... Ya lo sé. Me pusieron sobre aviso mis camaradas. Cerca de aquí vigilaban, pero hace poco he oído ruido de disparos... y no vienen a decirme qué ocurrió. Pero has llegado tú y supongo lo que esto significa. Espera, voy a abrirte. Quizá te extrañe que en vez de abrirte la puerta..., no te abra la cabeza de un balazo. Espera...

Cohen se recostó pesadamente sobre la pared, apretándose las sienes con la temblorosa mano. Pesech siempre lograba conmovier con su dulzura de voz, con la suavidad de su expresión, con sus palabras llenas de ternura, que llegaban al corazón, y por eso hacía adeptos, tantos como le escuchaban, suspensos de sus palabras, de su mirada serena, tranquila, de sus ademanes llenos de nobleza y dignidad. Y esto que era Pesech, ahora destrozaba el alma de Cohen, que tanto le conocía y le admiraba. No, no le hacía falta a Pesech meter una bala en la cabeza de un adversario para dejarlo inutilizado, fuera de combate. Bastaba con escucharle, con observarle y admirarle después, para sentirse incapaz de causarle daño alguno. Cohen, por eso, pensaba que iba a luchar con su peor enemigo de aquellos cuatro con quienes luchó en la noche espantosa que estaba transcurriendo.

La puerta se abrió silenciosamente y la alta figura de Pesech fué iluminada un instante por el cercano reverbero de la calle. Estaba en pijama y en sus manos no llevaba arma alguna.

—Pasa, pasa —dijo, mostrándole con un brazo el pasillo.

Cerró después tras él y guió a Cohen hasta llegar a la habitación iluminada, que era una alcoba modestamente amueblada.

—¿Quieres fumar? —dijo Pesech, tendiéndole un paquete de

cigarrillos.

—Sí. Gracias —contestó Cohen, tomando uno y encendiéndole, mientras observaba al apóstol del movimiento de liberación hebreo—. Oye, Pesech —siguió con un tono de voz, quebrado por la emoción—, dime la verdad, como siempre lo has hecho: ¿por qué has cometido esa abominable acción? Ya sabes..., lo de participar en el asesinato del senador Fenwick. ¡Jehová ilumine tu mente para poder dar una explicación sensata y justa!

—Por disciplina, hermano. Porque ellos, los dirigentes, me lo ordenaron. Porque me hicieron ver que si yo no lo hacía; si desaprobaba esa acción, nuestro movimiento se vendría abajo, y con ello lo bueno que tiene, que es la unión indisoluble entre los hebreos de todo el mundo. ¡Tanto me han elevado, que mi oposición, a cualquiera de sus designios significaría la bancarrota, la dispersión de Israel! Y yo, hube de ponerme a la cabeza de ellos, coger la «Thompson» y disparar... contra mi propio corazón. ¡Es Israel lo que hay que salvar, Cohen, y ante ello, unas vidas de inocentes no suponen nada!

—¡Error tremendo el de creer que por el pánico el mundo civilizado va a ayudar a crear una nación! —murmuró Cohen, encogiéndose de hombros.

—Tienes razón. En fin, hermano, tú has venido a... —dijo mansamente Pesech, cruzado de brazos, mirando fijamente, casi con humildad, al agente especial.

—A... —susurró Cohen, lívido, humillada la cabeza—. A cumplir con mi deber. ¡Por Jehová, hermano, bien sabes que nuestras posturas no pueden parangonarse! ¡No dirás que yo soy un traidor, un apóstata con hacer lo que hago! Los otros me lo llamaron, porque estaban engañados, fanatizados...

—Yo no te llamo traidor, ni «meshamad», apóstata —dijo suavemente Pesech—. La ley, la Justicia, está contigo, hermano. Quizá debiste rehusar el ser un terrible instrumento contra tus hermanos de la Alianza. Pero esto, para mí, te enaltece...

—¿Sí? —exclamó ansiosamente Cohen, inclinándose hacia Pesech y cogiéndole las manos con inmensa ternura.

—Sí. Hermano: la fraternidad humana nos revela que somos hijos de Dios, y ante Él no hay razas ni colores, ni predominios de unos sobre otros. Solamente aquel que es soberbio, y lo estamos

siendo ahora los que siempre estuvimos humillados, se cree hijo predilecto de Dios, y por ello con derecho a atropellar y aplastar a quien se le cruza en el camino. Tú estás al servicio de una causa justa, en un pueblo honrado que respeta la libertad humana. Nosotros la violamos y debemos pagar nuestras culpas. Mira, hermano...

Sacó una pistola de debajo de la almohada de la cama y extrajo el cargador con un movimiento seco, nervioso. Cohen, ansiosamente, se inclinó para examinarlo. Estaba vacío. Después, Pesech mostró la recámara del arma. Tenía una sola bala, del calibre 38, dispuesta para ser disparada.

—Una sola bala... —murmuró Pesech—. Las otras las tiré. Ahora, hermano, vete, vete tranquilo. Pesech no será para ti un motivo de inquietud. Ni tienes que matarlo, como a los otros camaradas, ni has de llevarlo a Centre Street, para ir después a la silla eléctrica. La justicia se hará también conmigo. Vete, hermano. Tenía la seguridad de que vendrías, y por eso te esperaba, pese a todo. Sé cómo eres de tenaz para ignorar que, si me buscabas, me encontrarías.

Cohen se levantó pesadamente de la silla. Poco a poco se irguió, hasta llegar al nivel, con su cabeza, de la de Pesech, que le contemplaba altivamente, con una conmovedora serenidad.

—Adiós, Pesech —dijo roncamente Cohen.

—Adiós, hermano. Jamás hagas lo que yo he hecho, para no tener que hacer lo que voy yo a hacer. ¡Jehová nos perdone nuestros pecados! —repuso Pesech con acento quebrado por la emoción.

Salió Cohen al pasillo. Abrió la puerta de la calle que cerró tras él. Muy despacio, hundida la cabeza entre los encogidos hombros, las manos metidas en los bolsillos de la destrozada trinchera, se alejó.

Se detuvo súbitamente cuando oyó una detonación, a su espalda, dentro de la casa que acababa de abandonar. Y entonces apresuró el paso, caminando a grandes zancadas, mientras su rostro adquiría una expresión de indecible espanto y horror. Apretó el paso aún más... Se lanzó a la carrera, creyendo oír todavía el ruido de la detonación del arma de Pesech, con la que se había quitado la vida, acosado por los remordimientos, acuciado por él, Cohen, a hacerlo.

Y lanzando terribles gritos de espanto, ronco, apretó aún más a correr, sin saber a dónde iba...

Estaba de nuevo en la pequeña plaza de Bowling Green, de donde partía aquel inmenso cañón o desfiladero espantable de Broadway. Eran los farallones aquellos edificios, negros aún por las sombras nocturnas; hoscós, como si se negasen a acoger a aquel hombre enloquecido por el terror.

Vio un cafetín abierto y penetró en él como lo pudiera hacer un toro embravecido, mirando con ojos de demente a un lado y otro. Estaba el establecimiento vacío y solamente al otro lado del mostrador una mujer estaba calentando al gas café y leche, y disponía panecillos y bollos en platillos, para el desayuno de los clientes, que no tardarían en llegar.

—¿Café? —dijo en tono suave a Cohen, acodado en el mostrador y sujetándose la cabeza, despeinada, sucia, con ambas manos en un gesto de indecible desesperación.

—Sí. Con «*whisky*»... fuerte, lo más fuerte posible —respondió el agente especia sin levantar la cabeza.

Bebió él de un solo trago el «*whisky*», sin responderla, y después, lentamente, el café con leche.

—¿Hay aquí una cabina telefónica? —preguntó, mirando duramente a la camarera—. ¿No me ha entendido? ¡Una cabina para hablar por teléfono!...

—Claro que sí. Ahí a la izquierda. Tenga la ficha —respondió ella, ahora temerosa por la furia que se reflejaba en la mirada de Cohen.

Penetró en la cabina, dando ya traspiés, mientras sentía arderle el estómago por el «*whisky*» ingerido. Sacó la lista que le facilitara. Miriam y la leyó, tras no pocos esfuerzos, nublada la vista por los efectos alcohólicos.

«A las seis y treinta de la mañana, reunión en el garaje del 15 de Moore Street, Battery Park, esquina Whitehall, del Estado Mayor. Presidirá Ebenezer Zentob, presidente de “El Brazo de Sión”; Samuel Lilienthal, jefe de conductores de grupos de Acción y Commandos; Ben Gazali, jefe del Servicio Secreto para EE. UU.; David Messeb, rabino jefe de Propaganda de

“El Brazo de Sión”. Se propondrá, con carácter de urgencia, perseverar en el movimiento terrorista, y la eliminación del jefe del Gobierno de Israel, residente en Washington, por su actitud contraria a las verdaderas esencias de nuestro movimiento juvenil antiimperialista...».

Echó la ficha metálica en la ranura y descolgó el microteléfono.

—¿Con Centre Street? —dijo en tono cansado, después de marcar el número del teléfono—. Póngame con el

F. B. I.

, inspector Peltz, si está. Muy urgente.

Esperó unos segundos y después oyó la voz del Inspector, impregnada de giros teutónicos, impaciente y como adormilada:

—¿Quién? Habla con el inspector Peltz, del

F. B. I.

Diga de una vez...

—Soy... Cohen, señor. El agente especial. ¿Qué hora es?

—¿Cohen? ¿Es usted, verdaderamente, Cohen? ¿De dónde demonios sale usted, muchacho? ¿Qué le pasa? —gritó Peltz, asombradísimo.

—¿Qué hora es, señor? ¿No son aún las seis y media?

—No. Pero... Son las seis y cinco minutos. ¿Dónde está, Cohen? ¡Toda la noche buscándole la Metropolitana, la Federal, nosotros!... Si puede, regrese aquí inmediatamente. ¡Deje ese asunto y preséntese, Cohen! Ya tiene bastante, ¿verdad?

—Escuche, señor. Estoy bien..., muy bien. Tome nota. Es importan... tísimo. La última redada... y todos quedarán aniquilados, extermina... dos. Me ordenaron exterminar..., y están, los cuatro que asesinaron al senador..., ya están muertos... por mí. Otros más, muchos más...

—Si, sí, Cohen, pero regrese aquí. ¡Por amor de Dios, vuelva ya, querido muchacho! —gritó la voz temblona del inspector—. No le podemos pedir más. Tomo nota de eso. ¿Qué es? Dígame, Cohen... Oiga, Cohen. ¡Cohen!

—Sí, señor. Apunte... A las seis treinta, ahora, asalten un garaje situado en el número quince de Moore Street... ¿Me oye?

—Sí. El quince de Moore Street... Siga, siga, Cohen. ¿Qué más?

—En Battery Park, esquina a Whitehall Street. Sí, inspector... Estará allí el Estado Mayor de «El Brazo de Sión»...

—¡Dios! ¿Seguro, Cohen? ¿Qué más? —rugió la voz triunfante del inspector.

—Estará el presidente de la Asociación, Zentob; Lilienthal, jefe de los jefes de acción; Gazali, jefe del Servicio Secreto para América...

—¡Formidable, Cohen! ¡Los que nos faltaban! ¡Más, más, Cohen!...

—Sí, señor. Messeb, rabino jefe de Propaganda. Y, señor, hay que cogerlos a todos, todos... Van a asesinar a nuestro jefe del Gobierno de Israel, el legal, que está en Washington...

—Sí, sí, Cohen. No podemos seguir hablando. ¡El tiempo se nos viene encima! ¡Faltan veinte minutos y he de llamar a todas las patrullas volantes que estén cerca de Battery Park, para que rodeen el lugar! ¡Cohen, véngase para acá inmediatamente! ¡Adiós, Cohen!

—Adiós, señor. Ya me llevarán para Centre Street...

Salió a la calle y, plantado, con las piernas muy abiertas en la acera, colgando un cigarrillo de los labios, pareció vacilar, guiñando los ojos, acerca del sitio dónde se encontraba. Miró al cielo, que iba cobrando una tonalidad grisácea, precursor del amanecer.

Púsose en marcha, con andar de beodo. Llegó hasta una farola y se apoyó en ella, contemplando como hipnotizado la lejana luz blanca que brotaba del hachón que enarbolaba la estatua de la Libertad, a la entrada de la bahía.

—¡Libertad! —murmuró roncamente, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas—. ¡Morir por la libertad!... ¡Amada América, que me abriste tus puertas, como a otros, sedientos de libertad! Ahí, en ese pedestal de la estatua donde un día leí:

«Dame tus abatidas, tus pobres, tus amontonadas muchedumbres, que ansían respirar libremente, el desperdicio infeliz de tu playa rebosante; mándame los desamparados, los batidos por la tempestad: yo tengo mi lámpara en alto, junto a la puerta dorada.»

Siguió caminando inciertamente por la desierta calzada. Las luces de Broadway todavía brillaban fuertemente, y, volviendo la cabeza, la antorcha de la Libertad le enviaba aún sus rayos blancos.

Sintió repentinamente que los efectos del alcohol se le habían esfumado. Tan repentinamente como en otras ocasiones, aquella misma noche. Y, como si despertase de un sueño atroz, hallóse en Moore Street, esquina a Whitehall. Y a veinte yardas del garaje...

Era un edificio, al parecer, deshabitado, cuya techumbre presentaba numerosos huecos, rotas las tejas ennegrecidas. Tenía una gran puerta central, cerrada a la sazón, y otras dos laterales. A la vuelta de la esquina había otra puerta. Y en cada una de ellas, un hombre, con las manos metidas en los bolsillos de la trinchera de color caqui y corte militar, en actitudes indiferentes, como si esperasen a alguien, guarecidos del relente matutino en los quicios de las puertas.

Cohen oyó, súbitamente, el ulular siniestro de sirenas de automóvil policiaco. En diferentes direcciones, pero todas acercándose rápidamente.

Cesó repentinamente su lúgubre sonido. Y Cohen, sereno, con paso militar teutónico, se acercó a una de las puertas, y se detuvo ante el terrorista que hacía de centinela. El hombre le miró con desinterés, siguiendo en su papel de casual espera allí. Pero los otros dos centinelas, al oír las sirenas, se habían metido en el interior del garaje.

—Quiero pasar. He de hablar urgentemente al Estado Mayor —dijo en hebreo.

—Bendito seas, Señor... —dijo, quedamente, el centinela, mientras le apuntaba con una pistola de grueso calibre—. Sigue tú...

—... Rey del Universo, conforme a cuya palabra existen todas las cosas en el mundo —terminó Cohen, sonriendo malévolamente.

—Pasa —dijo el centinela—. Avisa que la Policía está cerca y que tal vez tengamos pelea.

—Seguro —murmuró el agente especial, mientras se adentraba en una especie de jaula de madera con estanterías, que sirvió de oficinas anteriormente.

Siguió adelante y penetró finalmente en la gran nave central del garaje, con piso de cemento. A ambos lados de aquel inmenso patio se abrían las jaulas destinadas a guardar los coches, todas vacías. A una altura de un primer piso corría una galería por toda la anchura y longitud del garaje, con numerosos compartimientos, que

debieron de servir de almacenes y quizá para dormitorios de los conductores que llegaban a altas horas de la noche y no desearan buscar alojamiento.

En el centro de la nave, Cohen contempló con asombro aquella reunión, que en su lista anunciara Miriam. Estaban todos...

Sentados tras una larga mesa, formada con tarimas y banquetillos, que las soportaban, como en los banquetes en lugares improvisados, la mesa presidencial cortaba en dos la longitud de la nave. Y estaba cubierta por varias banderas de Israel: azul y blanco.

Sentados todos los grandes jefes de «El Brazo de Sión», parecían estar deliberando, mientras consultaban papeles o escribían. En pie, en actitud tribunicia, alto y arrogante, embutido en su trinchera caqui, del Ejército americano, Lilienthal, el jefe de los jefes de grupos de acción, el que había planeado el asesinato del senador Fenwick y los demás crímenes contra aquellos hebreos que se negaban a colaborar y a sostener económicamente el régimen de terror de la asociación, hablaba con voz tonante y ardorosa.

Cerca de cincuenta hombres de los grupos de acción rodeaban la mesa presidencial, y por las galerías también, inclinados sobre la barandilla, escuchando con silencio religioso a aquel estratega del crimen alevoso, otros jóvenes, todos ellos armados, parecían constituir la guardia del Estado Mayor.

Uno de los hombres armados se acercó a Cohen, que, inmóvil, a unas diez yardas de la mesa presidencial, en el centro mismo de la nave, destacando netamente su figura a la luz de los arcos voltaicos pendientes del techo de la construcción, permanecía erguido, con los brazos colgando, desharrapado, destrozado el rostro y cubierto de sangre reseca, como su trinchera y los grises pantalones que bajo ella asomaban. No tenía ya su sombrero, y su cabeza, con el pelo alborotado, cayéndole en parte sobre la frente, le daba un aspecto feroz, como de león encolerizado.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres? —le preguntó el terrorista con voz queda—. ¿Eres un enlace?

—Sí... Soy Cohen, del

F. B. I.

, y vengo a decirte que Jehová ha dispuesto vuestra destrucción. Vengo de su parte —respondió Cohen con voz burlona.

—¡Es Cohen! —gritó el terrorista—. ¡El traidor! ¡Es Cohen!...

El discurso, inflamado de entusiasmo del arrogante Lilienthal, quedó cortado por los gritos del aterrado combatiente. El jefe de los jefes de asesinos se volvió, con la boca abierta y la mano abierta señalando a las alturas. Los demás componentes del Estado Mayor, y el presidente Zentob, se levantaron, muy abiertos los ojos, espantados, colgantes la nariz y las blandas mejillas, para contemplar a Cohen, el odiado Cohen, que se presentaba ahora ante ellos en aquella actitud de absoluta entrega.

Los hombres armados, aullando de rabia, gritando como energúmenos, apuntaron sus rifles, sus «Thompson», sus pistolas o cogieron de su cinturón las bombas de mano.

—¡A muerte el traidor! ¡Por su culpa estamos destruidos y cientos de camaradas han muerto o están detenidos y serán ajusticiados!

—¡Justicia marcial, Lilienthal! —gritaron otros, enarbolando sus armas—. ¡Que podamos vengar en él a nuestros héroes, caídos por su asquerosa traición! ¡A muerte, a muerte!...

Cohen, impasible, inmóvil, con los brazos colgando sobre el cuerpo, muy erguida la soberbia cabeza, parecía estar con la mente totalmente ausente de allí.

—¡Traidor! —gritó Zentob, el presidente, apuntándole con su índice como si fuese un rifle—. Apóstata, hijo de la maldición de Jehová, di si el arrepentimiento te ha lanzado hasta aquí, o quizá el ansia de sangre de tus hermanos...

Afuera, en la entrada del garaje, en la puerta principal, sonó un disparo de pistola. Ruido de frenos al chirriar, de varios coches, y el tableteo siniestro de una ráfaga de ametralladora de mano. Después, como si se acercase un turbién incontenible o la avalancha de un río desbordado invadiese la ciudad, atropellando todo a su paso. Sonó la madera de las tres puertas del garaje al ser desquiciadas, crujiendo, mientras sonaban voces de mando, en «argot» propio de la Policía, gritos e imprecaciones.

Sonó, horrisónamente, la armazón de madera y cristales de la cabina de oficinas al ser destrozada implacablemente por docenas de hombres, que invadían como vándalos el edificio.

Y aparecieron, primeramente, los hombres del

F. B. I.

, de paisano, portando las ametralladoras de mano, los rifles

automáticos de gran calibre, las bombas lacrimógenas de mano. El inspector Peltz, a su cabeza, pistola en ristre. Después, como un centenar de agentes de la Metropolitana, con sus azules uniformes, en sus ojos el deseo de matar...

Cohen, en pie, más blanco que la nieve su rostro destrozado, parecía seguir ausente de todo aquello que le rodeaba. Una fatídica indiferencia se reflejaba en su mirada mortecina.

—¡Cohen! —gritó Snowden con voz angustiada—. ¡Al suelo, Cohen!

—¡Estamos aquí, Cohen! —exclamó Glenda—. ¡Al suelo, por amor de Dios!

Comenzaron la agresión los fanáticos terroristas. De la galería, de las jaulas, de donde se refugiaron, partieron las mortales ráfagas de «ukeleles», con ladridos de rabia y sordas y tremendas explosiones de bombas de mano.

La respuesta de los servidores de la ley fué instantánea y aplastante. Aquel centenar de hombres, armados hasta los dientes, sujetos a una disciplina consciente y metódica, curtidos en la táctica di asalto, encabezados por los astutos y valeroso gentes especiales del

F. B. I.

, lanzáronse con un huracán de fuego y muerte contra los terroristas, en horrísonas descargas y ráfagas, que ensordecían la espaciosa nave, cuyo techo comenzó a desplomarse con estruendo bajo los efectos de la metralla de las bombas de mano.

Cohen recibió varias ráfagas de ametralladora, procedentes de los terroristas. Vaciló, inclinándose grotescamente hacia atrás y luego hacia adelante al recibir, por la espalda, otras ráfagas rapidísimas de las armas automáticas de la Policía. En medio de los bandos combatientes, apoyado en una silla, todavía en pie, miraba fijamente, con ojos en los que brillaban las lágrimas, los cadáveres de los jefes de «El Brazo de Sión» caídos entre los tableros y soportes, mezclados con las banderas de Israel, azules y blancas, a cuyos colores se iba agregando el rojo de sangre.

Los terroristas fueron perseguidos jaula por jaula y allí muertos como ratas rabiosas. De las galerías fueron cayendo, para estrellarse en el suelo de cemento de la nave, los demás. Fue todo muy breve, y en tan poco tiempo la muerte, provista de armas modernísimas

para su mejor siega de vidas, debió quedar plenamente satisfecha.

Snowden, el inspector Peltz y Glenda, arrodillados en el suelo, contemplaban angustiadamente al agonizante Cohen, desangrado por innumerables heridas de bala y metralla.

—Es inútil —dijo quedamente el inspector Peltz, cuando Snowden pidió el traslado de su camarada a una ambulancia, por si podía ser salvada su vida—. Está segado su cuerpo por la cintura, y, vea, es como una espumadera...

—Cohen... —musitó Glenda, acariciando suavemente las manos del agente especial—. ¡Cohen, pobre y querido Cohen! ¡Demasiado fiel a su ideal!

Abrió pesadamente los ojos el herido y los fijó en todos aquellos hombres que le rodeaban, en cuyos ojos aún brillaba el furor homicida.

—Snowden, hola... —dijo, sonriendo débilmente, y sus ojos dejaron resbalar unas lágrimas de infinita ternura.

—¿Quieres algo, Cohen? ¿Un cigarrillo? —preguntó Peter, apartando el revuelto pelo de la cara de su camarada—. Pudiste haber salido con bien, tonto... ¡Hermoso corazón el tuyo!

—Quiero, sí..., que me lleven al... lado de Miriam. En la Morgue... —dijo Cohen con voz apenas perceptible—. Debe estar tan fría... A su lado, para darla calor y pedirla... perdón, perdón... ¡Qué cara cuesta la libertad!

FIN



Alf Manz

¡VUELVE A ESCRIBIR PARA EDITORIAL ROLLAN!

S H A N G H A I

¡LA CIUDAD DEL MAL!

S H A N G H A I

¡LA CIUDAD DEL CRIMEN!

S H A N G H A I

¡LA CIUDAD PERDIDA!

+ +

Alf Manz

nos descubre el espíritu retorcido y refinado de los asiáticos; nos describe la exótica ciudad oriental; nos pinta también personajes de la raza blanca: recios y viriles unos, enviciados y encanallados otros, aventureros y ambiciosos todos.

S H A N G H A I

¡NIDO DE ESPIAS, CONTRABANDISTAS, OPIOMANOS, CRIMINALES, DESERTORES Y DE MUJERES PERVERSAS!

S H A N G H A I

¡LA MEJOR OBRA DE

Alf Manz

¡ESCRITOR EXCLUSIVO DE EDITORIAL ROLLAN!

